

FRANCO ESE.....

Mirando atrás con ira. F. MATEU



EPIDAURO

FRANCO ESE...

Mirando hacia atrás con ira

F. Mateu

© EPIDAURO EDICIONES

ISBN 84 85309—01—4

Depósito Legal: B.43617 — 1977

Impreso en Tipografía Emporium, S.A.

Ferlandina, 9-11, Barcelona-1

INDICE

A Francisco Franco

PRIMERA PARTE

¿Quién manchó de sangre mis manos?

¿Por qué hicimos la guerra, mi general?

No hay más remedio que proceder a vuestra desmitificación

¿Por qué faltando a vuestro juramento nos arrastrásteis a una guerra fratricida?

Vuestra insurrección dividió España en dos bandos irreconciliables

Es injusto atribuir a la República lo que sucedió a partir de la sublevación militar

Sólo con mercenarios pudo Franco iniciar su insurrección

Es triste decirlo, mi general, pero siempre estuvísteis conspirando

Testimonio del conde Ciano en su diario

Después de los mercenarios de Africa, vinieron los de Italia.

SEGUNDA PARTE

¿Tuvieron alguna vez fundamento las leyes fundamentales?

Corrupción a todos los niveles

¿De verdad hacían falta agentes provocadores en la Universidad?

El dogal inicuo de la censura

El fracaso del triunfalismo

¿Por qué odiásteis tanto a Don Juan?

El presunto estadista, economista y genial guerrero

“El no es más que franquista, y será Jefe del Estado hasta la muerte”

Los generales mueren siempre en la cama

No os molestaba el lujo, pero hay que ver lo que lo lucísteis.

TERCERA PARTE

Terror Rojo. Terror blanco.

Una carta de Hemingway

Asesinatos y atrocidades cometidos en la zona nacional

Limpieza en la retaguardia

Testimonio de Brenan

Enigmas de la historia. G. Orwell

CUARTA PARTE

Habla Franco, y un excombatiente le contesta

Palabras de Unamuno y la iglesia de Franco

Mensaje a los jóvenes de hoy

Ya no habrá tiempo para crear nuevos caudillos

In memoriam

CONTRAPORTADA

Referencia sobre el autor del libro

Dedico estas líneas a todos los infelices de mi generación que, escuchando la voz de las Jerarquías Eclesiásticas, dieron su sangre y su juventud para encumbrar a un despiadado Dictador.

A
FRANCISCO FRANCO

Caudillo de la nueva Reconquista,
Señor de España, que en su fe renace,
sabe vencer y sonreír, y hace
campo de paz la tierra que conquista.

Sabe vencer y sonreír. Su ingenio
militar campa en la guerrera gloria
seguro y firme. Y para hacer Historia
Dios quiso darle mucho más: el genio.

Inspira fe y amor. Doquiera llega
el prestigio triunfal que lo acompaña,
mientras la Patria ante su impulso crece,
para un mañana, que el ayer no niega,
para España más y más España,
¡la sonrisa de Franco resplandece!

Manuel Machado

Mañana cuando yo muera
No me vengáis a llorar
Nunca estaré bajo tierra
Soy viento de libertad.

J. P. “Txiki” pobre e insignificante muchacho legalmente
asesinado a la mayor honra y gloria del gran Caudillo de la Re-
conquista.

PRIMERA PARTE

¿QUIEN MANCHÓ DE SANGRE MIS MANOS?

Desde el primer momento para que nadie se llame a engaño, he de hacer constar que no fui lo que se llamó un «rojo» en nuestra guerra civil, sino un «nacional» y un excombatiente.

Acudí a engancharme como voluntario en el bando nacional sin ningún bagaje político, y sin tener ni idea de quien era Franco. Fueron las ideas religiosas que me habían imbuido desde mi más tierna infancia las que me indujeron a dar aquel paso. Tenía diecinueve años y si a alguien he de dar las gracias de que mis manos se mancharan con sangre fraterna, es a aquel grupo de jerarcas eclesiásticos que mano en alto con el saludo fascista proclamaron que se trataba de una «cruzada», de «la lucha de España contra la anti-España», de «la religión contra el ateísmo», de «la moral contra el libertinaje» obligando a la joven generación que nada tenía que ver con aquel estúpido aquelarre a sacrificar su vida por Dios y por España. Con el tiempo he podido comprender que ni Dios ni España intervinieron para nada. No hubo cruzada, ni patriotismo, sólo una guerra fratricida promovida para conservar unos privilegios abusivos de determinada clase.

La gente, en general, se ha escandalizado leyendo el libro de Franco Salgado sobre su primo el dictador Francisco Franco. Digo en general porque por desgracia el buen pueblo español ha estado como siempre en la inopia de todo lo que ha sucedido y los hechos manipulados que a él llegaron, habían logrado crear una imagen sacralizada del dictador. Por esto estas memorias de Franco Salgado han sido como una bocanada de aire fresco en el recinto fétido de un ambiente de tumba. A pesar de tratarse también de un libro manipulado.

En realidad lo que Franco Salgado revela respecto a su primo, es muy poco teniendo en cuenta la enormidad de la realidad, pero -como quiera que la censura nunca había dejado filtrar nada y que las revelaciones son a nivel de «Hola», el éxito ha sido considerable.

Los avisados sabían lo que se cuenta y mucho más.

La historia irá poco a poco dejando al descubierto desmanes ante los cuales los que hasta ahora se conocen, serán puro juego de niños.

Ahora que parece que se puede empezar a abrir la boca sin que se la llenen de moscas, he decidido iniciar este diálogo con Franco, al cual creo tener derecho después de haber combatido tres años a sus órdenes.

No es que esté muy seguro de que pueda llevar a cabo el intento a pesar del resultado de las elecciones, porque en un país en el que durante tantos años ha reinado la ley del embudo, es muy difícil que ésta desaparezca de súbito, entre otras razones porque los que gozaron del caño gordo harán lo posible por impedirlo desde sus puestos de privilegio y con los miles de millones amasados durante la época franquista. Tampoco la Iglesia se apeará de su nacional catolicismo más que de una forma aparente, sino obsérvese la última maniobra por la cual la jerarquía ha sacado 30.000 millones de pesetas a un Estado cargado de problemas económicos y al límite de la quiebra según los economistas. De alguna manera tenía que resarcirse de lo que ha perdido con la muerte de Franco. Finalmente la extrema derecha nunca abdicará de su caciquismo y de su prepotencia, todas las mutaciones serán circunstanciales, pero nada cederá en el fondo. ¡Hay tanto ganster y mercenario en el mundo dispuesto siempre a matar por dinero!

Con todo es preciso arriesgarse, hay que aportar el granito de arena en esta lucha titánica, que dura siglos, del buen vasallo español que nunca «hubo» buen señor. Es preciso aprovechar ese tenue claro entre densos nubarrones, para poder clamar la verdad. Quizá no dure mucho y otro espadón surja en el horizonte marcándonos inflexible, el único camino a seguir: el de «su» verdad.

Escribo estas páginas porque creo que es mi deber y el de todos contribuir a desmitificar la figura de Franco para el bien de todos los españoles. No me guía ningún odio ni deseo de venganza. Creo sinceramente que el español ha de saber lo que fue Franco y su reinado, para

emprender el futuro sin complejos, de la misma manera debe conocer con claridad el nefasto papel que la Iglesia católica ha representado y representa en España para que se acaben de una vez las periódicas quemaduras de conventos y las venganzas violentas y se decida serenamente la separación de la Iglesia y el Estado y se implante de «verdad» la libertad de conciencia, de pensamiento y de palabra en nuestro país, con el resto de los derechos humanos y que, si es cierto que hay muchos católicos en España, se haga de modo que sean ellos los que sostengan a su «iglesia» y no el Estado que lo es de todos los españoles y que tiene otros problemas acuciantes.

No se puede considerar un gobernante excelente al hombre que ha exiliado más españoles que todos los demás gobernantes que en España han sido, ni buen estadista a quien resolvió el problema económico del país a base de vender mano de obra barata a Europa esparciendo españoles por todas las naciones haciendo el papel que en Grecia antigua cumplían los hilotas.

Es tan inmenso el daño que la Censura disfrazada de orientación bibliográfica ha hecho al país, que es muy difícil «mirar atrás sin ira». Pero hay que intentarlo. Es particularmente difícil dejar de odiar al grupo mafioso que sin nombre aparente, en la sombra y sirviéndose de peones insignificantes como un Sánchez Marín, durante años con soberbia satánica y espíritu de inquisidores medievales han tenido amordazado el entendimiento de los hispanos y ha perseguido con saña masoquista al hombre que ha pretendido luchar contra sus injusticias inhabilitándole y haciéndole la vida imposible, colocándole el sambenito de “rebelde”, aunque este hombre hubiera ido a la guerra cantando aquella canción de los primeros tiempos de lucha en que aún lucía una esperanza.

*Despierta ya burgués y comunista
falanje trae la revolución
la muerte del cacique y del bolchevista
del holgazán y de la reacción.*

¿POR QUÉ HICIMOS LA GUERRA, MI GENERAL?

La verdad es que cientos de veces me he preguntado por qué hice yo la guerra y otras tantas veces he inquirido el por qué la hizo usted, mi General, y si bien es cierto que en mi caso encuentro respuesta plausible, para el vuestro ¡no!

Yo fui voluntario a la guerra civil fratricida y miserable —que no provocó mi generación sino la vuestra— a la edad de diecinueve años. Yo no tenía ningún ideal político determinado, ni sabía quien era usted, y con los debidos respetos, me importaba un bledo... Porque yo era el resultado o la víctima del monopolio que sobre la educación de la juventud ha ejercido siempre la Iglesia Católica en España y no necesitaba, señor, ni el «carisma» de vuestra personalidad providencial, ni sus motivaciones geniales para actuar. Había sido educado en las sacrosantas creencias religiosas tradicionales y en un momento dado se me presentó frente a mi conciencia el dilema de la España y la Anti-España, de la lucha por salvar la religión del ateísmo, el orden del caos y la obligación ineludible de ofrecer, si fuera preciso, mi vida por Dios y por España. Yo acudí exclusivamente a la obligatoriedad que en mi espíritu creaban los principios religiosos que desde niño me habían imbuido con impunidad y alevosía.

Sarcásticamente el dulce Jesús de Nazaret todo amor y poesía, la Virgen María reina del amor hermoso y las flores de mayo, el Dios bondadoso del “ama a tu prójimo como a ti mismo” ponían en mis manos la bomba y el fusil.

Aquellos Prelados de la Santa Iglesia que siempre me habían enseñado a respetar y a amar como bondadosos pastores del rebaño de Cristo, con sus brazos en alto, haciendo ostentación vergonzante de fascismo proclamando «La Santa Cruzada» en aquella guerra fratricida, fueron los que determinaron mi decisión. Y como consecuencia fui voluntario a la guerra civil que V.E. había iniciado. Y así quedé marcado y traumatizado para toda mi vida, porque yo no he sabido ser como vos hombre de partido ni jefe de facción, la de los vencedores, yo sólo he sabido ser español y en mis sueños a lo largo de mi existencia mis manos manchadas de sangre han sido una horrible y constante pesadilla.

Estaba yo, —cuando vos, mi General, faltando al juramento que habíais prestado al Estado de Derecho del cual dependíais: la República Española, y gracias al cual disponíais de mando, de armas y de hombres que sólo os pertenecían en función del juramento prestado—, estaba digo, en La Grau, un pueblecito cerca de Tolón en una casa de estudios llamada La Navarre. A través de Le Petit Vard y la Croix recibí las primeras noticias de vuestra sublevación en Marruecos.

Para mí Vos, Mola, Queipo de Llano y vuestras motivaciones carecían de interés; el peregrino concepto que el militar tenía del servicio a la Patria que convertía en «chachas» de las mujeres de los oficiales a los individuos convocados para los altos destinos de servir a España o en machacas y asistentes que eran una especie de criados medievales para todo, no me hacía gracia. Esa sacrosanta manera de servir a la patria que podía permutarse por dinero «haciéndose soldado de cuota» o comprando a otro hombre para servir al Rey, me llenaba de confusión. Los políticos, los herederos de la guerra carlista, con sus lemas tan alejados del vivir europeo y del mundo de la ciencia que se nos venía encima, me hacían sonreír. A mi entender era un pasado que había que olvidar con todas las pesadillas del siglo XIX. ¿Qué importancia tenía un Borbón o un Austria si todos eran extranjeros?

La fórmula de los «nuevos» de las camisas azules *¡Arriba España!* me complacía, era joven y renovadora, pero el otro slogan de «*Por el Imperio hacia Dios*» me parecía demencial, lo mismo que las extravagancias sin sentido común de un Izurdiaga Lorca y su cuadrilla de poetas chiflados. Y de frailes lunáticos como el padre Pérez de Urbel.

Pero había algo que yo no podía desoír y fue el llamamiento de la Iglesia a través de sus jerarquías de los obispos capitaneados por el primado Cardenal Gomá. La llamada de Dios para la defensa de la tradición, la historia gloriosa, el orden, la fe, moral, de todo aquello que con premeditación y alevosía siembra la Iglesia en el corazón de los españolitos y que necesitan luego toda una vida para arrancarlo a jirones con los consiguientes traumas en su vida emocional, intelectual y sexual.

Así que un buen día, escuchando la voz de Dios a través de sus representantes en la Tierra, yo como un nuevo cruzado me puse en cami-

no hacia la España nacional en compañía de otro muchacho algo mayor que yo natural de Salamanca, Iscio Morales. Antes me despedí de numerosos amigos que había hecho en Francia y que no entendían ni compartían mi manera de obrar y que aun exponiéndose a herir mis sentimientos me decían que era estúpido ir a exponer mi vida por un pronunciamiento militar de los que España había sido siempre tan pródiga.

—Los militares cuando se insubordinan tienen siempre unas razones retóricas aparentes que esconden las verdaderas intenciones que casi siempre son inconfesables -me dijo mi profesor de historia francesa al que faltaban tres dedos de la mano izquierda que había perdido en la batalla de Verdún.

—Piensa muchacho que vas a ponerte a las órdenes de un sublevado, de un amotinado contra el legal poder constituido que es la República. El Ejército no es España y menos un ejército de mercenarios que acaba de pasar África para invadir la península.

Yo me oponía a estas razones mostrando periódicos de Tolón con fotografías de Iglesias quemadas, conventos destruidos y turbas desaforadas.

—Sí, pero esto no lo ha provocado la República como tal, sino Franco, con su insubordinación que ha roto el equilibrio de las leyes y situaciones normales.

—¿Y la religión? ¿Y la Iglesia perseguida?

—Quizá en España la Iglesia no sea tan inocente como tú crees en lo que está pasando. Es muy sintomático que el buen pueblo español siempre que puede arremete contra la Iglesia, esto no sucede en Francia ni en ningún otro país y me temo que sea señal inequívoca de un odio que se ha acumulado a través de siglos de opresión despótica y contra la cual el pueblo no ve otro camino de vindicación que la violencia.

A pesar de todos los razonamientos yo seguí impertérrito en mi idea de ir a luchar por Dios y por España.

Un gesto emotivo fue para mí el del bodeguero de la Navarre, un gigantón robicundo, era alsaciano, de ojos azules y cabello blanqueante que había luchado en la guerra del 14-18 y que me regaló un «detente», un trozo de bandera francesa con el corazón de Jesús bordado en el cen-

tro de la tricolor descolorida por tantos sudores que la habían empapado en largos días y meses entre la piel del pecho y el uniforme. Aún ahora la conservo.

Otra despedida que me conmovió fue la que tuve en mi última visita a la Cartuja de Montreux donde estaba recluso como monje un aragonés llamado González al que había visitado en alguna ocasión durante mi estancia en Francia. Nunca pude aclarar el porqué aquel hombre joven de negra barba y apasionado, estaba allí. Por ciertos recuerdos deslabazados creo recordar que pertenecía a una familia acomodada de Zaragoza que se dedicaba a la fabricación de chocolate y que había mediado la actuación de una mujer en la reclusión de aquel hombre en la cartuja.

Cuando le comuniqué mi decisión de marchar a España se puso frenético de entusiasmo y de emoción. —El Pilar, el Dos de Mayo, Agustina de Aragón y Santiago y cierra España—. Estaba dispuesto a seguirme. Yo no le animé, cuando observé que todos sus entusiasmos se apagaban ante la presencia del prior. Yo estaba en las nubes, pero él vivía fuera del tiempo y del espacio.

El tren que nos acercó a la frontera estaba lleno de españoles que acudían voluntarios a Cataluña en defensa de la República. Iscio Morales y yo éramos los únicos en nuestro vagón que no llevábamos en la solapa la contraseña de los grupos que se trasladaban a Cataluña. Se nos miraba de reojo, incluso se nos preguntó a dónde íbamos, pero estuvimos quietos y mudos. La rechifla se armó cuando tuvimos que hacer transbordo para enlazar con la línea de Lourdes, pues la única entrada que nosotros teníamos en aquellos momentos era por Saint Jean de Pie de Port, Arnegy y Valcarlos, pues ni Irún ni San Sebastián habían caído aún en manos nacionales.

Tuvimos que correr entre gritos e insultos.

Instalados ya en el tren que nos convenía, también nos fue hostil el ambiente del departamento. Nuestro aspecto joven, nuestras maletas y los gritos con que habíamos sido acompañados delataron nuestras intenciones. A nuestro alrededor se inició una conversación medio en francés medio en Patois con frecuentes intercalaciones.

— ¡Franco au potau!

Hubo un nuevo cambio de tren para tomar otro de cercanías que iba a dejarnos en la misma frontera y en éste un oficial francés que dijo venir de Argelia nos recomendó prudencia si no queríamos ser internados antes de pasar. Yo hice toda clase de protestas, pero el oficial se limitó a sonreír.

—En mi travesía por mar desde las colonias se oían fuertes explosiones hacia el estrecho. La cosa se está poniendo al rojo vivo.

Sé que otros muchachos se unieron a nosotros pero no logro individualizar el momento hasta haber formado ya el grupo en Pamplona y en la toma de Tolosa, pero sí recuerdo sus nombres. Fueron Alfonso y Carlos Maristany. Alfonso que fue medio novio de la Pepa, Jefa de la Falange de San Sebastián, y murió luciendo ya una estrella de alférez de la Falange. Carlos, que era oficial de complemento de caballería, fue herido en una pierna. Clariana que fue fusilado por los nacionales acusado de espía, cosa poco conocida y que se ha querido tener oculta, pues en la Iglesia de Pompeya de Barcelona se estuvieron celebrando durante varios años misas por “El caído por Dios y por España”. Un tal Claramunt que cogió purgaciones, él decía que haciendo el amor con una casera y así se quedó despistado en el hospital de sangre de Tolosa. El más pequeño de los hermanos Alier, los papeleros de Barcelona, que lloraba como un niño al ver la destrucción del paseo de Colón de Irún pensando en las casas que su familia poseía en Barcelona, aunque luego le vi llorando alguna que otra vez en las trincheras y Juanito Ansuategui decía que era de miedo. Y un tal Fábregas o Fabregat que declaró ser falangista de primera hora, haber estado luchando en los Carmelitas de Barcelona y que se había podido quedar escondido en una fila de butacas estirado entre los asientos y los barrotos del cine Kursal de Barcelona. Este al parecer recibió un tiro en las nalgas en la toma del caserío de las Siete Ventanas frente al Fuerte de Santa Bárbara; al menos cuando yo fui a un hospital improvisado en unos chalets de Amorabieta estuvo siempre en posición supina.

Con todo este grupo que procedían de Cataluña tuve relaciones hasta después de la toma de San Sebastián. Exactamente entre la toma del Mendizorrots y la de Motrico se produjo la desbandada del grupo.

También conecté con otros muchos catalanes. Pero estos que he nombrado fueron los primeros que topé al entrar en la España de Franco.

Entramos en la zona nacional por Arnegy -Valcarlos y fuimos recibidos no con excesiva cordialidad por los Boinas Rojas que custodiaban aquel sector de la frontera y no se nos concedió plena confianza hasta que en una parada en Burguete camino de Pamplona yo me enteré que en el Monasterio de Roncesvalles se encontraba el Obispo don Marcelino Olaechea que había sido profesor mío en los Salesianos y que me trató con toda amabilidad.

—Vuestra Excelencia, mi general, debe acordarse de don Marcelino, era hijo de un obrero de Bilbao y no simpatizó con el levantamiento militar. Vos comprásteis su adhesión haciéndole arzobispo de Valencia.

Fuimos acompañados hasta Pamplona con cordialidad después de mi identificación por el Obispo Olaechea por policías vestidos de paisanos y allí nos encontramos inmersos en un estado de exaltación y paroxismo sin límites, mezcla de ensueños de catolicismo medieval, de cruzada por la fe y bullicio de sanfermines. Después de algunas vacilaciones nos alistamos en Falange. Era lo más moderno, la idea del requeté nos parecía trasnochada, si alguna salvación podía llegar a nuestro país había de ser a través de aquel grito de ¡Arriba España! que era como un despertar España y cuyo ideario podía electrizar a una juventud predispuesta al entusiasmo.

Unas horas para aprender el manejo del fusil y la bomba Lafitte en la vuelta del castillo y un amanecer montados en camiones que transportaban garbanzos al frente, marchamos hacia la toma de Tolosa. Debíamos presentarnos al alférez Estella que formaba parte de un dispositivo más o menos mandado por el entonces comandante Sagardia.

Estaba en mi luna de miel. Entramos en Tolosa y empecé a presenciar lo que era una «guerra política». Personajes como el comandante Moreno, Sanz Orrio, abogado falangista que más tarde ha sido Ministro de Trabajo y Apestiguia, lechero de Pamplona enfundado en un azul nazi, pusieron a prueba mis entusiasmos juveniles.

Ya estaba en la Guerra Santa. Yo sabía el por qué me encontraba en ella. Pero vos, mi general, ¿por qué estábais en la guerra?

NO HAY MAS REMEDIO QUE PROCEDER A VUESTRA DESMITIFICACION

Es preciso desmitificaros, mi general, y mejor que nadie lo sabéis vos.

El sencillo pueblo español lo necesita para emprender un nuevo camino en que sea por primera vez protagonista y vos también para descansar en paz en vuestra tumba y para que tengáis la tranquilidad de que vuestro nombre no será usado por banderías equívocas para haceros ganar batallas inícuas después de muerto.

España, vos lo sabéis, es muy tradicionalista y creadora de mitos y cuando una institución o una persona es mitificada ya nadie se permite juzgarla, criticarla, ni estudiarla siquiera y si alguien lo pretende es anatemata.

Ved, sino, como ejemplos el Cid y la Iglesia Católica. El Cid Campeador se ha convertido en mito de la raza cuando en realidad la revisión de sus actos con un criterio moderno le dejan a la altura de un caballero de fortuna, casi un salteador de caminos. Pero, ¡ay del que se atreva a proclamar esta verdad basándose en hechos y demostrar que Alfonso VI fue el gran rey que por primera vez intentó acabar con la carnicería de moros y cristianos imponiendo a aquellos vasallaje como a los de Toledo y Andalucía.

Aunque está claro que el Cid siempre vivió del robo, de la guerra, de la depredación y de la violencia, no se puede proclamarlo y hay que soportar el que todas las generaciones de jóvenes que se han sucedido y se suceden en nuestra patria reciban la lección de un Cid Campeador, modelo de virtudes y por tanto ejemplo a imitar y meta que conseguir. Nadie puede descabalar a este aventurero que se enriqueció asaltando y matando moros. Claro que los moros fueron considerados como los «rojos» de aquel tiempo y el robarles y matarles era tenido por obra meritoria. Pero es que después se alió con ellos para ir en contra de los cristianos; quizá también en esto tampoco tuvo culpa, porque los cristianos eran catalanes y los moros de Zaragoza.

¿Qué catadura moral pudiera tener aquel individuo?

Sólo lo que vale la triste inmisericordia y ruindad que esconden sus palabras altisonantes y huecas.

Nadie puede descabalgár al Cid porque se ha convertido en mito y sigue proyectando su mal ejemplo en la formación de las generaciones de nuestros españolitos que se ven obligados a admirar en él un héroe inexistente.

Sería muy triste, mi general, que vos quedaráis con el fondo colosal y teatral del Valle de Los Caídos como un nuevo Cid, capitaneando ejércitos de mercenarios de Africa y saltando a la península para encender en ella la más cruel y absurda guerra que España ha tenido, como ejemplo glorioso y perdurable que proyectara como mito una nefasta influencia en las generaciones venideras.

Sería igualmente doloroso que vuestras instituciones, vuestras leyes fundamentales, que en realidad nunca tuvieron fundamento porque les faltó lo esencial: el concurso del pueblo libremente expresado; todo aquello que vos pretendisteis dejar «atado y bien atado» se convirtiera en un dogal que ahogara el cuello de la nación cada vez que ésta pretendiera moverse, subir y marchar con los tiempos y las generaciones nuevas.

Bastante tenemos con la mitificación de la Iglesia y la sacrilización de sus instituciones que durante siglos han ahogado al pueblo español privándole de movimiento, impidiéndole el pensar, crear y sentir con espontaneidad.

El Cid es un ejemplo de persona mitificada e intocable y la Iglesia lo es de institución que se pone por definición mucho más allá de toda sospecha y su conducta más allá de toda crítica y discusión.

La Iglesia influye fatídicamente en la vida española atenazando las conciencias y yugulando el pensamiento. Un estremecimiento de miedo corre por todos los autores llamados del Siglo de Oro: es el pánico a la Inquisición. Ella está en el nudo de todas las oposiciones a la ciencia y al progreso. Encendiendo hogueras, amarga la existencia de los hijos más preclaros de España y mantiene al pueblo en la ignorancia más zafia y en las supersticiones más trágicas y pueriles... Piense por un momento en los sortilegios, ensalmos y tontería que aplicó la Iglesia a nivel de Obispo en el caso de Carlos II El Hechizado.

Pero a pesar de la evidencia, la Iglesia es un mito y como tal intocable y un ejemplo pernicioso para las generaciones que en España se suceden y que desde su más tierna infancia sufren su impronta.

Muchos no están conformes con su actuación. Muchos no creen sus dogmas ni sus doctrinas. Muchos incluso la odian por la perniciosa influencia de sus enseñanzas. Muchos creen y con razón que la actuación de la Iglesia ha sido siempre un escarnio de las doctrinas de su fundador Jesús de Nazaret. Que ninguna sociedad en la tierra ha desmentido con más descaro, con hechos, las doctrinas que predica... pero callan. El que la ataca de frente es fulminado. Como actitud más benévola se dice: «Bah, no hables de estas cosas. Deja la Iglesia en paz». Es inútil proclamar que uno dejaría con mucho gusto la Iglesia en paz cuando ella le deje en paz a uno, no metiéndose en la vida particular imponiendo unas enseñanzas y unas actitudes que uno no comparte, por la fuerza.

Es más prudente callar... Dejarla de lado.

Está mitificada y es mito intocable.

Hombres sinceros e inteligentes proclaman que nada quieren en contra de la Iglesia, sólo pretenden la separación de ella del Estado para que los españoles tengan verdadera libertad de conciencia y de pensamiento y no se vean obligados a solemnes juramentos confesionales, para representar en algo a sus conciudadanos.

El auténtico primer gobierno de la Monarquía y que al parecer se esfuerza en conducir a España hacia la democracia, que pasa angustias de parto y dificultades económicas de toda índole lo primero que se ha visto obligado hacer es dar 30.000 millones de pesetas al año a los que tienen tantas riquezas almacenadas en sus templos y tesoros e inversiones como para solucionar de un plumazo toda la miseria de las regiones del campo español y dotar a todos los hospitales de deficiente economía de España. El caso de las riquezas y especulaciones de los canónigos de Lérida ha provocado risas, pero no la indignación e indagaciones que merecía.

¿Y quién ha protestado? ¿Quién ha levantado la voz para decir que hay necesidades más perentorias que resolver un problema de la Iglesia

que en realidad no es un problema del Estado sino de ella misma o en último término de los católicos?

Y no sólo esto.

El concordato, esa antigualla servil que la jerarquía había proclamado que había que suprimir cuando tuvo miedo que vuestra muerte, mi general, causara una reacción violenta, se ha prolongado por tres años y todos callando. Incluso estos gallitos de la prensa que tantas veces han estado contra el nacional-catolicismo, no han dicho en esta ocasión ni pío. ¡Y volveremos a tener Concordato! ¡Y volverá la Iglesia a ejercer su nefasta influencia en la enseñanza!

Por esto, mi general, es preciso evitar que os conviertan en mito. Hemos de hacer todo lo que podamos para que no quede de vos una falsa imagen sacralizada a la que el pueblo venere sin saber ni el por qué y de que tengan un respeto tan temeroso que no se atrevan casi ni a nombraros. Como al cáncer.

En la obra de R. Hochhuth, *EL VICARIO*, el autor pone en boca del Nuncio de S.S. Pío XII en Berlín las siguientes palabras: «Pronto comprenderá él (se refiere a Hitler) lo que sus amigos el señor Franco y el señor Mussolini han entendido hace tiempo: que sólo con nosotros, sólo con la Iglesia y no actuando contra nosotros, el fascismo es invencible.»

Vos sí lo entendisteis, mi general. Mejor que Hitler. Pagasteis a la Iglesia la factura que os pasó y más. El nacionalcatolicismo que fue una invención vuestra y del Cardenal Gomá y Pla i Daniel, produjo óptimos dividendos.

Últimamente estabais desconcertado. El gran pilar en el que os habíais apoyado estaba fallando. Os olvidasteis que que vos ganabais en astucia a Napoleón, pero a la Iglesia no.

—Casaroli intuyó que vuestra estrella se estaba eclipsando. No en vano os estabais haciendo viejo. Y como siempre, inició la retirada. ¿Hacia dónde? Pues hacia las fuerzas que os habían de sustituir. De repente descubrió que erais un dictador absurdo e insoportable. Que Ruiz Giménez con su Democracia Cristiana un patriarca transnochado y que la nueva estrella se llamaba Suárez. Y entró en juego la democracia de TARANCON. Lo importante es caer siempre de pie.

Vos no os arredrasteis y no tuvisteis escrúpulos en «zumar» al clero sin daros cuenta que con ello hacíais el juego a la Iglesia y la ayudabais a colocarse en la nueva posición. Como siempre el clero ganó y muerto vos ha seguido en el candelero y no sólo no ha perdido nada sino que ha ganado con la muerte de su protector.

En agosto del 1937 los generales Mola, Queipo de Llano, Cabanellas, Dávila, Orgaz, Saliquet, Gil Yuste, Kindelán, Moreno Calderón y Montaner, que en virtud de todos los poderes que os habían otorgado en septiembre de 1936 nombrándoos Generalísimo, creían que teníais que responder ante ellos de vuestros actos, quedaron bien chasqueados.

El artículo 47 de los estatutos que vos mismo, con vuestro cuñado Serrano Suñer, habíais elaborado decía textualmente:

“El jefe Nacional de la Falange Española Tradicionalista y de la J.O.N.S., supremo Caudillo del Movimiento, personifica todos los valores, todos los honores del mismo. Como autor de la Era histórica donde España adquiere las posibilidades de realizar su destino y con él los anhelos del Movimiento, El JEFE ASUME EN SU ENTERA PLENITUD LA MAS ABSOLUTA AUTORIDAD. EL JEFE RESPONDE ANTE DIOS Y ANTE LA HISTORIA.”

A parte de que la frasecita suena a medieval, a nazi y a cursi, al hombre actual de la sociedad de consumo le mueve a risa y a vómito.

Responderéis pero en verdad y sin mitos. En cuanto a la responsabilidad en el más allá ¡Dios tenga misericordia de vos, mi general si es que la merecéis!

¿POR QUE FALTANDO A VUESTRO JURAMENTO NOS ARRASTRASTEIS A UNA GUERRA FRATICIDA?

Vos, erais un profesional, sabíais lo canallesco, lo infame, lo inhumano y vergonzoso que es una guerra y más una guerra entre hermanos ¿Por qué nos llevasteis a ella?

¿Por qué faltasteis a vuestro juramento prestado solemnemente a la República que era el poder legalmente constituido y por tanto un estado

de derecho, para con vuestra rebelión y a base de mucha sangre y muchas lágrimas, establecer un estado que nunca ha pasado de estado *de hecho*?

Contestáis a esta pregunta y en multitud de discursos diciendo que «Fuisteis a salvar a España del comunismo, del desorden y de la anarquía y en contra de una conjuración judeo – marxista – masónica - separatista...»

Por favor, Excelencia, estos bulos ya no se los cree nadie y por de pronto nunca los creísteis vos. España tiene cada vez menos analfabetos y es cada vez más difícil engañar a nuestra gente con mitos trasnochados. Los pudisteis sostener en otros tiempos porque detrás teníais las bayonetas que cerraban las bocas que se carcajeaban. Cuando con vuestra pequeña figura de corta talla -con perdón, la naturaleza no os favoreció con un aspecto noble y hubierais sido un tipo ideal para caricaturas si...

y vuestras dotes oratorias que tampoco eran muy notables; lanzabais vuestras balbucientes proclamas con voz de falsete, había que autosugestionarse para creer en ellas. Mirabais de suplirlo con teatro pues ya le echabais lo suyo con vuestra guardia mora, con sus turbantes, sus capas azules y con los cascos dorados de sus cabellos que parecían un cortejo de los Reyes Magos y que durante muchos años fueron el hazmereir de toda Europa. Vos habíais dicho «Sólo me sublevaría contra la república en caso de que esta intentase disolver al ejército o a la Guardia Civil o que viese claramente que había llegado la hora del comunismo. En estas circunstancias con los que me siguiesen me echaría al campo».

Pero la ambición es mala consejera y vos os sublevasteis sin que se diera ninguna de estas circunstancias, pero como os decía Orgaz «el triunfo era seguro y era como una perita en dulce que iba a comerse otro general».

¡Qué cinismo! Llamar «perita en dulce» al destino trágico de una nación de treinta millones de personas que se pretendía asaltar como se asalta un banco.

En fin, es mejor tomárselo con calma. Lo cierto es que vos iniciasteis una guerra ofensiva con soldados mercenarios traídos de África y

de otros países como Italia y Alemania contra vuestro pueblo y que desde el primer momento fueron el brazo derecho de la sublevación.

Yo soy testigo ocular ya en la toma de Irún. Las tanquetas italianas estuvieron en San Sebastián estacionadas junto a la antigua cárcel de mujeres, hoy inexistente, y tomaron parte en la siguiente acción de la toma de Medizorrotz en la que yo también estuve presente y fui herido en una pierna. Y los alemanes de la Legión Condor con sus aviones destruyeron Guernica y la artillería italiana que abrió brecha en Gáldacano, rompiendo el cinturón de hierro. Y firmasteis un acuerdo secreto con Italia ya en el 1936 a fin de recibir ayuda en hombres y material para la guerra fratricida.

Nunca, mi general, hubierais hecho nada contando únicamente con el apoyo voluntario de los españoles. La no intervención que ató las manos a Francia e Inglaterra dejó el campo libre a Italia y a Alemania.

Yo estuve en los primeros grupos de voluntarios de Navarra antes de que se organizaran las célebres brigadas y aquellos grupos de combatientes eran puro remedo de las guerras civiles carlistas del siglo pasado. ¿Qué hizo Mola con sus heroicos voluntarios navarros, aparte de sacrificarlos a las órdenes de García Escamez o de García Valiño? Proclamar una y mil veces «que les insurgés sont arrivée aux environs de Madrid» sin que en realidad pudiera andar un paso más allá de las primeras montañas. Ni pudieron llevar a cabo la operación de conquista de la capital de España, remedo de la que ideó Napoleón cuando acudió en auxilio de su hermano Pepe Botella.

Si en lugar de un Casares Quiroga, que quizá por los trastornos de la tuberculosis que padecía, hasta el último momento creyó en la caballería de los militares y en el cumplimiento de la palabra dada a la República y se negó a dar armas al pueblo, se hubiera canalizado la indignación popular contra la prepotencia de aquellos hombres que abusaban de las armas que la nación les había dado y de los hijos del pueblo, para levantarse contra el mismo, en ninguna parte hubiera triunfado el alzamiento sino que la reacción popular y la indignación, de las multitudes, los hubiera hecho añicos. Pero vinieron los componendas, entró en juego la Iglesia, la tradición, los intereses creados y tantas monsergas: Los Reyes Católicos, Otumba, Lepanto, San Marcial, y el

señor March con sus millones y la familia Oriol y los Urquijo y los Luca de Tena... y todo quedó ahogado en cambalaches y traiciones y el más duro y el más ambicioso se llevó la moza al río, la violó y luego la ahogó en sus aguas teñidas de sangre.

Una vez más en España se quitaba la iniciativa al pueblo y se truncaba el desenvolvimiento normal de su historia interfiriendo el protagonismo de la gran mayoría para que en nombre de unos principios favorecedores de ciertas clases privilegiadas, marcarle la senda que debía seguir a golpe de tranca. Naturalmente en bien de su tranquilidad. Se ha despotricado contra el Frente Popular como unión de izquierdas contra el cual dicen que se levantó el Ejército, pero se ha ocultado que existía igualmente el Frente Nacional de derechas y monárquicos y fe de ello la da el historiador Hugh Thomas: «Constituían el primero además de los liberales como Casares, el gran Partido Socialista y el reducido Partido Comunista. Tras el Partido Socialista, la U.G.T. (Unión General de Trabajadores) uno de los movimientos obreros más organizados de Europa. El *Frente Nacional* lo constituían no sólo la CEDA sino también monárquicos agrarios representantes de los grandes terratenientes del Sur y del centro y otros partidos de derechas. Era el frente político de todas las fuerzas de la vieja España: del Ejército, la Iglesia, la burguesía». Se clamó contra el Frente Popular porque era de izquierdas pero ¿qué es sino un Frente de la derecha y Centro ese partido de partidos montado por el señor Suárez? Pero las elecciones de febrero de 1936 las ganó el Frente Popular. Esto es, el pueblo obrero de tendencias izquierdistas. ¿A qué venía la rebelión militar en julio?

Esta situación me recuerda un hecho acaecido cuando yo estudiaba Bachillerato. Teníamos de profesor de Historia a don Antonio Mateo que un día entró en clase entre irritado y emocionado con el periódico en la mano para hablarnos de los increíbles desmadres que ocurrían en Norteamérica. Era el tiempo de Al Capone y de la lucha de gansters en Chicago que el pueblo norteamericano pretendía dominar con la ley en la mano y sin salirse jamás de la Constitución. Nosotros en cambio gozábamos de la paz octaviana del dictador de turno que era entonces Primo de Rivera.

—¿Dónde va a ir a parar aquel pueblo infeliz? -clamaba el pobre don Antonio- *el desorden, la falta de moral, la irreligión le conducirá al caos. El pueblo Norteamericano ahogado por la corrupción camina hacia el aniquilamiento. ¡Si al menos surgiera entre ellos un hombre providencial como el que Dios nos ha proporcionado a nosotros!* (Naturalmente se refería al espadón que nos gobernaba.)

Por desgracia siempre ha surgido en nuestras latitudes este ser providencial que no ha dejado que nos equivocáramos, ha velado por su orden, su justicia, su moral, su conciencia y se ha preocupado de que los entendimientos hispanos no se apartaran de los raíles intelectuales marcados por la Santa Iglesia Romana y así nos ha lucido el pelo.

La pobre Norteamérica que sólo ha tenido su constitución como guía y el voto libre de todos sus conciudadanos ha llegado a ser el pueblo más poderoso del mundo, la fuente de los grandes acontecimientos y descubrimientos que ha logrado el avance de la humanidad a la que hemos tenido que acudir nosotros mendigando para poder seguir con nuestros vacíos oropeles de desfiles y pontificales, ilusionados estúpidamente en que somos la reserva espiritual del mundo. "Es para morir-se de risa". Y no vale el argumento de que nuestro suelo es pobre. ¡Mentira! Con el suelo más rico de España han pasado siempre hambre los andaluces y ahora que España tiene hasta petróleo son los norteamericanos los que nos enseñan donde está y se aprovechan de su descubrimiento. ¡Son las instituciones sociales! Han sido nuestra Iglesia y nuestros dictadores que no han dejado respirara España. Incluso hoy que España llora, Norteamérica sigue viviendo con su gasolina a precio irrisorio.

Últimamente han aparecido algunos libros preguntándose qué hubiera sucedido en España si en lugar de haber ganado la guerra civil Franco, la victoria hubiese sido de la República de trabajadores. Que me perdonen sus autores, pero creo que esta pregunta y su contestación no va a ninguna parte ni sirven para otra cosa que para pasar el rato. Lo que de verdad nos interesa porque puede ser aleccionador, es intentar averiguar lo que hubiera sucedido si los militares no se hubieran amoti-

nado y nuestra República de trabajadores hubiera podido seguir hasta su total acomodación.

Si en lugar de surgir el ambicioso militar de turno todos hubiéramos tenido paciencia y hubiéramos aguantado el sarampión de la adaptación hasta llegar a conseguir la plena democracia. Al fin y al cabo la historia nos enseña que todos los cambios políticos y de regímenes de larga duración producen siempre su secuela inevitable de víctimas. Sin duda hubiéramos tenido que soportar desmanes, que en realidad se le hubieran podido perdonar al sufrido pueblo español después de tantos años de esclavitud ideológica y política pero al fin hubiéramos podido lograr el acoplamiento social e ideológico con los pueblos demócratas europeos. Pero no tuvimos esta suerte. Salió el acostumbrado redentor y en vez de las cinco mil víctimas que quizá hubiera podido producir la república en su aclimatación, se causó un millón de muertos para no solucionar nada, dejarnos donde estábamos y tener que empezar de nuevo.

Porque no nos engañemos y no seamos tan ingenuos para no darnos cuenta de que cuarenta años no pasan en balde y que es estúpido comparar los tiempos actuales con situaciones análogas de casi hace medio siglo. Porque, no porque la penicilina se haya inventado en tiempos de Franco y también el avión a reacción, junto con la cadena de electrodomésticos que han enriquecido el hogar, todas estas cosas hay que atribuir las al régimen dictatorial que nos ha gobernado durante estos años.

Y cosa curiosa para ser tenida en cuenta, Hemingway opina en una de las cartas escritas desde Madrid al pueblo norteamericano, que probablemente Hitler no se hubiera atrevido a desencadenar la Segunda Guerra Mundial si en la península Ibérica en vez de un régimen fascista hubiera gobernado una república democrática.

Por favor, Excelencia, que cesen vuestros panejiristas de sostener estas tonterías que ya nadie cree, sólo confundiendo a propósito y sosteniendo el sofisma que fueron lo mismos los tiempos del pleno dominio de la República y los que sucedieron después de vuestra insurrección, puede encontrarse algún apoyo a estas motivaciones que vos siempre quisisteis hacer valer. Los males endémicos que ha sufrido Es-

paña pueden atribuirse a muchas causas, pero nunca a las izquierdas que jamás han gobernado España. Los desastres nacionales de toda índole que hemos padecido a través de nuestra historia han de achacarse forzosamente a dos constantes que la presiden: la Iglesia, y las minorías de ultraderecha a ella adheridas. pero nunca a las izquierdas que no han tenido ni voz ni voto. Todas las estupideces que nuestros gobernantes han cometido en el largo peregrinar en la procesión de los días, nunca fueron cometidas por hombres de izquierdas.

Ha existido siempre un sofisma que se ha propagado con toda la mala intención. Se juzga a la República no por lo que hizo cuando fue tal, sino por lo que sucedió después del levantamiento militar que produjo la subversión de todos los extremistas como sucede en todas las ausencias de poder. Pero el desorden y el crimen y el pillaje no fue privativo de la República, también la España nacional sufrió las mismas plagas, con un agravante creo yo, por parte de la España de Franco. Hubo asesinatos de toda índole y venganzas en el territorio más o menos dominado por la República, pero igualmente las hubo en la zona de Franco, aunque de signo contrario.

Los ácratas y los descamisados aprovecharon la confusión para matar a curas y propietarios; pero los nacionales y sus caciques exterminaron a los obreros por el simple hecho de ser socialistas, como explica con su sentido notarial Ruiz Vilaplana en su libro DOY FE. A los nacionalistas vascos a pesar de ser católicos, los pasaron por las armas sin miramientos, sin exceptuar a curas, o bien como el fusilamiento de las muchachas pertenecientes al Batzoki en el cementerio de Hernani y a los obreros de las papeleras en el cementerio de Tolosa, después de un irrisorio proceso presidido por Sanz Orrio y Apestequia.

La circunstancia para mí agravante de estos desmanes, que téngase bien en cuenta, tuvieron todos su origen con el levantamiento militar, es que en la zona llamada roja cesaron cuando el mando de la república volvió a dominar la situación y en cambio en la zona franquista perduraron amparados por leyes incalificables que alentaban el asesinato y las torturas, de tal manera que terminada la guerra y con procesos sumarísimos, fueron ejecutados en España 197.000 presos políticos.

Los «nacionales» siempre ocultaron sus crímenes y dirigieron información basándose en los intereses de las clases conservadoras y la iglesia, en cambio los «rojos» han declarado su impotencia para dominar las bandas incontroladas entre otras cosas porque estaban sin policía a la que tuvieron que enviar a los frentes para oponerse a los militares sublevados.

Con el corazón transido de pena y con los ojos arrasados de amargas lágrimas os vuelvo a preguntar:

¿Por qué os sublevasteis, mi general?

¿Por qué trajisteis a España las tropas «mercenarias» de las colonias?

¿Por qué pedisteis la ayuda a los soldados de Mussolini y Hitler contra vuestros propios hermanos?

¿Por qué admitisteis que la Alemania de Hitler experimentara sus nuevos artefactos de destrucción en las carnes de vuestro pueblo?

¿Por qué? ¿por qué?

¿POR QUÉ LO DE GUERNICA?

Truman pasará a la historia como el primer ser humano que autorizó el lanzamiento de una bomba atómica y causó la masacre de Hiroshima y Nagasaki. Pero vos mi general, arrastraréis eternamente el baldón de haber autorizado el primer «blitz» de la historia humana sobre ciudades abiertas.

¡Qué gloria!

¿Y pudisteis dormir tranquilo después de autorizar lo de Guernica?

¿Y pudisteis seguir echando barriga sin perder el sueño por toda la eternidad?

Si existe este Dios que pregonan vuestros compañeros de camino, supongo que ya os habrá ajustado las cuentas en el más allá.

¿Quién puede creer honestamente a estas alturas y en realidad *NUNCA* que hombres como Azaña, Alcalá Zamora, Prieto, Portela Valladares... ni siquiera Largo Caballero pretendieron llevar a España hacia el Comunismo? Nadie. Sólo hombres como Vos mi general, que

al día siguiente del triunfo de la República empezaron a conspirar, han usado tan miserables calumnias al servicio de su ambición.

La República vino con flores y alegría. Con juventudes entusiastas e ilusionadas por la libertad pero el mismo día la derecha empezó ya a conspirar.

Las últimas elecciones, que han dado un *NO* rotundo al fallecido Dictador, han llegado igualmente con transportes de alegría y cantos de libertad. Pero ¡Por Dios! no bajéis la guardia. La derecha está ya conspirando en el preciso instante del triunfo de las izquierdas. Para ciertas gentes lo razonable y lo justo no significan nada. Sólo cuentan los intereses de casta.

Me gustaría saber qué lugar ocupa de «ínclito demócrata» en la nueva situación, el juez Coronel de Palma, hermano del horondo Director del Banco de España y de las Cajas de Ahorro, que me procesó y me condenó por haber publicado *La Religiosa* de Diderot obligándome a acudir a juicio escayolado y entablillado pues acababa de sufrir un accidente de coche, como si fuera un criminal y un asesino al que no se deba dar cuartel. Del Arco me vio en el Palacio de Justicia, me hizo una caricatura de las suyas y me sometió a un interrogatorio. Luego demócratas de rancio abolengo como Godó y adlátares le negaron el que lo publicara en La Vanguardia.

Si la justicia de Dios os condena a sufrir los mismos males que vuestro orgullo y vuestra ambición han provocado entre vuestros contemporáneos, no sé si la misma eternidad será tiempo suficiente para que experimentéis las torturas sádicas que vuestros esbirros en vuestro nombre aplicaron. Los tormentos innobles, los enfrentamientos morales y corporales que convirtieron en gusanos a seres humanos nobles y generosos.

Sin duda habéis sido, general, el jefe de gobierno que ha echado de España a más españoles. Ni siquiera Isabel y Fernando en célebres expulsiones de moriscos y judíos os ganaron y sin duda también ostentáis el récord del personaje bajo cuyo mando se ha matado a más personas, se ha torturado a más gentes, se ha asesinado a más españoles, incluyendo en la comparación a las víctimas de la Inquisición. ¿Valía la pena, general, estos ríos de sangre, estas montañas de cadáveres, estos

coros de grito desgarrado, obtenidos por la tortura, estos torrentes de lágrimas?

Franco y Bahamonde. Dos apellidos equiparables a *Napoleone* y *Buonaparte*. A éste no le importó sacrificar el pueblo francés, al fin y al cabo él era corso y de origen italiano ¿y Vos? ¿Qué tenáis de español en vuestra sangre?

En España durante vuestra usurpación de poderes no ha habido verdadera justicia, sólo venganza de vencedores contra vencidos. ¡Vahe victis! Gritasteis una vez como gritó a los romanos aquel jefe de hordas de bárbaros.

VUESTRA INSURRECCIÓN DIVIDIÓ ESPAÑA EN DOS BANDOS IRRECONCILIABLES

Las palabras que a continuación citamos, fueron pronunciadas por don Emilo Castelar, presidente de la primera República española y están consignadas en la antología de las cortes constituyentes, tomo 1 °, siglo XIX y dicen así:

«No hay nada más espantoso, más abominable que aquel gran imperio español que es como un sudario que se extendía por todo el planeta. No tenemos agricultura porque hemos expulsado a los moriscos. No tenemos industria porque arrojamos a los judíos. No tenemos ciencia porque somos un miembro atrofiado de las ciencias modernas y encendimos las hogueras de la Inquisición y arrojamos en ellas a nuestros pensadores y ya no hubo en España más que un montón de ruinas.»

En estas situaciones que se han ido prolongando a través de los siglos, nada ha tenido que ver esta izquierda española que se la ahogó siempre antes de nacer. Si analizamos los males que ha sufrido históricamente España, hasta llevarla a una postración de país de tercer mundo, segregada de la marcha intelectual y política de Europa, siguiendo un método de eliminación científica, veremos que la constante que per-

dura a través de la historia, dominando y aplastando, es el poder desmesurado del catolicismo y de la mentalidad de ultraderecha representada por la aristocracia y las grandes familias que a su socaire se desarrollaron. Todos los demás elementos que esporádicamente pueden aparecer -como Los Comuneros, Las Germanías, Las Fuenteovejunas, Els Segadors, La semana trágica, van y vienen pero nunca se asientan ni son constantes. No influyen ni determinan. Son sólo protestas deseperadas ahogadas en sangre. Sólo unos únicos microbios de desintegración perduran siempre. Son la eterna constante: la religión y el poder desmesurado y sin control de unas minorías. Siempre las mismas.

Por tanto es injusto y abominable que como justificación de la rebelión militar contra un régimen legalmente establecido por la voluntad casi unánime de todos los españoles, se aduzca el pretexto de salir al paso de los peligros del dominio de las izquierdas que lo único que en verdad podían representar era una esperanza de resurrección.

Sabe usted perfectamente, mi general, como lo saben ya todos los españoles de buena fe, que cuando estalló el movimiento, no existía ni el comunismo en España, ni el fascismo. En ningunas elecciones lograron los comunistas representación apreciable en las Cortes o algo con suficiente influencia que pudiera llamarse tal. Nadie lo votó de manera consistente como nadie votó tampoco el falangismo de Primo de Rivera, ni las JONS de Onésimo Redondo.

Fue usted Excelencia el que dio vida a estos dos extremismos.

Sólo después del alzamiento militar surgieron manadas de gentes airadas y justamente enfurecidas que genéricamente se llamaron comunistas en el campo de la república y manadas de falangistas en el campo nacional. Gentes estas últimas que no sabían otra cosa de la Falange, sino que llevaba camisa azul y que era como un escudo contra la terrible represión franquista.

Yo que estaba entonces en Pamplona y en el cuartel de la falange establecido en el Colegio de los Salesianos y que fui uno de estos falangistas de nuevo cuño, pude ver el reclutamiento de las banderas de falange que engrosaban los hombres huidos de la Ribera, de Tudela y de Tafalla, que al no ser carlistas de tradición debían apresurarse a vestir la camisa azul si querían conservar la vida.

Yo vi como se reconstruía el himno de la falange, el célebre CARA AL SOL, que ni los jefes sabían y que el director de la banda del colegio miró de «recrear» con lo que le canturreaba uno de los falangistas que llegaron a Pamplona huido de Madrid; otro aportó la letra y así se formó el espíritu de aquellas banderas gloriosas que representaron el fascismo de España, que no existían Excelencia hasta que vos no le disteis vida, como disteis igualmente vida con la violencia de las armas y los atropellos de la rebelión militar a la radicalización de las mentalidades de izquierda en la república.

Nadie quería el comunismo en la república de trabajadores y de intelectuales que vino a España entre alegría y entre flores abribeñas, hasta que el estruendo de las armas obligaron a violencias de todo género, pues no se podía detener con palos y con ideas democráticas y pacifistas a quienes invadían la patria capitaneando a moros y a mercenarios que no otra cosa eran «La Legión Extranjera» y los cabileños que pasaron el estrecho a vuestras órdenes.

¿Cómo puede tenerse el cinismo de llamar *comunista* a la segunda república española, que había estado respondiendo con mesura y dignidad a las provocaciones de todo género que desde el primer momento le lanzó la ultra-derecha representada por la charranadas de Sanjurjo y Cavalcanti, en un alzamiento de sainete y por las provocaciones de la Iglesia representadas por los sermones y las pastorales de un purpurado como el Cardenal Segura? ¿La república que se opuso con gran pesar, pero con firmeza a los desmanes del anarquismo y de las minorías libertarias?

La totalidad de nuestros intelectuales estuvieron con la república, lo más sano e inteligente de España estuvo con la república, el ochenta por ciento del pueblo español estuvo con la república y el golpe militar que vos capitaneasteis nunca hubiera triunfado sin las ayudas extranjeras. Los cabileños, los tabores de regulares, las mehalas del Rif os siguieron por la soldada que cobraban que les iba a permitir comprar *mujeras* cuando volvieran al Africa. Los italianos de Musolini y la Legión Cóndor de Hitler tenían sus propios intereses inconfesables que coincidían con los vuestros.

Cuando por primera vez en la historia de España el pueblo pasa a ser protagonista y llega el cambio de un régimen gastado y podrido, por uno joven y lleno de ilusiones, desde el primer momento esta extrema derecha de nuestros pecados empieza a ponerle trabas y a conspirar.

El 14 de abril llega la República y con la alegría desbordante de todo un pueblo. El 8 de mayo parte la primera ofensiva de boca de un personaje que representa la Iglesia. El Cardenal Segura lanza la primera andanada desde el púlpito de la catedral de Sevilla contra el régimen recién estrenado y con palabras que son una verdadera incitación a la rebeldía:

“Si permanecemos quietos y ociosos y nos dejamos ir hacia la apatía y la cortedad, si dejamos el camino abierto a los que intentan destruir la religión, si esperamos la benevolencia de nuestros enemigos para alcanzar el triunfo de nuestros ideales, no tendremos ningún derecho a quejarnos cuando la amarga realidad nos muestre que hemos tenido la victoria en nuestras manos pero que no hemos sabido luchar como intrépidos guerreros dispuestos a sucumbir gloriosamente.”

Este hombre orgulloso e inepto, pasó en aquellos momentos como héroe de la ultraderecha, de esta minoría que nunca representó de verdad a España aunque usó este nombre sagrado para designar a su grupo clasista y enemigo de la España auténtica formada por igual por todos los españoles. Más adelante este individuo que llegó a soliviantar a su clero de Sevilla para que vendiera el patrimonio de la Iglesia y lo pusiera en manos de los enemigos de su patria en vez de dedicarlo a socorrer la endémica miseria del pueblo andaluz, dejó de ser considerado el primer mártir de la malvada república para pasar a ser un perturbado mental. ¡Qué lástima, mi general, que lo que luego dijisteis sobre el purpurado de Sevilla, no lo hubieráis declarado en el momento oportuno de su primera rebelión.!

Según vuestro primo Franco Salgado, muchas veces os quejasteis de este cardenal que os impidió entrar bajo palio en la Catedral de Sevilla y que os dio numerosos chascos... pero prefiero citar uno de los numerosos párrafos que dedicasteis en vida al cardenal, que es por sí

mismo lo suficiente elocuente y compendía en cierto modo todos los demás:

«Yo no he pedido la destitución del cardenal, pese a su actitud violenta contra mí sin motivo alguno para ello, antes al contrario, pues siempre le traté con toda consideración. Lo había aguantado como una cruz que Dios me mandaba y la llevaba con la máxima paciencia. Lo que sucedió es que a Roma han llegado informes sobre la violencia del cardenal contra todo el mundo; el abuso de las excomuniones; el no querer tomar parte en actos a que asistían las más elevadas autoridades del Estado y de la Iglesia, como sucedió recientemente en Zaragoza el día del Pilar en el acto cumbre del año mariano en España, para el que su Santidad nombró legado suyo al cardenal de Toledo, y yo como jefe de Estado ofrecí España a la Virgen; en una palabra el Cardenal Segura, por motivos de perturbación mental u otros que se desconocen, actuaba en plan de tal violencia, con manías persecutorias que no conducían a nada bueno, y por ello la iglesia cortó por lo sano destituyéndole. Ayer tarde llegó a España por avión y según los testigos que le vieron bajar tuvieron que auxiliarle tres sacerdotes dado su estado de postración. La noticia de su destitución le habrá causado, cuando se la notificaron en Roma, una gran impresión. Su marcha fue acogida con una sensación de alivio grande, era una pesadilla que padecían los sevillanos.»

Este fue el gran mártir sacrificado por la República pero que en realidad de quien recibió la puntilla fue de S. E. que sugirió la decisión a Roma.

Siguió inmediatamente la provocación de los «monárquicos». ¿Monárquicos de qué? ¿Qué hicieron por defender sus ideales y para ayudar a Alfonso XIII? Monárquicos de pega, como clase y como clan, como minoría de opresión y privilegio. Grupos que siempre han creído que España les pertenece como feudo y que se han atribuido la única y sola representación genuina de la patria, de sus glorias, de sus magnificencias, pero nunca de sus desastres a los que tan directamente contribuyeron.

Aquí también tenemos que hacer la misma intercalación que hicimos con respecto al cardenal: ¡Qué lástima que no expusiérais antes, mi general, como habéis hecho después en las conversaciones con vuestro primo Franco Salgado, la opinión que os merecen estos «grupos de monárquicos de siempre». Como habéis expuesto, sin pelos en la lengua lo que pensábais de un Sanjurjo veleidoso, de un Queipo de Llano monárquico-republicano-monárquico, y de tantos caballeros masones, traidores, aprovechados, intrigantes y que antes que españoles son al menos cuatro cosas. (Ungría, Beigbeder, Aranda, Kinidelán... y tantos otros.)

El día 14 de mayo, de 1931, en el círculo monárquico de la calle de Alcalá, los balcones abiertos de par en par, y de manera provocativa, se cantaba y se bailaba la marcha real. Un Luca de Tena, egregia familia dueña del ABC que no tuvo empacho en pactar con Azaña, el republicano, para que les conservase el periódico y ponerse en cierta forma al servicio de la república -esta anécdota la sé por vuestra propia confesión, excelencia-, llegó en taxi hasta la puerta del círculo y al oír los acordes del regio himno exclamó exaltado ¡Viva la Monarquía! Contrariado y molesto el taxista le contestó con un ¡Viva la República! y por esto fue molido a palos por los contertulios del círculo.

¿Qué tiene de extraordinario frente a estos hechos y a otros actos de provocación que enumera Hugh Thomas que una parte del populacho o grupos del populacho se lanzara a la quema de conventos? La quema de conventos no produjo ninguna víctima. No fue una auténtica participación del pueblo y se le ha querido dar una significación superior a la que tenía. En muchos casos no se hubiera producido si los mismos ocupantes de los edificios no los hubieran abandonado antes de que se produjera el ataque de las mal llamadas «turbas» que muchas veces no eran más que grupos de mozalbetes que hoy llamaríamos gamberros o si la fuerza pública hubiera hecho un mínimo gesto de oponerse al desorden, pero las fuerzas del orden de aquellos tiempos mandadas por monárquicos, torpedearon las órdenes del ministro de la gobernación Don Miguel Maura para obligarle a declarar la ley marcial que es precisamente lo que perseguían los enemigos de la República

que lo eran también de España en aquellos momentos, de la verdadera España del pueblo. La ley marcial que arrebatara el poder al pueblo y lo ponía en manos de militares.

Me contaba un amigo mío testigo ocular por encontrarse exactamente en el Colegio de Campello de los padres Salesianos de Alicante, que el edificio y sus pertenencias fueron abandonados por sacerdotes y estudiantes antes de que nadie les atacara. No hubo prácticamente incendio sino saqueo de grupos de desarrapados que ante la absoluta impunidad empezaron primero por la bodega y luego ya medio borrachos lo siguieron todo en busca de dinero.

No era tan malo el pueblo español como se ha pretendido hacer creer, aunque tenía motivos para serlo y sólo vuestra insurrección, mi general, dividió a España en dos bandos irreconciliables. Violencia crea violencia y siguiendo vuestro ejemplo todos abandonaron las leyes y el respecto a las instituciones. Más adelante ya no hubo más remedio para muchas gentes, que empezaron odiándoos, que agruparse a vuestro alrededor, porque erais el más fuerte y cuando menos representábais un tipo de ley y un determinado orden.

Sinceramente, mi general, a la altura de mis años y con una vida a mis espaldas y en realidad ya sin demasiadas ilusiones políticas para el futuro, creo realmente que no había motivos para vuestra sublevación y para las inmensas calamidades que trajisteis a la Patria.

La República, con un caminar lento y seguro y con la paulatina formación política del pueblo español, hubiera llegado a la Democracia auténtica, y ahora una vez desaparecido vos, hemos de iniciar de nuevo la marcha con un millón de muertos a la espalda, miles y miles de represiones de todo género que generosamente habrá que intentar olvidar, con grandes desigualdades frente a la ley que habrá que nivelar, con una asquerosa podredumbre que habrá que drenar y con la tela de araña de incontables Decretos Leyes, que todo lo ligan, todo lo babea y quitan toda espontaneidad y alegría a los movimientos del pueblo español y pone en manos de nuevos caciques los puntos vitales de la economía y de la riqueza de España.

¡Cómo me hubiera gustado, que hubiérais podido ver la sana alegría popular de los últimos carnavales, que fueron los primeros, porque

vos, aconsejado por la Iglesia y en defensa del orden público y las leyes morales y bla, bla, bla..., los habíais suprimido! Daba gozo ver aquel júbilo y comprobar la innecesaria presencia de grises y demás fuerzas secantes. ¡Qué contraste con el sudario de tristeza de dolor y hambre de aquellos vuestros primeros *años triunfales!*

ES INJUSTO ATRIBUIR A LA REPÚBLICA LO QUE SUCEDIO A PARTIR DE LA SUBLEVACIÓN MILITAR

¿El asesinato de Calvo Sotelo?

Por Dios que causa risa a estas alturas hablar de estas tonterías. ¿Por qué la República tenía que ser responsable de la muerte de Calvo Sotelo? ¿Os sentísteis acaso vos culpable del asesinato de Carrero Blanco, o el Presidente Suárez de la masacre de los abogados laboralistas de la calle de Atocha?

Calvo Sotelo como excusa, vale, como motivo no. Unos días antes en Madrid dos personas habían caído bajo las balas de los pistoleros de la extrema derecha y una de ellas era el capitán Castillo, que lo era de los guardias de asalto.

Aparte de que el señor Sotelo no era en ninguna manera una persona cómoda y a veces ni educada.

Yo pienso leyendo las actas de las cortes de aquellos tiempos que por la milésima parte de los insultos y amenazas que Calvo Sotelo profería a diario contra el gobierno legalmente constituido, durante vuestro régimen, centenares de personas han recibido cruentos castigos y se han podrido durante años en vuestras cárceles.

En fin. que me quedo sin encontrar causa razonable a vuestra in-subordinación, mi general, y que lamento que todo cuanto se ha dicho ha dejado de ser motivo válido para manchar de sangre las manos de nadie. ¿Creéis que valía la pena ir a una guerra de exterminio que ha producido ríos de sangre, venganzas cruentas, destrucciones de campos y ciudades, para evitar las cinco mil víctimas que con un cálculo exagerado podemos conceder, como máximo, que hubiese producido la República en su lento caminar hacia la democracia?

Cuánto exterminio. Cuánto dolor. Cuánto sufrimiento. Cuánta juventud sacrificada... ¡por nada! Pero los muertos no escriben la historia como dijo vuestro compadre Mussolini y los vencedores tienen siempre la razón.

El 26 de julio de 1971, En la advocación que hicisteis ante la imagen de Santiago Apóstol de Compostela, éstas fueron vuestras palabras:

«En los meses de nuestra cruzada de Liberación se repitió el hecho de que los combates decisivos en la guerra se resolvían decididamente en los días en que se celebraban las mayores festividades de la Iglesia; con toda claridad se acusa en la batalla de Brunete, que después de varios días de empeñados combates, se resolvió la pugna a las doce de la mañana del día de nuestro santo Patrón. Y no puede ser de otro modo cuando se combate por la fe, por España y por la justicia. La guerra se hace más fácil cuando se tiene por aliado a Dios.»

¿Y en la fecha de vuestras grandes masacres? De los fusilamientos indiscriminados de gentes republicanas. De los barridos de ametralladora sobre los prisioneros formados en columna de a doce. De los ametrallamientos en las plazas de toros repletas de pobres infelices que habían luchado por la República, único gobierno legal. Del garrote vil dado a hombres probos que se negaron a unirse a la revuelta y fueron ejecutados por «auxilio a la rebelión». ¡Qué escarnio!

¿También todas estas fechorías en Días Santos? ¿También teníais a Dios por aliado en la ejecución de estos crímenes que llegaron a alarmar hasta a vuestros aliados nazis y fascistas? Ciano, Canaris, Cantalupo, Gambará, Mutti, Roata, Faldella, el Coronel Geüch... y tantos otros que a pesar de ser hombres curtidos en la política, la guerra y la violencia, estaban horrorizados de vuestro furor en los asesinatos y en el programa de exterminio de lo que vos llamabais la anti-España.

¡Qué horror y qué asco, mi general!

Sólo se puede disculpar vuestra actuación pensando en que erais un ser anormal. Un enfermo mental. Un maníaco homicida a estilo de Hitler. Hay maníacos de muchas especies... Y el hecho que cuenta el Doctor Gil, vuestro médico de cabecera, que cuando ibais de caza os

poníais a disparar como un poseso hasta llegar a consumir 6.000 cartuchos en un día es un dato muy significativo para calibrar vuestra salud mental. Los maníacos que han causado las grandes tragedias de la humanidad no han sido precisamente los sexuales sino los sádicos fríos, imperturbables frente al dolor ajeno, los hombres de un sólo libro, los Torquemadas. Y al parecer vos habéis pertenecido a esta especie.

Por esto no hay que achacar ni a la República, ni a los comunistas, ni a los rojo-separatistas, ni a los masones, ni a los judíos ni a los anarquistas la causa de vuestra insurrección. El demonio familiar lo llevabais dentro.

SOLO CON MERCENARIOS PUDO FRANCO INICIAR SU INSURRECCIÓN

Una de las mentiras de mayor volumen y también de mayor desfachatez que se han hecho circular como verdad incontrastable es la de que cuando Franco lanzó desde África el grito de santa rebelión y cristiana cruzada por Dios y por España, la nación como un solo hombre, el ejército en todos sus estamentos y el pueblo español al alirón le aclamaron y le siguieron como a Caudillo enviado de Dios... etc., etc.

¡Mentira!

Franco se levantó apoyado en un ejército de mercenarios, de gentes deleznales, legionarios, regulares, cabileños. Gente que guerreaban por dinero y casi nadie más le siguió. El apoyo incondicional de Hitler y Mussolini le dieron la victoria y con ella para muchos la razón.

Esta afirmación que acabo de hacer se puede probar con miles de testimonios y más adelante expondremos textos de diversos autores y de diversas nacionalidades, pero quiero empezar con uno irrecusable, que es del autor que más ha hecho por Franco, su gran panegirista; me refiero a Joaquín Arrarás.

Estas alusiones y citas que demuestran sin proponérselo que sólo los mercenarios se unieron a Franco, están extraídas de la séptima edición del libro de Joaquín Arrarás, titulado “Franco”, publicado a través

de la Librería Santarén de Valladolid en el año 1939. En el mismo volumen se anuncia que la biografía de Franco de Arrarás ha sido simultáneamente publicada en Argentina, Italia, Francia, Chile, EE. UU., Alemania, Inglaterra, Dinamarca, Holanda y se anuncian las ediciones de Rumania, Hungría y Brasil. No cabe por tanto la menor duda de que se trata de “una biografía oficial” y en manera alguna sospechosa.

Citaremos textos que demuestran que sólo los oficiales y ciertos jefes de las fuerzas mercenarias que estaban al servicio de España porque les pagaban, como era la legión, los regulares, los tabores y las mejalas, encabezaron la rebelión y no los auténticos mandos de aquellos soldados provenientes de las quintas normales que representaban las juventudes españolas y que prestaban servicio en aquellos momentos en Africa. Escribe Arrarás:

«Al mediodía del 17 de julio se recibió en Madrid un mensaje telefónico que procedía de Tetuán. Era una sencilla felicitación por la onomástica de un ciudadano, de nombre y apellidos vulgares, firmada por un nombre más vulgar aún. Sin embargo se trataba de un mensaje sensacional. El nombre del felicitado tenía once letras y el del remitente diecisiete. Y aquel mensaje, al parecer tan inocuo, enviado por orden del coronel Yagüe, decía nada más que esto: Las tropas de África se han sublevado a las 11 de la mañana del día 17. Los sucesos no correspondían con toda exactitud a esta referencia, pues el ejército de África no se sublevó hasta la tarde...»

«El Movimiento se inició en Melilla en las primeras horas de la tarde del 17 de julio. Acordado para la medianoche, hubo de precipitarse porque el General Romerales, comandante de aquella plaza, sospechando que algo se tramaba, mandó practicar un registro en el Hogar de la Comisión Geográfica de Límites, donde se reunían los comprometidos. Solían coincidir allí el Teniente Coronel Seguí, que era alma y jefe de la conspiración, los tenientes coroneles Bartomeu y Gazapo, el capitán Medrano, los tenientes Orgaz y Ojedo, de regulares, Suárez de Ingenieros y el falangista Antonio Cuadrado, que efectuaba servicios de enlace.»

El párrafo anterior demuestra que no es el Comandante de la Plaza sino unos segundones de la Comisión de Límites los que van a proceder a la sublevación. Veamos ahora las tropas que se sublevarán. Seguimos citando a Amarás.

«Cinco de la tarde del día 17 de julio, memorable para siempre en los anales de la Patria. Treinta camiones van hacia Melilla con las fuerzas del segundo tabor de Alhucemas mandado por el Mixzian y la compañía de ametralladoras del primero. Aquellos hombres calificados después desde Madrid de facciosos y sublevados, lanzan como consigna estos gritos de rebeldía: Viva España, Viva Franco. Otras fuerzas -una compañía de ametralladoras y un escuadrón de regulares de Melilla nº 2, se apoderan del campo de aviación de Tahuima. Es ocupado El Atalayón después de vencer una corta resistencia que nos produce las tres primeras bajas de la guerra: un sargento y dos soldados de regulares muertos. Prosigue el avance sobre Melilla. Los legionarios dominan ya el valle Real. Las fuerzas de regulares penetran desplegadas en el hipódromo. Por la noche la hidra revolucionaria está acogotada y rendida.»

(Hemos querido subrayar la procedencia de las tropas y el jefe de las mismas: todas ellas mercenarias y su jefe moro, El Mizzian. La hidra revolucionaria son «naturalmente» los soldados españoles fieles a su patria.)

«A primera hora de la noche Casares Quiroga, que no ha obtenido respuestas satisfactorias de los jefes militares africanos en quienes confiaba, llama al Alto Comisario, Alvarez Buylla, para conocer lo que pasaba.

El Alto Comisario quiso tranquilizar al Ministro:

—Por aquí no pasa nada grave ni puede pasar. Si alguien intentara algo subversivo, sería reducido en el acto.

—¿Qué dice Gómez Morato?

—Se encuentra en Melilla, donde al parecer hubo algún contacto de indisciplina, que ya estará reducido...

Casares Quiroga le recomendó que se mantuviera vigilante y no quiso sacar al Alto Comisario de su optimismo inconsciente y mientras Alvarez Buylla se creía dueño y señor del norte africano, el teniente coronel Sáez de Buruaga -que en otro tiempo mandó un grupo de regulares de Tetuán nº 1, había distribuido sigilosamente las fuerzas y era dueño de la ciudad. Sin que se diera cuenta el Alto Comisario estaba copado...»

«Un oficial de la legión irrumpió en la estancia (se entiende del Alto Comisario).

—Dése preso. Las ametralladoras de mis soldados están emplazadas y a una orden mía comenzará el fuego.

Alvarez Buylla calló y su silencio fue conformidad a la conminación del oficial. El Alto Comisario en calidad de preso, atravesó el jardín donde dos legionarios habían emplazado las ametralladoras.

Eran las dos de la madrugada del día 18.»

Queda bien claro que no es el ejército de África ni son sus autoridades militares las que se sublevan, sino un grupo de aventureros y mercenarios.

Sigamos citando a D. Joaquín de Arrarás en su biografía glorificadora de Franco.

«El teniente coronel Yagüe ordena la salida de camiones que recojan a la 5ª. bandera, la de Castejón, que está en el zoco de Arbaa.

Poco después embarcaban en Ceuta las primeras fuerzas de regulares. El contratorpedero Churruca y el mercante Lázaro transportaban a Cádiz el tabor que mandaba el comandante Oliver y el escuadrón de regulares del capitán Luis Sanjuán. En el muelle les esperaba el general Varela. Resonaban las descargas de los amotinados que resistían (¿los amotinados, señor Arrarás?). A las seis de la mañana se efectuó un desembarco y apenas realizado, el Churruca se alejó del puerto con su tripulación sublevada para unirse a la escuadra roja...

El día 19 por la mañana llegaban a Algeciras las fuerzas regulares del 2º tábor de Ceuta al mando del teniente coronel Amador de los Ríos. Todo el Campo de Gibraltar estaba en poder de los marxistas.

Los aviones rojos volteaban sobre las tropas africanas.

En el estrecho la escuadra amotinada enarbolaba la bandera de la revolución.»

Se llama amotinados y sublevados a unos hombres que se niegan a obedecer a unos oficiales que habían faltado a su juramento y habían traicionado a la patria en la persona de un poder legalmente constituido. ¿De dónde creían que provenía su autoridad aquellos oficiales descasados, traidores a sus juramentos y a su pueblo? ¿Por qué creían que debían obedecerles unos soldados que prestaban servicio no por dinero sino por deber y amor a España? Sólo «la casta militar» era mercenaria en esta contienda, pero ellos eran los profesionales que cobraban y vivían de su uniforme. El pobre soldado era fiel, mártir y gratis.

Franco volaba sobre Tetuán.

Es tal la confusión y el cinismo en estas narraciones que hiela la sangre. ¿Quiénes eran los amotinados? ¿Los soldados leales que haciendo honor al juramento prestado a la República Española, que era el poder legal establecido en España con el consenso de la mayoría de los españoles. o los grupos de rifeños, de cabileños, de gente de color encuadrada en el ejército colonial y los legionarios, hez de los aventureros sin patria?

Lo único que suena a auténtico y refleja la realidad en esta narración de los primeros hechos del levantamiento militar son las palabras que en nombre del Gobierno difundió Unión Radio.

«Una parte del ejército que representa a España en Marruecos se ha levantado en armas contra la República, sublevándose contra la propia Patria y realizando un acto vergonzoso y criminal de rebeldía contra el poder legítimamente constituido.

El Gobierno declara que el movimiento está exclusivamente circunscrito a determinadas ciudades de la zona del protectorado y que

nadie absolutamente nadie se ha sumado en la península a tan absurdo empeño. Por el contrario, los españoles han reaccionado de un modo unánime y con la más profunda indignación contra la tentativa reprochable y frustrada ya desde su nacimiento,»

Sobran comentarios.

Más adelante veremos glorificar el valor personal y la sangre fría de un Queipo de Llano, que valiéndose de la prestancia de su uniforme y abusando de la misma, redujo a la guarnición de Sevilla y que luego, con cuatro soldados y un cabo, hasta que recibió refuerzos de la legión, acogió al sufrido pueblo sevillano y al eternamente humillado paisano andaluz.

Este tipo de valentía podía cantarse en romances de ciego en tiempo del Tempranillo o de los Siete niños de Ecija pero en nuestros días civilizados, lo tomamos por lo que es: como un asalto delictivo, un abuso por la violencia de un hombre cuya moral está a la altura de cualquier atracador.

ES TRISTE DECIRLO, MI GENERAL, PERO SIEMPRE ESTUVISTEIS CONSPIRANDO

Franco se pone al frente de este ejército de mercenarios sublevados y con esto culmina una actuación que tiene unos antecedentes que narra el mismo Arrarás pretendiendo enaltecer la acción de Franco, cuando en realidad sirven para las generaciones futuras y la actual nuestra, de testimonio de que él y “otras personas de responsabilidad” quieren torcer por la fuerza la voluntad del pueblo y el triunfo obtenido legalmente por la unión de todas las izquierdas con el nombre de Frente Popular.

Estamos en febrero de 1936:

«El General Franco llamó al General Pozas, director de la Guardia Civil, para decirle:

—Te supongo enterado de lo que sucede.

—No creo que pase nada, replicó Pozas indiferente.

—Por eso te llamo para informarte de que las masas están en la calle y que se quiere sacar de esas elecciones y en orden a la revolución, unas consecuencias que no están implícitas, ni mucho menos, en el resultado y me temo que aquí y en provincias van a comenzar los desmanes, si es que no han comenzado ya.

—Creo que tus temores son exagerados.

—Ojalá suceda así, mas por si no lo son, te recuerdo que vivimos en una legalidad constituida, que yo acepto, y que nos obliga, aunque particularmente sea contrario a este sistema, a aceptar el resultado de las urnas. Mas todo lo que sea rebasar el resultado un solo milímetro, ya es inaceptable por virtud del mismo sistema electoral y democrático.

—No será rebasado, te lo aseguro.

—Creo que prometes lo que no podrás cumplir. Más eficaz sería que las personas de responsabilidad y las que ocupamos determinados puestos al servicio del Estado y del sistema constituido, estableciéramos el contacto debido para que la masa no nos rebase. (Clara incitación a la rebeldía.)

El Director de la Guardia civil no quería entender aquel lenguaje.

—Vuelvo a decirte que la cosa no tiene la importancia que le concedes. A mi parecer, lo que ocurre es sólo una legítima expansión de la alegría republicana. No creo que haya fundamento para temer nada grave.

Ante la actitud adulatoria y servil de Pozas para la revolución, el general Franco comprendió que no se podía contar con él para nada.

Al correr de la noche horas lentas, cargadas de amenazas, presagios y de gritos roncós- el general Franco es avisado por amigos bien informados de que la presión roja estalla ya en desórdenes en muchas localidades, de que se temen mayores desmanes y de que Portela, deprimido, es sólo un guiñapo en poder de la revolución. (Todo información tendenciosa de los que quieren la guerra antes que perder sus privilegios.)

Eran cerca de las tres de la madrugada cuando Franco llamó al ministro de la Guerra, general Molero, que se hallaba durmiendo. Lo despertó. Molero empezó a hablar sin haber ahuyentado el sopor del

primer sueño, que turbaba su cerebro. Se manifestaba atónito por lo que el general Franco le decía.

—¿Y qué cree usted que puedo hacer?

—Lo primero, llevar al Consejo de Ministros la declaración del estado de guerra.

—¿Lo sabe Portela?

—Yo le hablaré ahora mismo.

En efecto, le habló, y en el Consejo celebrado el lunes, se acordó declarar el estado de guerra en toda España. El general Franco tenía redactadas las oportunas órdenes, que puso en circulación tan pronto como se le comunicó por teléfono la decisión de los ministros. A la vez, inició una serie de conversaciones con los comandantes generales, que hubo de suspender ante el aviso que le transmitía un ayudante de que el señor Portela le llamaba con toda urgencia.

Era para comunicarle la irritación del Presidente de la República al conocer el acuerdo del Consejo de Ministros de declarar el estado de guerra, y su resolución de no tolerarlo, pues lo estimaba como una provocación al pueblo.

—Y usted, ¿qué opina? -le interrogó Franco.

—Yo -añadió Portela— obedezco las órdenes de Alcalá Zamora.

Portela se resignaba a esto y a mucho más. Sin embargo, ante los deseos expresados por el general Franco, celebró aquella misma noche una entrevista con éste, concertada por mediación de don Natalio Rivas.

El general alentó a Portela para que, a pesar de la oposición de don Niceto Alcalá Zamora, declarara el estado de guerra y fuera todo lo adelante que hiciera falta para vencer a la anarquía que se estaba apoderando de España.

Portela rechazaba la sugestión:

—Yo soy viejo. Soy viejo... -repetía-. La empresa que me propone es superior a mis fuerzas. Sin embargo, yo le digo que es usted el único que me hace vacilar... Pero no... Eso es para un hombre con más energías que yo.

—Ustedes han llevado al país a ese trance y están en el deber de salvarlo...

—¿Y por qué no el Ejército? -preguntó por sorpresa Portela.

—El Ejército -replicó Franco- no tiene aún la unidad moral necesaria para acometer esa empresa (léase: no está preparado para la sedición). Usted, y por eso debe intervenir, tiene autoridad sobre Pozas y cuenta todavía con los recursos ilimitados del Estado, con la fuerza pública a sus órdenes, más las colaboraciones que yo le prometo y que no le han de faltar.

Portela se agitaba inquieto. Se levantaba, daba unos pasos, se volvía a sentar. Parecía febril y nervioso. Anhelaba el final de aquel forcejeo. Terminó diciendo:

—Déjeme que consulte con la almohada.

El general Franco le replicó:

—Ya sé lo que le va a decir: que no, y la urgencia es tal, que no caben consultas ni dilaciones.

Portela repetía.

—Déjeme meditar.

Al día siguiente, la meditación dio el resultado previsto. El jefe del Gobierno hacía saber al general Franco que la situación no era tan grave como él la pintaba. Que las cosas se encauzarían por un Ministerio de izquierdas y que no era de temer el porvenir catastrófico que el general pronosticaba.

Entretanto, Portela pacta la traición con el Gran Oriente de la Masonería, Martínez Barrio, que vigilaba de cerca al jefe del Gobierno y no le abandonaba un momento. (Ya salió el gran fantasmón.)

En conversación se hallaban los dos masones, cuando irrumpió en la sala otro «hermano» caracterizado: el general Pozas.

—Señor Presidente -exclamó el recién llegado con frase alterada por la emoción-, vengo a denunciarle, porque lo sé con absoluta certeza, que los generales Franco y Goded están sublevando a las guarniciones.

Martínez Barrio simuló gran sorpresa e indignación por aquella farsa que él había preparado.

No se puede tolerar... No podemos aguardar ni una hora más.

Pozas amenazó:

—La Guardia Civil se opondrá a toda militarada.

El Director general de la Benemérita suponía que unos cortos meses al frente del cargo habían bastado para deshorrar y desarticular al Benemérito Instituto.

Aquella entrevista fue el beso de Judas.

Allí quedó concertada la entrega de España a los sayones revolucionarios.»

«Ante la disposición de ánimo que supone las actividades de Franco que antes hemos reseñado y de las cuales tiene plena consciencia el Gobierno de la República, Azaña aleja a Franco de Madrid y también al General Goded. Franco va a Canarias, Goded a las Baleares. Azaña manifiesta que con este alejamiento espera quitarles la tentación.

Antes de salir para su destino el general Franco visita a los señores Alcalá Zamora, Presidente de la República y a Azaña, Primer Ministro.

La entrevista con el primero fue muy extensa y en ella Franco le anuncia los peligros que acechan y la falta de elementos para oponerse a la revolución triunfante. Don Niceto sonrió con indulgencia.

—A la revolución -dice- la vencimos en Asturias.

—Recuerde señor Presidente, —replica Franco— lo que costó contenerla. Si el asalto se repite en todo el país será muy difícil sofocarlo...

Don Niceto se niega a comprender el peligro y aquellas palabras que parecen lenguaje de lealtad y de honor. Después de haber escuchado a Franco le despide con una sonrisa bondadosa.

—Váyase tranquilo general. Váyase tranquilo. En España no habrá comunismo.

—De lo que estoy seguro -contesta Franco- y puedo responderle, es que cualquiera que sean las contingencias que se produzcan aquí, donde yo esté no habrá comunismo»

Francó continúa sus contactos siempre movido por su idea obsesiva y sus partidarios le aconsejan presentarse diputado por Cuenca para asegurar con este cargo la inmunidad de sus acciones. Pero el proyecto no va adelante. Franco no llega a diputado, como no llegó a masón a

pesar de haberlo intentado dos veces. Por esto odió la democracia e hizo guerra sin cuartel a la masonería.

Vamos a terminar este conjunto de citas del libro de Joaquín Arrarás que el autor compuso para glorificación del excelso Caudillo y que examinadas friamente le ponen a la altura de un vulgar insubordinado, siempre incitando a la rebelión y al desacato de las autoridades a las que debe lealtad y obediencia y al no lograr que le siga el «glorioso ejército español» echa mano de grupos de mercenarios para los cuales la guerra es una aventura y el matar su oficio, con las palabras de Prieto haciendo una semblanza de Franco después que a este le falló la intenciona democrática de Cuenca.

«Yo me felicito -dijo- sinceramente de la desaparición del general Franco de la candidatura... No he de decir ni media palabra en menoscabo de la figura de este jefe militar. Le he conocido de cerca cuando era comandante. Le he visto pelear en Africa, y para mí, el general Franco, que entonces peleaba en la Legión a las órdenes del hoy también general Millán Astray, llega a la fórmula suprema del valor de hombre sereno en la lucha. Tengo que rendir este homenaje a la verdad. Ahora bien: no podemos negar, cualquiera que sea nuestra representación política y nuestra proximidad al Gobierno -y no lo podemos negar, porque al negarlo, sobre incurrir en falsedad, no haríamos sino patentizar que no nos manifestábamos honradamente-, que entre elementos militares, en proporción y en vastedad considerable, existe fermento de subversión, deseos de alzarse contra el régimen republicano, no tanto, seguramente, por lo que supone su presente realidad, sino por lo que el Frente Popular, predominando en la política de la nación, representa como esperanza para un futuro próximo.

El general Franco, por su juventud, por sus dotes, por la red de sus amistades en el Ejército, es hombre que en un momento dado puede acaudillar con el máximo de probabilidades, todas las que se derivan de su prestigio personal, un movimiento de este género.

No me atrevo a atribuir al general Franco propósitos de tal naturaleza. Acepto íntegra su declaración de apartamiento de la política,

¡ah, pero lo que yo no puedo negar es que los elementos que con autorización o sin autorización suya pretendieron incluirle en la candidatura de Cuenca buscaban su exaltación política en forma de que, investido de la inmunidad parlamentaria, pudiera, interpretando así los designios de sus patrocinadores, ser el caudillo de una subversión militar.»

Y Prieto no tenía pelo de tonto, daba en el blanco.

Nota: Los comentarios intercalados en forma de paréntesis son míos. F.M.

TESTIMONIO DEL CONDE CIANO EN SU DIARIO

Después de los mercenarios de África, vinieron los de Italia

El Diario del Conde Ciano, Ministro de Asuntos Exteriores de Mussolini, casado con Edda la hija del Duce y fusilado por su propio suegro en Verona durante el efímero período de la República de Saló, contiene interesantes anotaciones sobre la participación de los italianos en la Guerra Civil de España y de la actitud paternalista y proteccionista del Duce respecto a Franco. Vamos a transcribir algunos textos porque, aunque no abarquen más que del principio del 1939 hasta la victoria franquista, hablan de la intervención italiana desde el primer momento, con el pacto del año 1936 y porque sé trata de un escrito que prologó el mismo Ciano estando ya en capilla y que, cuando fue compuesto, se hizo como memorándum personal de aconteceres políticos, sin vistas a la publicación. Sin el fusilamiento del autor probablemente el texto del Diario -nunca hubiese visto la luz.

Las anotaciones referentes a España empiezan el 3 de enero de 1939 con el siguiente apunte:

«En España el C.T.V. (Cuerpo de Tropas Voluntarias) ha tomado de nuevo la ofensiva y según parece con éxito».

Prosigue después en días sucesivos con distintas anotaciones sobre la Guerra en Cataluña, la toma de Barcelona; la de Gerona, la llegada a la frontera francesa y finalmente la rendición de Madrid.

Las anotaciones que tratan sobre España se han citado al pie de la letra extractándolas de entre otras noticias que Ciano menciona y anota en el día de la fecha que se indica.

4 de enero:

En España las cosas van viento en popa. Gámbara (último Comandante en jefe de las fuerzas italianas que operaron en España) ha realizado una maniobra muy brillante; se ha librado de la amenaza sobre el flanco, atacando a su vez a los rojos de esta misma forma y produciendo una gran crisis.

5 de enero:

Noticias muy buenas de España. El único peligro consiste en una intervención en masa de las fuerzas francesas a través de los Pirineos. Hay más noticias en tal sentido. Para detener esta amenaza he comunicado a Londres y a Berlín que si los franceses se mueven, cesa la política de no intervención. Nosotros también enviaremos divisiones regulares. Es decir, haremos la guerra a Francia en tierras de España.

6 de enero:

Un alto en España. Gámbara quiere reunir sus fuerzas dispersas para proseguir mañana el ataque. He hablado esta tarde con el jefe de la misión económica española que ha venido a Roma para la firma del tratado comercial, señor Aunós. Es un hombre que habla mucho, algo ligero y muy fatuo, pero catalán, y conoce, por lo tanto, al menos, la geografía de su país. Juzga muy importante la victoria de los últimos días, quizás decisiva para los fines de la liquidación catalana, y por consiguiente, de toda la guerra.

8 de enero:

El señor Aunós ha entregado al Duce un mensaje de Franco en el que expone la situación y confirma el convencimiento en una victoria no lejana. El Duce ha apreciado mucho el mensaje y también el tono en que estaba hecho; lo ha definido como «el informe de un subordinado».

24 de enero:

Buenas, excelentes noticias de España. Las tropas se están reuniendo en los suburbios de Barcelona. Entrarán de un momento a otro. Pedimos que con las primeras fuerzas entren los legionarios: lo han merecido.

25 de enero:

El Duce está ansioso por saber la noticia de la ocupación de Barcelona. Telefonea a menudo porque teme que pueda repetirse lo que ocurrió en Madrid. No lo creo. Informo a Mackensen del resultado del viaje a Belgrado y recibo a Perth que viene a pedir que intervengamos cerca de Franco para que no se abandone a la venganza contra todos sus enemigos, después de la victoria. Le doy seguridades y le digo que hemos realizado siempre una acción moderada. Recuerdo que, después de la toma de Bilbao, el Duce envió una carta que, cuando sea conocida, honrará a su autor. Nuestros voluntarios están superando las últimas resistencias de la división Líster. También para ellos, que han soportado la parte más dura, Barcelona se encuentra a la vista, y están deseosos de alcanzarla.

26 de enero:

Mientras me hallaba en el golf, llegó la noticia de la toma de Barcelona. La comuniqué al Duce, en el Terminillo, y acordé con Starace las manifestaciones en toda Italia. Bastó con fijar la hora: no ha habido necesidad de ninguna presión, porque al pueblo, con toda sinceridad, se alegró de este acontecimiento.

El Duce también estaba conmovido, aunque quería aparentar su imperturbable calma. Tiene mucha razón en mostrarse satisfecho: *la Victoria en España lleva solamente el nombre de Mussolini, que ha*

dirigido la operación con valor, seguridad y firmeza, hasta cuando los que hoy aplauden estaban en gran parte en contra suya.

29 de enero:

Nada importante, salvo buenas noticias de Gámbaya relacionadas con el avance del C.T.V. hacia los Pirineos. Hemos cogido 24 baterías y un aeroplano que estaba despegando. Gámbara pide víveres porque la población está literalmente hambrienta. Comparten el rancho de los legionarios al grito de «Viva Franco y Viva Italia».

30 de enero:

Se han enviado provisiones alimenticias a Barcelona.

1 de febrero:

Ha vuelto Muti. España marcha a toda vela. Pide complementos y armas para el golpe final en Valencia y en Madrid. Decidimos dar los unos y las otras.

4 de febrero:

En el golf recibo el telegrama de Gámbara que anuncia la ocupación de Gerona por la división "Littorio". Cataluña está ya casi toda ocupada y falta solamente dar el golpe final en el centro. A este fin comenzamos enseguida a reorganizar el C.T.V. que deberá, una vez más, *remolcar a los españoles.*

8 de febrero:

Telegrafiamos a Berlín para que apresuren la conclusión del pacto con España, a fin de neutralizar el acercamiento de Burgos y París. Después haremos público que nosotros *firmamos un pacto con España en noviembre de 1936.*

21 de febrero:

No es ya necesario el paso colectivo, pues Franco ha decidido, y lo ha comunicado a nuestros embajadores, que se adhiere al pacto Anti-Komintern, pero deseando mantener secreta su decisión hasta el mome-

to de la completa victoria. De acuerdo con los alemanes, aceptamos esta solución, que es buena porque, sustancialmente, *nos da el huevo hoy y mañana nos dará la gallina*.

Las tropas legionarias han desfilado por Barcelona en gran forma y con la cálida aprobación popular. Gámbara estará mañana en Roma para conferenciar.

22 de febrero:

El Duce está muy contento por la decisión de Franco de adherirse al AntiKomintern. El acontecimiento es de una importancia fundamental e influirá en el futuro de todos los asuntos europeos.

Después de tres siglos de inercia, España vuelve a ser un factor vivo y dinámico y, lo que más importa en función antifrancesa. Los desvergonzados que tanto han tenido que decir sobre nuestra intervención en España, comprenderán tal vez algún día que en el Ebro, en Barcelona y en Málaga se han constituido las verdaderas bases del imperio mediterráneo de Roma.

Llega Gámbara. Informa de la buena situación de los asuntos de España. O Madrid cae automáticamente en breve, o a últimos de marzo, cinco columnas darán el golpe que señalará el fin de la España roja. La situación en Cataluña es buena. Franco la mejora con una cuidada y severa limpieza. También han sido detenidos muchos italianos, anarquistas y comunistas: se lo digo al Duce que me ordena que los haga fusilar a todos y añade: “Los muertos no escriben la historia”.

23 de febrero:

Grandes elogios del Duce a Gámbara. Este expone el próximo plan de acción, que no merece, en principio, la aprobación del Duce, que quisiera ver las fuerzas más concentradas. Se da cuenta, sin embargo, de que en el estado actual de descomposición de la España roja, el plan de Franco, encaminado a extender por todas partes las fuerzas nacionales, puede ser muy eficaz; le ofrece a Gámbara el envío de otra división. Pero Gámbara la rehusa y pide, en cambio, dos batallones de alpinos y un grupo de artillería alpina, que se le conceden enseguida.

4 de marzo:

Gámbara viene a despedirse. Nos ponemos de acuerdo sobre algunos puntos relativos al envío de nuestros contingentes a España. Lo acompaño a ver al Duce, que confirma las instrucciones de las anteriores entrevistas. Agrega que propone dejar las tropas en España mientras haya que combatir, pero no para realizar funciones de policía. Encarga a Gámbara que exprese a Franco su neta aversión a la restauración monárquica. Equivaldría a lanzar a España a una nueva guerra civil antes de tres años. El rey es un hombre más que desacreditado. Los hijos, en la más favorable de las hipótesis, son unos incapaces completamente entregados a Inglaterra y a Francia.

6 de marzo:

Ayer, en casa de Coloma, un aviso telefónico de Pietromarchi me informó de la insurrección de Cartagena y de la fuga de la flota roja, así como de la demanda de Franco encaminada a obtener nuestra cooperación aeronaval para descubrir a los once barcos desperdigados por el Mediterráneo e impedirles que atravesasen el canal de Sicilia sí, como se ha dicho, se propusieran dirigirse a Odesa. He dado las oportunas instrucciones a la Marina y a la Aviación, y esta mañana, a las ocho, he informado al Duce, que ha aprobado cuanto he hecho. Durante el día la flota ha sido seguida; quería entrar en Argel, pero el permiso le ha sido denegado. Ahora parece dirigirse a Bizerta.

11 de marzo:

Gámbara da cuenta de su conversación con Franco. Entre el 16 y el 18 del corriente, tendrá la acción final. Nosotros efectuaremos una operación sobre Toledo. Conversación muy bien llevada, tanto militar como políticamente. Franco se expresó en términos tenazmente anti-monárquicos y declaró que, aunque llegase la restauración sería cosa «de muchos años».

16 de marzo:

Vuelvo a ver al Duce por tercera vez, por la tarde. Recibe a De Valera con quien celebra una breve e insignificante conversación. Después

a Muti, que le somete el plan de operaciones en España, a partir del 25 del corriente. Lo aprueba sin discusión. Muti, que no veía al Duce desde hacía dos meses, lo encuentra tensado y «envejecido en muchos años».

26 de marzo:

Desmentidas las noticias de la rendición de Madrid. Franco ha comenzado el ataque. Mañana el C.T.V. entra en acción. Previsiones excelentes aunque los rojos dan muestra de querer resistir aún en las posiciones.

27 de marzo:

Las tropas han atacado en España y, según mis informes, actúan muy bien.

28 de marzo:

Cae Madrid y, con la capital, todas las restantes ciudades de la España roja. La guerra ha terminado. Es una nueva y formidable victoria del fascismo, acaso, hasta ahora, la más grande”.

De la lectura de estas anotaciones de Ciano se desprende de manera notoria:

—La intervención armada de Italia en favor de Franco desde el primer momento, puesto que existe ya un pacto firmado en el 1936 de mutua ayuda.

—Que la intervención italiana perdura hasta el último momento de la guerra, con el desfile final de las tropas italianas y la persecución de los doce barcos de la escuadra de la República.

—El protafonismo de Mussolini que parece dominar e influir en las decisiones de Franco.

—La importancia de los efectivos y de las operaciones del Cuerpo Expedicionario Italiano.

—Y la necesidad de intervenir para contener los deseos de venganza de Franco.

SEGUNDA PARTE

¿TUVIERON ALGUNA VEZ FUNDAMENTO LAS LEYES FUNDAMENTALES?

Ahora se ha levantado un gran revuelo, después de vuestra muerte, mi general. La oposición desentrenada después de cuarenta años de boca cerrada y entendimiento en telarañas, arma el gran girigay con multivarios y variopintos partidos en muchos de los cuales se agazapan vuestros servidores incondicionales de otros tiempos.

Parece que se va transigiendo en muchas cosas camino de una esperanzada democracia, pero hay algo en que no se admiten componendas porque en el fondo tiene mucha mitificación, y como tal, quiere ponerse al margen de toda controversia. Este algo que parece querer resistir como granítico monolito, son las *Leyes Fundamentales*. Pero yo me pregunto, ¿qué fundamento tienen estas cacareadas Leyes Fundamentales?

Incluso después de haber ganado las elecciones 1.1 Democracia y avanzar paso a paso hacia el camino de la libertad y la legalidad verdadera, siempre nos salen al paso las Leyes Fundamentales. Los demócratas de nuevo cuño les tienen gran apego y parece que no puedan pasarse sin ellas. Ahora acaban de reconstruir El Consejo del Reino y me temo que hasta la nueva constitución querrán que se deslice por los raíles del eternamente suspendido Fuero de los Españoles. Ahora precisamente nos salen con la memez de que el divorcio no puede ser admitido porque es incompatible con las Leyes Fundamentales.

El razonamiento que Fraga, vuestro ministro de Información y artífice del Referéndum, esgrimió en su día fue el siguiente:

El poder viene del pueblo. Nuestro Estado que lo es de hecho, consecuencia de una victoria militar, se convertirá en Estado de Derecho y por tanto legal en el momento que esté respaldado por el voto del pueblo. Pidamos este voto a través de un Referéndum. Los resultados al parecer fueron un SI abrumador y el Estado quedó legalizado. Cuanto de él emanaba lo hacía con la autoridad que le había cedido el pueblo soberano. Ya no se apoyaba sólo sobre las bayonetas sino sobre los votos del pueblo español.

Como razonamiento no me parece mal.

Y vos mismo en más de una ocasión habéis afirmado que el Referéndum fue el fundamento de la legalidad de vuestro Estado.

¿Pero y si el Referéndum resulta no ser legal por tratarse de una pataña de partido único, sin opción, ni oposición libre, con voto coaccionado por una serie de circunstancias entre otras por haber cerrado la boca a los que disientían de la propaganda oficial y se hubiera aporreado y perseguido a quien pretendiera manifestarse en contra?

Entonces resulta que este Referéndum tan cacareado tiene tanto valor como los de Marcos en Filipinas con un 99 % de adhesiones, o las votaciones de partido único de los países comunistas o el que pudiera organizar un Pinochet o un Amín Dadá. Y el hecho de haber contado con la bendición de la Iglesia, no cambia la especie.

Hoy día sabemos, como lo supimos entonces, pero hubo que callar, que la coacción estuvo a todos los niveles.

En el nivel espiritual, porque el lavado de cerebro fue machacón y agobiante. Millones del presupuesto nacional gastados para engañar al pueblo. La prensa, la radio, la televisión machacando continuamente sin admitir el diálogo ni la discusión.

Si la oposición amedrentada se atrevió a repartir alguna octavilla, para hacer luz sobre la nube envolvente de la oscuridad administrativa, fue maltratada vapuleada y encarcelada.

Y el ciudadano en amplios sectores fue amenazado directamente, como los profesores y empleados del Estado y Municipio e indirectamente todos los que vivían de un sueldo. Si el Referéndum fue un fraude ¡y lo fue!, es ilegal y todo cuanto sobre él se ha edificado es igualmente ilegal.

Las Cortes no han sido más que la representación de un grupo de vencedores en una guerra civil pero no los auténticos representantes de la totalidad del pueblo español. ¿Qué fuerza legal podrán tener las disposiciones de estos falsos representantes del sentir popular? En realidad sí, como dice Hugh Thomas refiriéndose al tiempo de vuestro reinado: «Actualmente los lujosos pasillos y salones de las Cortes sólo se usan de vez en cuando para que unos dignatarios honoríficos presten asentimiento formulario a los decretos que dicta el Jefe del Estado», os habíais podido ahorrar el Referéndum y la comedia del montaje de una cámara de ujieres y estómagos agradecidos.

De aquel Referéndum surgió un Estado en el que se encontraba cómodo todo el que pensaba como la administración, esto es el partido de los vencedores que gozaban de todas las ventajas y prebendas. Pero el que disentía, al que no quería vestir la librea de servidor y quería mantener su independencia de pensamiento, lo menos que le podía pasar era el quedar marginado. Así se marginaron muchos hombres de ánimo entero y convicciones firmes y los estamentos burocráticos se llenaron de «quislings» de sus propias convicciones y conciencias, de hombres a los que tanto les da vivir de rodillas como en posición supina.

Y el régimen fue engrosando sus filas de estómagos agradecidos. De rostros sin voz que tenían sólo la de su amo.

Y las Leyes Fundamentales nunca tuvieron un fundamento. Y lo verdaderamente ilegal en toda España ha sido durante cuarenta años la propia Ley.

Y una última consideración, mi general.

Si las Leyes Fundamentales no tienen fundamento ¿por qué hemos de ir a su aniquilamiento precisamente a través de ellas y a paso de cangrejos?

La respuesta yo me la sé.

Vos habéis muerto, pero los que designasteis a dedo, los que a vuestra sombra se enriquecieron, los que detentaron de vos una autoridad sin límites ni control, siguen queriendo no dar cuenta de sus actos a nadie más que «a Dios y a la Historia». Y, mi general, esto es una frase ridícula en nuestros tiempos y un escarnio criminal para el pueblo. Estas gentes que obedecieron porque medraban, pero a los que vos a su vez servíais porque habíais hecho una guerra para la defensa de sus privilegios, no abandonarán fácilmente la partida. En realidad a vos no os necesitan. Necesitan el franquismo. Y se agruparán alrededor de esta idea disfrazada de otras voces y seguirán la lucha. En particular la Iglesia y sus prelados. Se trata de una táctica dilatoria para que los que han amasado riquezas indebidamente, los que han cometido actos de prepotencia que han causado la desdicha de pobres gentes indefensas, los que se han valido de sus cargos oficiales para cometer injusticias, los que se han enriquecido con confiscaciones y expropiaciones injustas, se vayan preparando un refugio, un rincón, o lo que es peor la legalización absoluta de sus turbias actuaciones.

Hoy todos están de acuerdo en que hay que ir a la Democracia, que han de abolirse las Leyes Fundamentales, que hay que empezar a olvidar vuestro nombre. ¡Si oyerais mi general, las declaraciones y discursos de antiguos ministros y colaboradores vuestros! Admiten que hay que dejar sin efecto miles y miles de vuestros Decretos-Leyes que no tienen base jurídica, que hay que hacer desaparecer instituciones decrépitas como el Consejo Nacional de la Falange, la Sección Femenina, los Sindicatos Verticales, y que hay que acabar con toda la corrupción del régimen, pero como son parte integrante del mismo se cubren la retirada con tácticas dilatorias. Cambian de nombre las instituciones pero no las anulan y un río de millones salen de las arcas del Estado, que es dinero del pueblo, para pagar la inactividad de zánganos agazapados.

Más de una vez os habíais quejado, general, de que el fraude fiscal era una institución española que no se daba en otros países pero ¿cómo queríais que fuera de otra manera? ¿Cómo queríais que los españoles fueran honrados en sus pagos a la administración si nunca sabían a dónde iba a parar el dinero de las exacciones? El gran embrollo de la seguridad social. El dinero de los presupuestos que era doblado por

créditos extraordinarios a lo loco, ni siquiera del dinero de las quinielas se tenía exacta noticia...

El señor Ordóñez ha prometido llevar las cuentas claras como premisa para crear una moral de contribuyente. Así sea. Me temo con todo que son ya muchos los que se preparan a lanzar bombas de humo. Hacen como la Iglesia, conceden algo cuando no tiene más remedio y las más de las veces sólo en apariencia.

CORRUPCIÓN A TODOS LOS NIVELES

He nombrado la corrupción del régimen y a más de uno le parecerá dura la frase. Pero no soy el que la inventó. El difunto general Franco Salgado la emplea muchas veces y dirigida no a gente de tres al cuarto, sino a eminentes personalidades que en vida os rodearon.

Algún botón de muestra extraído del libro de vuestro primo, *«Mis conversaciones privadas con Franco»*, darán color a esta aseveración:

«Hoy almorcé con Martínez Fuset. Es de los más leales al Caudillo, hombre íntegro y enérgico, con cualidades extraordinarias por haber ocupado un alto cargo. Me estuvo contando muchas cosas; algunas ya las había oído, pero al contármelas él, persona seria y de conciencia, no me cabe duda de su veracidad. Todo de las personas que explotan sus cargos, dedicándose a negocios, algunos hasta contrabando, valiéndose de la influencia oficial para que no les pase nada cuando se descubra algo. Fuset dice que ha informado de algo al Caudillo, pero que éste demostró no tener interés en escuchar y cambió de conversación. Franco cree firmemente que son chismes y habladurías que creemos porque somos unos infelices. O bien no quiere saber nada, por estar enterado de sobra, o por exceso de buena fe, o por ser más cómodo hacer oídos sordos. De todas formas, si es por esto último, la ceguera en él es más grande y peligrosa.»

En realidad ¿qué os importaba la moral de los que os rodeaban si servían a vuestros fines?

«Como yo no entiendo de negocios ni me gusta meterme en casa ajena, no sé si será verdad lo que dijo de los negocios de la Vespa, que dio pie a la opinión pública para atacar al marqués de Huétor, jefe de la Casa Civil de su Excelencia. Ha dicho que el marqués ganó cerca de treinta millones de pesetas, lo cual no es grano de anís...»

Creo firmemente que el marqués de Huétor, por razón de su cargo, no debió intervenir en asuntos comerciales, y lo mismo ocurre con Nicolás, el hermano de S.E., pues hacen con ello mucho daño al régimen, ya que para la opinión pública lo hacen aprovechándose de su influencia oficial. Para colmo son dos señores que están en una posición de lo más espléndida y no necesitan aumentarla a costa de su buen nombre y situación. Deben ser leales a la confianza que en ellos deposita el caudillo y a los miles de españoles que dieron su vida por España, pero no para que unos se enriquecieran más».

Hay corrupción y Franco, lo sabe.

«El movimiento: un sin fin de burócratas, con un sin fin de sueldos.»

«Hay señor en la administración con más de cuarenta cargos.»
(FRANCO.)

Cuando uno lee esto se acuerda con nostalgia de aquel vapuleado diputado de la República llamado Cordero, que fue traído y llevado porque se descubrió poseedor de cuatro cargos. Y en el inocente juego del «straperlo» de tiempos de Lerroux, que tuvo fuerza moral para derrocar un gobierno y casi unir unas nuevas elecciones.

Y pienso en un Girón que en los primeros tiempos de Valladolid tenía que pedir un subsidio para atender a su madre y familia.

Sigo citando al primo de Franco.

«El buen general (se refiere al general Gámbara), se marchó un poco confuso y sin duda extrañado por haber encontrado a una persona que en estos tiempos haya renunciado a un consejo (de administra-

ción) cuando se lo disputan y se acumulan en las figuras del régimen que más están en el «candelero». Si no fuese así no veríamos con demasiada frecuencia los nombres de consejeros de empresas tan repartidos en varias de estas personas de relieve y que son allegadas al Caudillo.»

«Ayer me dijo Vicente Gil, el médico del Caudillo, que dice muchas verdades y es un hombre leal por completo al Caudillo, que a éste "le explotan con los de las cacerías, que no todo el monte es orégano y que allí aprovechan para hacer sus buenos negocios".

«Además las cacerías son pretexto para ir todos los amigos de los dueños que cotizan esto y además de aprovechar para hacer amistades, piden favores, exenciones de tributos, permisos de importación. A ellas acuden todos aquellos funcionarios de la fronda administración que conviene a los terratenientes dueños de cotos de caza, con los cuales les conviene estar bien y demostrar su influencia en las alturas.»

Siempre sospeché, mi general, que nunca tuvisteis talla para ser jefe de toda una nación, pero creo que ni de un partido, sino de «una partida».

Pero no sólo las cacerías sirven de centro de contratación y oficina de estraperlo, sino que la desfachatez se hacía cada día más desvergonzada. Cuenta también Franco Salgado en el libro antes citado, que en el entreacto de una corrida de toros de Valencia, el caudillo con su séquito pasó al antepalco a merendar y pronto se vieron asediados de perdigüños y tiralevitas. El personaje más solicitado era Arburúa, Ministro de Comercio por aquellas fechas, y por tanto dueño y señor de las importaciones y de las exportaciones. Sin el menor rubor un torero le pidió, como quien lo solicita a los Reyes Magos, un coche y un caballo de importación. Nadie se extrañó del atrevimiento.

En realidad los negocios sucios eran completamente legales y ahí está la más trágica de las corrupciones franquistas: a que estaba y está en las fuentes y que toda ilegalidad de la misma ha sido legal.

La mercancía importada lo era legalmente, nada podían decir en aduanas. En el fondo estaba una concesión válida que se vendía o se

daba por favoritismo. Hasta eran de ley las palizas que repartía a diestro y siniestro la fuerza pública.

Toda la martingala de los cupos, de los premios, de los permisos especiales de importación, de las desgravaciones, de las condecoraciones han sido fuentes de corrupción, para obligar a vestir la librea del régimen.

Al hombre digno y honrado que discrepó del criterio y de la doctrina de la Administración no le quedaba más salida que la taberna como al obrero andaluz.

Se ha creado a través de los años una leyenda de los andaluces: que si eran gandules, sucios, sin aspiraciones, abúlicos, malos padres de familia. Pero los mismos que aparecían como un desecho humano en su lugar de origen, sin más opción que el consabido:

-Sí señorito.

-Lo que usted mande Don Pepe.

-Usted a mandar y nosotros a obedecer.

Trasladados estos seres humanos a Cataluña han resultado ser magníficos obreros, buenos empleados, estupendos padres de familia y hasta empresarios de talento con el mérito de haber subido de la nada.

¿Por qué? Por el ambiente. Por las estructuras sociales. ¿Para qué iban a interesarse por algo si «se pusieran como se pusieran los iban a joder»?

El régimen de Franco ha marginado a los mejores y arruinado a los buenos porque no querían venderse por un plato de lentejas por muy bien aderezadas que estuvieran con cerdo.

Por esto aunque sin fundamento legal las Leyes Fundamentales se arrastrarán largo tiempo, porque no se apoyan en una doctrina sino en unos intereses de partido y si no ellas como tales, sí su espíritu y marrullería.

¡Qué fácil es decir alegremente «olvidémoslo todo y reconstruyamos unidos dentro de cierto orden» cuando no se ha sufrido o no se ha tenido una vida deshecha!

En la cúspide de todas las actividades de la nación -al estilo de los sindicatos verticales- ya sea en el campo, las industrias, el comercio, la navegación, los servicios, la prensa..., hay un grupo oligárquico que controla todas las actuaciones y dicta despóticamente la ley. El pan. La leche. El pescado. El aceite. La almendra o la avellana. La fruta. El vino. Los medicamentos... Todo periódicamente produce algún escándalo, pero ¿qué importa?, ¿quién le pone el cascabel al gato?

Estas cadenas de intereses son más fuertes de romper que las de acero. Se ganan unas elecciones pero no se rompen estos lazos.

¿Os referíais a ellas cuando decíais, Excelencia, que todo estaba atado y bien atado?

La administración es omnipotente -me repetía en cierta ocasión un personajillo de la mafia de la censura-. Es dar coces contra el agujón. Aquí censuramos hasta los discursos del Caudillo y las encíclicas del Papa.

Y tenía razón. Las mafias de Franco serán eternas como la Iglesia. La jerarquía y el capital no desaparecerán nunca, ha dicho un político del momento.

Dos opiniones de STANLEY G. PAYNE:

«Nada había auténticamente revolucionario en la izquierda republicana pequeño-burguesa, su único objetivo radical era la liquidación de la influencia política y cultural de la Iglesia, pero insistía también en la exclusión de la derecha de la escena política española para evitar el peligro de un nuevo régimen autoritario de derecho.»

“Lo paradójico de la situación era que el único movimiento auténticamente fascista, Falange Española en 1934-35 sólo contaba con unos pocos miles de miembros. Por su parte el partido Comunista era un poco más fuerte que aquellos y ejercía una influencia en extremo limitada en comparación con los socialistas.

El genuino fascismo era casi inexistente en España, y el comunismo genuino muy débil.”

Del libro LA REVOLUCION EN ESPAÑA.

Otra opinión menos autorizada:

«*La Democracia es un camelo.*»

Dice SÁNCHEZ BELLA, antiguo ministro de Franco. Distinguido miembro del OPUS y alto dirigente en la Internacional Fascista y perpetuo gozador de los prebendas del Franquismo.

¿Y las Leyes Fundamentales? ¿Qué han sido mi orondo y magnífico señor Sánchez Bella, pariente de todos los parientes verdaderamente emparentados con el régimen? ¿Y qué fue vuestro paso por el Ministerio de Información, excelentísimo y reverendísimo?

Si vuestro humildísimo y santo Padre Escribá de Balaguer, Monseñor, Duque y Marqués por compra de títulos a base de “parné” que corrobora su espíritu de sencillez evangélica, lograra desentrañar la maraña de Leyes y escritos que paralizan la vida de España, sería el gran milagro que podríais aprovechar sus devotos hijos para llevarlo a los altares sin tener que conducir a Torre-Ciudad caravanas de «buenas gentes» por si se dejan suggestionar como en el Palmar de Troya.

¿DE VERDAD HACIAN FALTA AGENTES PROVOCADORES EN LA UNIVERSIDAD, MI GENERAL?

¿Es forzosamente necesario, excelencia, recurrir al tópico de los comunistas y de los anarquistas, para explicar los desórdenes y las protestas de la masa estudiantil española? ¿No tenían y tienen mil motivos los universitarios españoles, motivos todos sensatos y justos para rebelarse y protestar sin necesidad de ser impelidos por agentes provocadores?

Se les ha sometido a una enseñanza rancia y anticuada que choca con el ambiente renovador del mundo en el cual vivimos y cuyo contraste podían observar con sólo asomarse al extranjero.

Se obligaba a los profesores a impartir unas doctrinas ultrapasadas, poniendo límites inquisitoriales a los adelantos que el pensamiento humano iba día a día conquistando.

Debían rendir exámenes, y por tanto perder su tiempo, en asignaturas especialmente odiosas y socarronamente llamadas «las tres marías».

Una de ellas era la asignatura de religión que no era tal sino un conjunto de antiguallas confesionales para inducirles a la práctica del nacional-catolicismo. ¿Por qué la coacción a una confesionalidad católica exclusivamente en apoyo del régimen de la dictadura? ¿Por qué tenían que partir del módulo universitario de los tiempos de la Salamanca del padre Vitoria o de la Complutense de Fray Luis de León?

Otra «maría» que todos abominaban, pero de la que todos tenían obligatoriamente que rendir examen, era la «formación política» porque no se trataba de ninguna formación; sino de un cúmulo de sofismas contra los cuales estaba prohibido argumentar, encaminados exclusivamente a justificar el régimen de la absoluta dictadura personal presidida por vuestra excelencia y mentalizar hombres para que en el futuro existieran seres fanatizados que siguieran aceptando las ataduras con las cuales vos, mi general, preparabais para el sufrido pueblo español una esclavitud para mil años.

Las mentes sanas y juveniles no podían soportar sin estremecerse frases tan estúpidas como éstas:

*España es una unidad de destino universal.
Ser español es lo único serio que queda en el mundo..
Somos la reserva espiritual de Occidente.
Por el imperio hacia Dios.
Decir sí o no al asociacionismo es una trampa saducea.
Pensar que el poder viene del pueblo es pura aberración.
Somos víctimas de las turbias maniobras de la masonería internacional.
Abominar de la revolución rojo-marxista-separatista.
Nos amenaza la carioquinesia partidocátrica.*

Todas estas cretineces que se enseñaban en serio a los sufridos estudiantes españoles, formaban parte de un plan de preparar en pequeño, un sueño parecido a la utopía del milenario de Hitler, consecuencia de una ambición y de una soberbia desenfrenada, que pretendía impedir el avance continuo del mundo y crear una inquisición intelectual.

Todo estaba atado y bien atado. ¡Qué repulsiva soberbia entraña esta pretensión de obligar a la juventud de un pueblo a vivir entre las mallas de una red de decretos que le mantuvieran atado a una mente senil y caduca que día a día iba quedándose en pura chochez!

Para bien o para mal el mundo avanza de continuo y ningún humano tiene capacidad para juzgar este avance y menos para imponer su pensamiento e impedirlo. Cada generación quiere su música, su literatura, su pintura, su arquitectura, su manera peculiar de ver las cosas, sus modas, y sus costumbres, y sus gobiernos, que son el reflejo de la manera de vivir del pueblo en un momento determinado y que él, voluntariosamente ha escogido.

Continuamente hay seres mi general, que llegan a los veinte años y que empiezan a desear ser protagonistas de la edad que les tocó vivir y que se rebelan y se rebelarán siempre contra todas las opresiones que se lo quieran impedir por mucha opalanda y mucho oropel con que estas opresiones se revistan.

EL DOGAL INICUO DE LA CENSURA

¿Cree honradamente, su excelencia, que podía darse ningún joven universitario español que soportara sumiso ver como límite de sus lecturas el *índex librorum prohibitorum* que la iglesia de Roma había ya arrinconado?»?

Pues esa estupidez nefanda tuvo que soportar durante muchos años de vuestro glorioso reinado el universitario español.

¿Cree que se podía aguantar con paciencia que incluso obras de nuestros clásicos del Siglo de Oro, que los profesores les recomendaban en clase no fueran halladas en las librerías porque una cerril censura las tenía prohibidas?

Pues así sucedía e incluso de las bibliotecas universitarias era muy difícil obtenerlas.

¿Es lógico que los estudiantes universitarios tuvieran que salir periódicamente a Francia a buscar libros, corriendo el peligro de que la aduana les detuviera en la frontera, si querían estar al corriente de los derroteros nuevos que tomaba el pensamiento de su época?

Sólo los imbéciles y los futuros tiralevitas sin personalidad podían soportar la ignominia y la especie de crueldad mental a que los sometía la censura con su grupo de invertidos intelectuales agazapados entre los pliegues de la administración.

Esta fue vuestra política intelectual y vos y vuestra iglesia sólo cambiasteis cuando no os quedó más remedio. Cuando el turismo con su alegría, con su apertura, con sus muchachas bulliciosas y sus familias sin prejuicios, a los que tuvisteis que soportar porque necesitabais el dinero que os traían, invadió España de luz y de espíritu de libertad.

Sé de un editor que, desesperado ante los desmanes de la censura y de que el pensamiento de los intelectuales españoles estuviera pendiente de la aprobación de gentes sin rostro y sin inteligencia, propuso al ministerio de Información que, puesto que al parecer el régimen no podía sobrevivir sin «censura», que al menos las personas que la ejercieran fueran cultas y reclutadas entre licenciados y doctores en distintas disciplinas y por oposición como se estila en cualquier estamento estatal. El ministerio dio la callada por respuesta, porque de la censura todos se avergonzaban pero todos se aprovechaban.

Dicho editor había tomado tal decisión al encontrarse, en una de tantas ocasiones como había tenido que ir a protestara Madrid por una estupidez de la censura, que la persona que había hecho el informe causante del desaguisado era una joven entrada en años a quien él interpeló.

—¿Y usted por qué está aquí ejerciendo de censora?

—A mí me ha recomendado el cura párroco de Vallecas — respondió ruborosa la solterona en ciernes.

En manos de empleados sin título ni carrera, de gente sin instrucción, -incluso en un caso el chófer de un alto funcionario- formaban la corte de «cerebros» que discernían y decretaban, con la bendición de algún fraile de amplias opalandas de la orden que un día protagonizó la Inquisición, lo que los españoles teníamos que leer.

Nunca había tenido que soportar mayor insulto a su inteligencia el hombre de letras español y de rechazo todo el pueblo de España.

Excelencia, entre los muchos males que vuestro régimen ha traído a España, el más trágico, aunque haya sido captado menos por las masas populares, ha sido la CENSURA. Por medio de ella castrasteis el pensamiento español y dejasteis a la patria sin filósofos, ensayistas, escritores dignos de tal nombre y anulasteis a todos aquellos valores auténticos que podían dar lucimiento a España; os dedicasteis a convertir en mulos de carga a los que habían nacido corceles pura sangre. Basta echar una ojeada a los componentes de la Real Academia.

Claro que toda la culpa no se os puede achacar a vos. ¿Qué formación al fin y al cabo tenáis para entender en este problema? Zapatero a tus zapatos y de la misma manera que en economía no pasasteis de la mentalidad de un contable ordenado y correcto, del mundo de la inteligencia nunca superasteis los límites de la academia militar sin extenderos a otras disciplinas.

La cobardía de otros os ayudó a cometer estos yerros. Al fin y al cabo, los pueblos siempre tienen los gobiernos que se merecen.

Los editores españoles han tenido ocasión de asistir a numerosos Congresos Internacionales del mundo editorial y me consta que han asistido, pero me consta igualmente que nunca han abierto la boca para protestar de la situación ignominiosa en que se desenvolvían. Florencia, Viena, Washington... La Feria Anual de Frankfurt habían podido ser buenas tribunas para proclamar ante el mundo el oprobio de España, pero todos callaron como cobardes siempre como «astutos e inteligentes» miraron de resolver «su caso» y arrimarse al sol que más calentaba.

La última gran oportunidad da tuvo el mundillo editorial en el Congreso Internacional de editores celebrado en Barcelona hace ya unos años. La Administración se percató del posible peligro y envió a un tal señor Hierro, para establecer la componenda. No hubo ninguna necesidad. Todos estaban satisfechos con su yugo porque todos estaban previamente comprados, y los que no, los que habían protestado con anterioridad a éstos ya se les había anulado. La Ley del embudo había cubierto de flores el yugo.

La otra «maría» consistía, so capa de educación física, en un encuadramiento y formación jerarquizada del individuo, no para la noble misión del deporte, en las juventudes estudiosas, sino para el encuadre del individuo, en una orientación para una problemática defensa de la patria, que hubiera sido muy noble tarea si para vuestra excelencia, Patria y España no hubieran sido sinónimos de régimen y franquismo.

Vuestra administración mi general, nunca fue genuina representación de la patria, sino la de una fracción que ganó en una guerra civil y que durante 37 años tuvo la desfachatez de conmemorar con fiestas y desfiles de la Victoria, como si se tratara de una gran guerra ganada contra enemigos exteriores, la conmemoración de una gran efemérides patria, lo que en realidad era una fecha fatídica, que había que procurar olvidar, por ser recuerdo de una guerra sangrienta entre hermanos que no pudo nunca representar una gloria, sino el recuerdo de fango, sangre y desesperación.

Todas las naciones de Europa habían ido olvidando las conmemoraciones de la gran guerra mundial, que vino después de nuestra ruina y estúpida guerra civil, y con todo vuestra Excelencia, mi general, como hombre que era de partido y no jefe de todos los españoles, reclamaba el recuerdo en los desfiles victoriosos de una contienda que nos hacían enrojecer de vergüenza.

Sospecho, mi general, que sabíais perfectamente que la rebeldía de los estudiantes no era debida ni promovida, ni instigada por minorías ácratas o anarquistas, sino la noble protesta de nobles juventudes para la obtención de unos derechos que en todo el mundo civilizado se llaman «derechos humanos», y que aquí en España por obra y gracia de decretos emanados de vuestra omnímoda voluntad habían sido convertidos en delitos:

El derecho inalienable e indeclinable a la libertad del individuo y al respeto de la persona humana. El derecho de escoger y practicar la religión que cada uno según el dictamen de su conciencia escogiera, sin tener que verse coaccionado por una confesionalidad determinada.

En otras palabras, la simple y pura libertad de conciencia que el mismo Concilio Vaticano II se vio obligado a conceder cuatrocientos años después de la absurda oposición del Concilio de Trento, cuya de-

fensa erróneamente aceptada por España costó la caída del imperio español después de sangrientas y feroces guerras de religión.

La universidad protestaba y protesta porque el estudiante español quiere dejar de ser vasallo para pasar a ser ciudadano. Porque quiere que se reconozca que toda la autoridad del que manda proviene de la cesión de autoridad del que obedece, y no de la prepotencia de las armas y de la fuerza, porque quiere exponer clara y efectivamente su opinión y no concediéndole el derecho a un referéndum más o menos amañado; pues ninguna consulta al pueblo puede ser válida sin la libre oposición que pueda exponer el reverso de la medalla y los pros y los contras del sí o del no.

Quiere sencillamente el esencial, el *fundamental* derecho humano de ser ciudadano, de gozar sin trabas y sin limitaciones de lo que ya no se discute en ningunas elecciones en el mundo civilizado, porque es la infraestructura en la cual se apoya la democracia libre del hombre moderno, que partiendo de esto como fundamento emite su voto libre para condicionar facetas determinadas de su vida social y nacional.

Nosotros excelencia aún tenemos que ir a unas elecciones y a unos pronunciamientos para concedernos lo que ya nadie discute en ninguna política, en ningún país civilizado del mundo. En Norteamérica hay elecciones ruidosas, alegres, desenfadadas para elegir candidatos que representen al pueblo americano en una tendencia determinada de su vida nacional o de su política exterior, pero nadie vota pensando en que se juega en unas elecciones los derechos humanos, como nos pasa aquí en España.

Nosotros que siempre hemos sido buenos vasallos para malos señores, no queremos ser ya más vasallos de nadie ni de la Iglesia ni de la aristocracia, ni de dictadores como Vos, ni de nadie que nos quiera imponer otra autoridad que no sea la voluntad del pueblo. Queremos ser ciudadanos con un mínimo de garantías ya indiscutibles y partiendo de ahí emitir nuestro voto en una democracia libre para la marcha de nuestra nación. Para que cualquier español pueda optar a representar a sus ciudadanos sin verse obligado a jurar sobre la Biblia, que para él quizá no representa nada, o ser fiel a unas leyes fundamentales que para él no tienen ningún fundamento porque ha de saber, o ad menos ha de sospe-

char, mi general, que las nuevas generaciones se han dado cuenta que si hay algo ilegal en España son las leyes fundamentales, porque todas ellas están fundamentadas en una consulta al pueblo en forma de un referéndum que se produjo sin libertad, con una única opción, sin defensa contra el lavado de cerebro llevado a cabo por la administración, y por tanto sin madurez. Es lógico que si el Referéndum fue la base del Estado de Derecho presidido por su Excelencia, no hay tal estado de derecho, sino de hecho, puesto que todas las leyes, todas las autoridades, todas las justicias y todas las instituciones se apoyaron en una única piedra angular, la victoria de las armas, la prepotencia de las mismas y las fuerzas del orden que obedecían a quien les pagaba.

¿Y aún cree usted sinceramente excelentísimo señor, que los estudiantes universitarios necesitaron piquetes de agentes extranjeros para ser soliviantados contra la dictadura de vuestra Excelencia? ¿No os cae da cara de vergüenza hablando del oro de Moscú?

EL FRACASO DEL TRIUNFALISMO

Pero además existían otros motivos. Motivos terriblemente duros para un adolescente que ha sido educado en el triunfalismo, en la gloria de la raza, en la designación magnífica de haber nacido español y que de pronto se da cuenta que en Europa, en el mundo «ser español resulta una verdadera desgracia, casi una ignominia».

Estas mismas palabras que él, por cierto, no compartía, me dijo un muchacho estudiante después de un largo periplo por Europa, y que al volver a España después de comprobar personalmente las muchas humillaciones que sufren tantos héroes anónimos, que trabajan duramente en los más bajos oficios, se encontró para colmo en la plaza de la estación de Perpignan con un «cargamento» de gentes del sur que iban a alquilarse para hacer la vendimia en los campos de Francia.

—Estas gentes son las que en verdad se merecerían las medallas del trabajo y las medallas de todos los tipos que en España con harta frecuencia se reparten los fuleros como en una inmensa sociedad de

bombos mutuos y la medalla del «heroísmo» que tantos lucen por méritos meramente burocráticos y de contoneo.

“Créame señor Mateu, —me decía después de ver las terribles angustias de Ghetto que han de soportar tantos compatriotas nuestros por toda Europa—, el corazón se me angustiaba y las lágrimas me venían a los ojos. Miles de maridos separados de sus esposas y de sus hijos. Miles de familias desarraigadas de sus pueblos y de sus lares obligadas a vivir entre gentes que no les tienen simpatía y les tratan con desafecto. ¡He llegado a odiar a los suizos, a quienes tanto antes había admirado! Pero por quien he sentido nacer en mi corazón un odio africano ha sido por Franco. ¿Dónde está la gloria de ser español que nos prometió el ilustre Caudillo? ¿Para esto se ha hecho una guerra, se ha pasado hambre y miseria, y se le han permitido unos poderes que nadie en España antes que él había tenido jamás? ¿Se puede hablar de una España grande cuando para que los vencedores de la guerra lo pasen bien, cuatro o cinco millones de españoles tienen que comer el amargo pan del exilio?. Y para colmo cuando llego a Perpignan, me encuentro aquellas bandadas de seres infelices que parecían de otro mundo. A nadie semejante a ellos había visto en mi divagar por Europa. Frente a la estación apilados en grupos con sus bártulos, paquetes, maletas atadas con cuerdas, tufo de vagón de tercera mal oliente que de un tirón les había traído de sus tierras del sur. Alguna guitarra y bota de vino, esperaban allí pasivamente con rostros cansados y evidentemente marginados y con conciencia de estarlo a que llegara algún Citroën y algunas camionetas que los recogían, como antiguos siervos y se los llevaban hacia los diversos «dominios» franceses a recoger la uva. Siempre en grupo pringoso, humillado, casi degradado.

Contra mi voluntad sentía la vergüenza de pertenecer al mismo pueblo que aquellos pobres desgraciados y pensé que podía ser verdad lo que en un principio me pareció una calumnia infame. Esto es, que la astucia de Franco había intuido a través de los reportajes de sus enviados y embajadores que se dudaba de

«El pueblo español está preparado para una república ni para una democracia, ni para el uso normal de sus libertades. Necesita un go-

bierno de "orden" como el que yo presido. Ningún otro gobierno en España, dada la idiosincracia y el individualismo del pueblo español, podría gobernar a los españoles».

Estas palabras eran desmentidas por las multitudes de exiliados que habían producido el desenlace de la guerra civil y que en la mayoría de los casos habían hecho un gran papel en todas partes y sobre todo en América donde llenaron los cuadros de profesores, escritores, catedráticos, jurisconsultos, médicos, científicos, empresarios y hasta llegar a ostentar el premio Nobel.

Por otra parte vos y los vuestros estábais esencialmente incapacitados para comprender el mundo nuevo de las universidades.

Todo evoluciona en el Universo y esta evolución en España se le llamó la anti-España y se la combatió a muerte.

Evoluciona la Iglesia. Presenta nuevas modalidades la familia. Cambia el concepto del ejército, del obrero y del capital... cambia todo y los vuestros sois el puro inmovilismo. ¿Cómo podíais pretender que los jóvenes universitarios caminaran a vuestro paso?

¿Cómo iba a marchar bien la Universidad nueva con rectores de la Complutense, la primera universidad de España, como el profesor Muñoz Alonso, que siendo rector había escrito un libro sobre el infierno y en el que «sin chiste» seriamente, amenazaba al hombre moderno con el fuego eterno y defendía la acción del diablo entre los hombres?

Este caballero cuyos méritos desconozco y sus títulos verdaderos también, a mi amigo el editor que antes he citado, le suprimió dos revistas cuando estaba en la Dirección General del Ministerio de Información y Turismo. Así. Sin más ni más.

La primera revista era humorística, se llamaba PEPE-COLA, con un tiraje muy respetable para aquellos tiempos, sencillamente porque había comentado el caso Galinsoga.

—Yo había dado órdenes terminantes a la prensa de que no se nombrara a Galinsoga para nada y vosotros las habéis transgredido. Retirado el permiso de publicación.»

Se trataba del incidente que tuvo el antiguo director de «La Vanguardia» y muñidor del puerto franco con un cura en una sacristía por la tontería de que sí y que si no con respecto a la lengua catalana.

Se suspendió la revista con un tiraje semanal de 57.000 ejemplares. No hubo más explicaciones ni excusas ni indemnización. ¡Un hermoso ejemplo de justicia social y al mismo tiempo de aberrante abuso del poder!

La otra revista fue PICNIC, que podía clasificarse entre las llamadas del corazón.

—Porque no me gusta este nombre extranjero habiendo tantos y tan bellos nombres españoles y porque el concurso de bellezas españolas que exhibís en la cubierta posterior parece una incitación a la trata de blancas.

Igualmente esta revista recibió la «ucase» de no aparecer más a pesar de que había cumplido todos los trámites bochornosos y pasado todas las censuras en cada número y hecho todas las correcciones que le dio en gana al censor, tal como se exigía en aquellos tiempos gloriosos.

Este ilustre profesor, eximio rector de la Complutense, Consejero del Reino, diputado, director general... y no sé cuantas cosas más, porque el pobre tenía que recurrir como todos los obreros españoles al pluriempleo, murió en olor de santidad franquista y se le hicieron exequias de capitán general, después de otorgarle muchas medallas por sus muchísimos méritos.

Una última anécdota de este gracioso personaje:

Cuentan que cuando estaba al frente de la censura se opuso a la publicación de un anuncio de medias para señora en el que, lógicamente, se exhibían unas preciosas piernas. Humildemente, como de costumbre, los publicitarios interesados fueron a ver si podían reducir al energúmeno.

—No y no. Estas piernas son pura pornografía, son una provocación que incitan al vicio.

—Por Dios, señor Director General...

—¿Conque no eh? ¡qué me lo digan a mí!

Este prohombre, representante de vuestra Universidad, tantas veces repudiada por los jóvenes españoles y, de la cual por otra parte habían sido expulsados tantos hombres dignísimos como Tierno Galván y Aranguren, fue estudiante de cura y amplió sus estudios en la Gregoriana de Roma dirigida por los Padres Jesuitas.

Hombres como éste fueron los «agentes provocadores» que crearon el malestar en las universidades españolas.

¿POR QUÉ ODIASTEIS TANTO A DON JUAN?

Poco ha faltado Excelencia para que se os diera el título de Hijo del Cielo, como al Emperador del Japón.

Supongo que esta idea ya se les ocurrió a los que promocionaron la canonización de Isabel y Fernando, los padres de la mal llamada Juana la Loca, pero que en el último momento les faltó osadía.

Aparte de haceros entrar bajo palio en todas las iglesias que visitábais hubo mucho cura del nacionalcatolicismo que os hizo santo desde el púlpito y viene ahora a mi memoria a este respecto cierto discurso de cierto obispo de Tortosa que fue el pasmo. Por otra parte, según cuenta el libro de vuestro primo, un grupo de «bien intencionados» lanzó la idea y un suplicatorio para que nuestra santa madre, la Iglesia, os hiciera Príncipe de la misma, esto es cardenal. Muchas cosas respecto a vos nunca se han tomado en serio pero hay otras que se repitieron tanto y en tantos tonos y por tantos medios que han llegado a situarse en el plano de las verdades incontrovertibles. Se ha afirmado rotundamente que fuisteis un excelente estadista y, si alguien ha pretendido sugerir dudas, se le ha tapado la boca con estas o semejantes razones:

“Se podrán decir muchas cosas contra Franco pero hay algo de que en verdad hemos de estarle muy agradecidos. ¡Nos libró de la segunda guerra mundial! Y aunque sólo fuera por esto deberíamos glorificar eternamente su nombre”.

Hasta yo me lo creí y conmigo millones de gentes de buena voluntad. Si he de ser sincero, yo tuve alguna duda porque examinando a fondo vuestra actuación no encontré nunca verdaderas posiciones firmes en vuestra conducta cuando se trataba del bien del pueblo español y sí mucha política acomodaticia y mucha astucia gallega al servicio de vuestra ambición.

Esta es la nota característica de la mayor parte de los dichos que os atribuye vuestro primo Franco Salgado en el libro que tantas veces hemos citado.

«Dame pan y dime tonto». Que yo gobierne y nadie dude de mi autoridad y mis poderes vitalicios y lo demás es cosa de poca monta.

Mientras no se ataca a vuestra persona en lo esencial, ni a vuestra seguridad como jefe indiscutible de España las cosas son siempre de fácil arreglo. Hay ocasiones en que hasta parecéis generoso. Pero no engañais a los avisados, a vuestro primo lo despistásteis pero no del todo. Se dio perfecta cuenta, a pesar de vuestro aparente paternalismo y así lo hace constar en más de una ocasión, que vos érais sólo «franquista» y las cosas que os comunicaba o se comentaban en vuestra presencia sólo despertaron vuestro interés en cuanto atañían a vuestra persona. Estos intereses vuestros no siempre coincidieron con los intereses de España, como sucedió con D. Juan de Borbón y su célebre manifiesto.

¿Por qué tuvisteis tanto odio al príncipe Juan de Borbón, padre de nuestro Rey actual? ¿Por qué siempre volvéis sobre el mismo tema de su falta de capacidad de entender que vuestros intereses eran los del pueblo español y los del Movimiento, que por entonces teníais a vuestro entero servicio? ¿Por qué proclamábais siempre que era liberal, que estaba rodeado de masones y de gente de mal vivir que en Estoril le aconsejaban mal? ¿Por qué siempre suspirásteis hasta vuestro último suspiro para que se retractara de aquel célebre manifiesto en que se avenía a protagonizar una monarquía que hiciera las paces entre todos los españoles después de la guerra fratricida y estableciera una Consti-

tución que nos convirtiera en democracia y borrara los horrores de la guerra civil?

¡Oh el dichoso manifiesto de D. Jua, cuántas horas de sueño os ha quitado y cuántos malos humores ha engendrado en vuestro interior! Continuamente aparece esta obsesión en las memorias de vuestro primo: «*Y no se ha retractado, y no se ha retractado, y no se ha retractado...*» Era una espina clavada en vuestro corazón.

Yo tengo una personal explicación para la interpretación de vuestro odio.

Los aliados habían ganado la guerra. Desaparecidos Hitler y Mussolini quedábais vos como en una isla anacrónica con vuestra dictadura de corte facista y un pueblo que se moría de hambre porque los vencedores, como es lógico, no querían tratar con vos.

Vos érais el obstáculo. Os lo hicieron saber.

España pudo ser nación europea, pudo beneficiarse del Plan Marshall, pudo tener un partido cristiano demócrata como base y entrar en el concierto de las naciones europeas y sus hijos, y sus niños no perecieran de miseria, de hambre, de las plagas del piojo verde y de toda la reuca de enfermedades que fueron el séquito de la desnutrición de aquellos años de la gran hambre, que sarcásticamente se llamaron años triunfales.

Sólo sobrábais vos para que este milagro sucediera y se ahorraran tantos sufrimientos al miserable pueblo español. Se os ofrecía franco pasaporte para donde eligierais. Un verdadero patriota hubiera hecho gustoso el sacrificio de su persona.

Pero vos dijisteis NO.

Pensásteis que no habíais ganado en balde la guerra y teníais que disfrutar del triunfo. Movilizásteis a todas vuestras masas vociferantes en la plaza de Oriente y tomásteis como referéndum aquellas manifestaciones de burócratas y funcionarios y extremásteis más que nunca los desfiles conmemoradores de la guerra afrentosa y el fausto burocrático para afianzar una personalidad y unos poderes que el resto de los Estados del mundo no os reconocían.

Y entonces vino el manifiesto de D. Juan, como el puente que podía unir España con el resto del mundo y esto no se lo perdonásteis nunca. Porque este manifiesto os roía las entrañas avivando un remordimiento que os echaba siempre en cara la misma pregunta.

—¿Es verdad que has obrado y obras siempre por el bien de tus compatriotas?

—¿Es cierto que te has sacrificado y te sacrificas por el bien de España?

Por culpa de este manifiesto nunca abandonásteis el poder y volviesteis a él después de una penosa enfermedad y aguantásteis una terrible y larga agonía sin soltar el mando para que nadie os pudiera echar en cara, en vida, la implícita acusación que contra vos contenía el manifiesto de su Alteza Real el príncipe D. Juan de Borbón.

Pero no nos apartemos demasiado del tema que nos hemos propuesto. Volvamos a situarnos.

EL PRESUNTO ESTADISTA, ECONOMISTA Y GENIAL GUERRERO

Franco había plantado cara a Hitler y con su energía y su inteligencia se había impuesto a él y negándose a obedecer al Führer había salvado a España de la segunda guerra mundial.

Todos creímos esta afirmación.

Pero estalló la bomba. Se ha publicado el texto del protocolo de Hendaya en el cual estampásteis vuestra firma la noche siguiente de vuestra entrevista con Hitler y allí consta que os comprometíais a entrar en guerra al frente de nuestros aguerridos soldados españoles cuando el dictador alemán lo pidiese.

Qué desilusión.

Este dato puede encontrarlo el curioso en el libro de Garriga editado por Gregorio del Toro en Madrid y cuyo título es «La España de Franco» I Tomo. Pero no es esta la única desilusión. También en este libro se narra la anécdota, aunque no es la única fuente, de que preguntado Hitler sobre la impresión que le había causado la persona del caudillo español contestó:

—*Franco en el ejército prusiano no hubiera pasado de sargento.*

Y hablando de otra mitificación vuestra, esta vez como genio de la guerra, son ya muchas las voces que se levantan acompañadas de buena documentación afirmando que vuestra guerra civil pudo haberse acabado en un año. Las fuentes alemanas atribuyen su prolongación a vuestra ineptitud. Otras fuentes sugieren que la causa fue política.

Vos presumíais que la toma de Madrid era en realidad el fin de la guerra pues rendida la capital seguiría enseguida el resto y que vos no estábais todavía preparado para afrontar la situación. No teníais en vuestras manos los hilos del poder absoluto, no habíais aniquilado todas las oposiciones que se levantaban en el campo nacional: la falange, el requeté, los grupos de generales monárquicos... Y que vuestros intereses al servicio de vuestra ambición, aconsejaban continuar la guerra fratricida hasta que vuestros servicios de propaganda os hubieran convertido en Caudillo indiscutible de la Santa Cruzada y dueño absoluto de los destinos de España.

¡Oh Dios de dioses, que si esto fuera cierto yo maldeciría vuestra memoria para toda la eternidad! Porque he visto la guerra muy de cerca, la he vivido. La muerte en tantos rostros llenos de juventud. El dolor de tantas madres sin hijos. La desesperación en los rostros de tantos huérfanos y viudas, la miseria, la degradación, la injusticia permanente, los horrores de los fusilamientos sin causa. ¡Oh Dios, no puedo creerlo mi general! ¡ ¡No quiero creerlo! !

Lo de que fuisteis un buen economista nunca lo he comprendido. Un genio de las finanzas que resuelve básicamente el problema económico de su país enviando de cuatro a cinco millones de compatriotas a

trabajar fuera de la patria, como fuente de divisas, para mí no es un financiero de altos vuelos, sino algo que prefiero no decir.

En otros tiempos los reyezuelos y tiranos vendieron a sus súbditos como soldados. Vos los habéis vendido y no para desempeñar nobles tareas sino para hacer de «ilotas» de Europa. También los habéis vendido en vuestra propia patria pero de manera menos ostentosa. Ofrecíais obreros con sueldos bajos y a los que les estaba prohibida la protesta de la huelga y las multinacionales y los que no lo eran venían corriendo a España a gozar de la ganga.

Al obrero español se le respetaba aparentemente el horario de ocho horas pero en realidad tenía que trabajar diez, doce o catorce, el pluriempleo. Estas horas de más eran una contribución extra a la mayor honra y gloria de vuestro régimen y de vuestras clases privilegiadas de vencedores, que se beneficiaban de las divisas amasadas con las nostalgias, las tristezas del hogar abandonado, la familia separada y el dolor de la patria lejana.

Con el pluriempleo del empleado y del trabajador llegó España a ser la décima nación más industrializada del mundo.

¡La décima nación más industrializada del mundo!

Uno no sabe si reír o llorar al oír esto. Por la misma razón Liberia podría decir que es una de las naciones poseedoras de las más grandes flotas mercantiles del mundo, porque allí van a matricularse centenares de buques de todos los estados por las ventajas económicas que les supone el enarbolar el pabellón liberiano. Lo mismo sucede con Panamá.

Nuestras industrias están en manos del capital extranjero. Todos nuestros coches fabricados en España son concesiones de marcas extranjeras. Los medicamentos, los electrodomésticos, la maquinaria, la mayor parte de las cosas que se fabrican en España pagan derechos de concesión al extranjero. Ellos ponen la idea, a veces hasta el dinero, y nosotros la mano de obra barata y sin complicaciones.

Nadie paga más royalties que nosotros. Y cuanto más petróleo se encuentra en nuestra tierra o en nuestros mares más cara pagamos la gasolina, porque tampoco las explotaciones petrolíferas son españolas. Cuando Willy Brandt fue a pasar las vacaciones a Canarias pudo pasearse por las islas sin salirse de territorio alemán. Y los «tours operators»

Europeos son los que rigen los destinos de nuestro turismo. Un día pagaremos con inflaciones desbordadas y devoluciones humillantes, este alegre enriquecimiento de los Bancos y las multinacionales.

El ochenta por ciento de los intelectuales: filósofos, ensayistas y escritores, músicos, pintores y toda clase de artistas, apoyaron a la República y se exiliaron voluntariamente yendo a crear riqueza en América latina, quien los recibió con los brazos abiertos. De ellos salieron premios Nobel, jurisperitos célebres, científicos de renombre universal, catedráticos de Universidad, literatos de gran renombre... Y de la España que V.E. presidió con criterio carpetovetónico y anticultural, cuya primera medida fue la supresión de dos mil institutos de segunda enseñanza para favorecer a las órdenes religiosas, no han salido más que santos desempolvados de sus nichos, doctores del tiempo de María Castaña, brazos de taumaturgos momificados, beatificaciones y canonizaciones y además la gloriosa y mafiosa orden del Opus, La EDITORIAL CATÓLICA, y el grupo del YA. Añádase a esto unos premios literarios vacíos, vocingleros y triunfalistas, cargados de dinero, pero sin categoría y sin empuje para traspasar los Pirineos y ser traducidos a otras lenguas y mostrados a otras naciones. Y en cuanto a producción cinematográfica películas exclusivamente para uso interno.

Ni sabios. Ni literatos. Ni escritores. Ni inventores.

La tradición científica de España hubo de desarrollarse en otros climas de libertad más idóneos fuera de la patria común. Eso sí, vuestro régimen ha procurado explotar desvergonzadamente para su lucimiento, la gloria que los hijos de España ganaron en el exilio.

Hemos producido obreros para la exportación. Obreros en el pluriempleo y empresarios avispados procedentes casi siempre del partido de los vencedores que se han enriquecido empobreciendo a la nación, pagando fuertes royalties e hipotecando los bienes de la patria común.

¿Esperábais el Imperio hacia Dios?

Qué escarnio. A veces uno piensa que se impone mirar atrás con ira.

Abandonásteis Guinea y Río de Oro.

Perdisteis Marruecos que tanto costó.

Regalásteis el Sahara.

Y el pueblo español siempre en la higuera.

«Secreto oficial». Bella forma de tratar de imbéciles a todos los españoles. Sólo unos cuantos superdotados «los barones de Franco» decidían por todos.

¿Cuándo le tocará a Ceuta y Melilla?

Pobres Canarias que vais también ya camino del «secreto oficial».

Otra visión profética de gran economista que no se puede pasar por alto es vuestra predicción sobre el rol que iba a desempeñar el oro en el mundo.

Cuán cierto es que todos los dictadores acabaron creyéndose sus propias mentiras aunque como Hitler proclamara «siempre me esforcé en ver las cosas como son y no como quise que fueran».

He aquí vuestras propias palabras.

«En este punto si que no admito límites a mi optimismo o mejor dicho a mi seguridad. España tiene capacidad económica sobrada para dar cumplimiento a este programa y aún a otro más amplio. La experiencia de esta guerra es concluyente. Se ha vivido durante mucho tiempo bajo la influencia mítica del oro. Recuerdo a este respecto una conversación que hace años mantuve con el entonces ilustre y hoy glorioso Calvo Sotelo. El también estaba influido por el mito del oro. Yo no. Nunca creí, y hoy creo menos que nunca en ello, que la nación más rica sea la que más oro posea. La riqueza y la independencia de la nación dependen de las materias primas con que cuenta. Ahora nos envolvemos en condiciones de irregularidad producidas por la división de España en dos zonas, pero cuando podamos disponer de todos nuestros elementos de exportación y resolvamos por consiguiente el problema de la balanza comercial, la situación permitirá mirar el porvenir con plena confianza. Anuncio que la experiencia de nuestra guerra, tendrá que influir secretamente en todas las teorías económicas defendidas hasta hace poco como si fueran dogmas, o al menos influirá en muchas de ellas. La repercusión de nuestra realidad económica tendrá ecos innegables.»

Qué encantadoras serían estas bellas ilusiones si no hubieran conducido y tenido como colofón años de hambre y humillaciones de cancillería en cancillería mendigando préstamos precisamente en «oro». Navarro Rubio sabe mucho de humillantes antesalsas en bancos norteamericanos suplicando “oro y divisas”, intervención de capital extranjero que en el paroxismo de nuestro sueño autártico se había depreciado. Qué bellas razones si el fin no hubiese sido la hipoteca del trabajo del obrero español y el de casi todas las fuentes de riqueza de España.

«EL NO ES MÁS QUE FRANQUISTA Y SERÁ JEFE DEL ESTADO HASTA LA MUERTE»

Hay unos testimonios muy curiosos sobre vuestro olfato político en el libro titulado ¿POR QUÉ? del General de Aviación Ansaldo. Resumiremos alguno de ellos.

Aparte asegurar Ansaldo rotundamente que vuestra excelencia pudo ganar la guerra y estructurar vuestro régimen gracias a la ayuda prestada por Alemania e Italia, cuenta que él asistió al banquete ofrecido en León a la legión Cóndor que vos cerrasteis con un discurso en el que afirmásteis que os considerábais semejante en inteligencia a Napoleón pero que estabais seguro de ganarle en astucia.

Narra después dos aspectos de vuestra perspicacia política cuando predijisteis a bombo y platillo que la guerra estaba ya ganada por las potencias del eje. ¡Vaya resbalón! Y cuando en septiembre de 1949 declarásteis al embajador Owen Brewster, que los pobres rusos eran poco menos que retrasados mentales incapaces de poseer una técnica y una industria que pudiera producir una bomba atómica y que vos habíais incluso calculado la cantidad de trilita que necesitaron para fingir, con el fin de engañar al mundo, una explosión atómica.

También os acredita de gran estadista el siguiente párrafo que transcribimos de vuestro primo. Sobre todo deslumbra vuestra visión de gran hombre de Estado moderno.

«Perón obra de mala fe, dando muestras de que nunca sintió el menor afecto a nuestra patria. No es posible fiarse de él, demostrando ahora que tampoco siente la menor inclinación hacia la Iglesia Católica al publicar la ley de divorcio después de haber estado muy afectuoso con las altas dignidades de la Iglesia y echar toda la culpa de lo que sucedía en materia religiosa a la intransigencia de un grupo de sacerdotes. Esta ley es una ofensa a los sentimientos de los católicos argentinos y prueba que el presidente no siente el menor apego a la Iglesia y que camina conducido por la masonería, a cuyas órdenes está entregado. Un gobierno que no sólo autoriza, sino que inspira manifestaciones en que se exhiben pancartas de «abajo los curas», «Dios no está con la Iglesia», «Dios está con nosotros», y otras cosas por el estilo, prueba de un modo claro que el presidente Perón es un enemigo acérrimo de la Iglesia Católica y de él no se puede esperar nada, ni fiarnos por más que se le hagan concesiones.»

Pero lo que en verdad me parecen frases lapidarias son estos comentarios de vuestro primo.

«El Caudillo juega con unos y con otros, nada promete en firme y con su habilidad desconcierta a todos. El no es más que franquista y será jefe de Estado hasta que muera.»

Verdaderamente es el retrato de vuestra íntima personalidad hecho con trazo maestro.

El otro que es el compendio de toda una táctica política.

«Me dicen que en la sesión de Cortes de hoy se ha acordado que el nieto de Franco cambie sus apellidos. Me atengo a lo que dije el día que nació. Me alegro que esta decisión no la haya tomado el Caudillo y sí, las Cortes, que en realidad no tienen facultades para ello; es sólo una adulación y se sale de la esfera familiar para hacerse política. (Después de escrito esto oigo por la radio que lo pidió Franco a las Cortes. Retiro mi anterior comentario sobre éstas y me callo mi opinión sobre lo otro).»

Esta consideración daría pie entre otras cosas a reconsiderar la opinión de muchos, de que vos habíais deseado y ambicionado crear una nueva dinastía de reyes en España: la dinastía Franco.

La suerte que tantas veces fue pródiga en vuestra vida no os favoreció en el cumplimiento de este deseo.

Primero la naturaleza que no os otorgó un hijo. Después los generales monárquicos que nunca veían llegar el momento de que abdicarais de vuestro poder omnímodo que no os habían otorgado. Luego Don Juan y su partido de monárquicos históricos.

Sólo os apoyaba la Falange. Pero vuestra perspicacia había adivinado que la Falange era puro accidente sin esencia.

Con todo esperasteis hasta el último momento por si algún nuevo factor favorecía vuestros deseos. Y en el último instante intuisteis el poco apoyo verdadero con que contábais.

Como Napoleón notó el vacío a su alrededor a su vuelta del primer destierro para el gobierno de los cien días a pesar de los apoyos vocingleros de los sargentos y vieja guardia, vos comprendisteis al volver a coger las riendas del poder, después de vuestra primera enfermedad, que los que os rodeaban eran intereses y que estos derivaban ya hacia otro padrino. E intuisteis el nuevo camino de la Iglesia.

Sargentos y vieja guardia. Y soledad.

El Sueño de la dinastía Franco derivaba en quimera.

Pero habéis levantado el Valle de los Caídos. Vuestro Escorial, vuestra obra faraónica.

Mucho se podría decir sobre este tema al que se han dedicado libros enteros, pero sólo quiero hacer breves reflexiones.

Esta edificación colosal del Valle de los Caídos se levantaba cuando en los arrabales de Madrid y en los campos de Andalucía rebullían pequeños seres con el vientre hinchado de hambre como los esqueletos vivientes de los niños de Biafra.

Y traer a colación el comentario de cierto embajador norteamericano que al ser llevado a visitar el gran monumento dijo «Nosotros en Norteamérica no hubiéramos podido permitirnos este lujo. No sé cómo

ha podido hacerlo España faltándole como le faltan tantas cosas de primera necesidad.»

Finalmente el inevitable comentario de la parte amiga, vuestro fiel y desinteresado primo.

«Yo respeto lo que hizo el generalísimo gastando muchos millones en el Valle de los Caídos para conmemorar la Cruzada, pero considero que hubiera sido más positivo y práctico haber hecho una gran fundación para recoger en ella a todos los hijos de las víctimas de la guerra, sin distinción de blancos o rojos; si eran blancos en premio al sacrificio de sus padres, si eran rojos para demostrar falta de rencor en los hijos sin culpa de los que a nuestro juicio estaban equivocados. Una fundación que tuviese medios para ser sostenida durante muchos años y así recordar a las generaciones venideras que los que nos alzamos por una España mejor no somos rencorosos ni queremos que el odio y la intransigencia separen siempre a los hijos de la misma patria y que deseamos para ellos la mayor grandeza”.

Colofón.

Consolaos, mi general. No sois el primero ni seréis el último.

Alejado del poder habéis dejado de ser el genial guerrero, el gran economista y el estadista extraordinario.

Madariaga ha dejado de vos, en pocas palabras, el pobre retrato de vuestra personalidad.

Sic transit gloria mundi.

LOS GENERALES MUEREN SIEMPRE EN CAMA

En vuestro discurso en la inauguración del monumento del Cid en Burgos pronunciásteis esta bellísima frase:

“Sabido que he de morir, prefiero una muerte gloriosa”.

Pero en cama mi general, en cama que es donde mueren todos los generales. Hay que ser fiel a la tradición.

¿Os habéis entretenido en pensar en cómo murieron los protagonistas a nivel de militar de cierta categoría que coadyuvaron con vos al alzamiento de la gran Cruzada?

Muchos viven aún cargados de años y de condecoraciones. Los otros murieron en cama aquejados de vulgares enfermedades o de viejos como vos, como es la costumbre de todo militar de graduación que se precie.

Pero en los campos de batalla quedaron las jóvenes generaciones, enroladas a la fuerza o engañadas por bellas palabras, y convertidos en soldados o en alféreces y tenientes provisionales acabaron en cadáveres efectivos. Y tantos y tantos otros «habilitados» a mandos militases, pero de profesión civil que pasaron a ocupar el lugar de peligro que los «profesionales de la guerra les exigían para que pudieran participar en su gloria.

En otra ocasión he dicho que Vos nunca habéis sido Jefe de todos los españoles sino sólo hombre de un partido, el de los vencedores. Conforme estudio más y más vuestras actuaciones y con frecuencia de la mano del que fue durante toda vuestra existencia compañero inseparable, vuestro primo, llego a la conclusión de que nunca fuisteis otra cosa que franquista. Ni Jefe del movimiento, ni protector de vuestro ejército, ni siquiera amigo y benefactor de los que os llevaron a la victoria.

No fuisteis fiel ni a la Falange, ni a José Antonio ni a los Carlistas ni a los tradicionalistas e incluso fuisteis insincero con la mayoría de vuestros camaradas del ejército.

Ni jefe de «partido» sino de «partida». De la partida de gentes muchas veces indeseables que zanganeaban a vuestro alrededor en las frecuentes cacerías y en vuestras espectaculares pescas del atún.

Oíd esto. Vos no sabíais que a espaldas vuestras se hacían estos comentarios ¿o quizás sí que lo sabíais pero no os importaba?

«El Caudillo es efusivo con los que le dominan y con los "pelotillas" que lo colman de obsequios y de agasajos, pero frío como un

témpano con la mayoría de los que no hablamos, que somos serios en nuestra conducta y le hablamos de todo con lealtad le guste o no le guste.»

Y en verdad que había muchas cosas que no os hubiera gustado oír como este comentario que vuestro primo tenía que confiar resignadamente a sus memorias porque vos no teníais oídos para la crítica y no admitíais censuras ni para vuestros actos ni para los actos de vuestros adláteres.

«Desgraciadamente sigue la frivolidad y la inconsciencia en las alturas y como si nada sucediera en el país, ayer se fueron de cacería y no regresarán hasta el día 16 los siguientes usufructuarios de altos cargos: Jefe del Estado Mayor, Ministro del Ejercito, Ministro del Aire, Alto Comisario en Marruecos, Ministro de Agricultura, Ministro de Comercio y un sinfín de personajes que ocupan altos cargos en la administración y en la milicia. Grandes terratenientes, negociantes, aristócratas que no transigen con el régimen, importadores, estraperlistas, etc., etc. Todo ello cuesta una enormidad pero... »

„el pueblo paga queréis decir, ¿verdad, señor Salgado, aunque preferís no terminar la frase? En verdad la partida es de antología y se repite con tanta frecuencia que parece que sólo en este ambiente mi general os encontráis a gusto. Sigamos escuchando lo que tiene que decir el general Franco Salgado.

«Puedo juzgar lo que ocurre con benevolencia calificándolo sólo de «frivolidad». En todas las naciones hay cacerías en las que acude el jefe del Estado y los ocupantes de los altos cargos pero nunca tan seguidas y nunca con tan altos cargos a un mismo tiempo que hace que se paralice la vida en los ministerios y que apenas se trabaje.»

Pero esto a vos no os importaba. Mientras tuviérais una máquina eficiente que proyectase vuestra imagen como «trabajador incansable

que sólo vive y se sacrifica por el bien de la patria» podíais vivir tranquilo.

La mujer de Perón, Evita, decía «por algo somos presidentes» muchas veces para justificar lo injustificable y vos excelencia pensábais «por algo he ganado la guerra». Disfrutemos que la vida son dos días. Uno se explica el porqué tardasteis tanto en morir y lo rabiosamente enraizado que estábais en este valle de lágrimas. Viviendo esta vida de sacrificios bien podíais exclamar «para vivir esta vida más vale no morir».

Pero lo de las cacerías al parecer llegó a escándalos inauditos en cuanto a su duración y a los corrompidos componentes «de esta masonería de intereses aconchabados en los diferentes organismos de nuestra administración».

Citemos un último párrafo ejemplar y vamos a dejar ya este tema porque huele mal. El Congreso se divierte pero no da golpe.

—¿Quién tiene interés en las cacerías del Caudillo? Los dueños de coto más o menos adictos a él. Su influencia ante los ministros y autoridades provinciales y del movimiento queda por completo de manifiesto. Los diferentes inspectores de los muchos tributos que el anfitrión debe satisfacer están allí también invitados. Allí pueden ver que el Caudillo y su mujer van a hospedarse en su casa, que les hablan con confianza y que lo mismo hacen los ministros cazadores. De allí salen grandes favores, permisos de importación, tractores, maquinarias agrícolas..., etc. etc. Las cacerías de este mes han sido y van a ser las siguientes: los días 30 y 31 de octubre pasado, más 2, 3, 4, 5 y 6 de noviembre más 12, 13, 14, 19, 20, 21, 26, 27, 28 y 29. Es decir, dieciséis días en un mes, dejando sólo trece para trabajar y si a éstos se restan los cuatro consejos, las audiencias militar y civil, que suman doce, y algún acto de presentación de credenciales, resulta que no queda ni un día para estudiar los asuntos y despachar con él... Queda comprobado que el Gobierno se divierte como el Congreso de Viena, pero allí se trabaja más.»

Mi general, os tenéis ganado y bien ganado el título de primer trabajador de España, que podéis añadir con orgullo al de estrategia genial, economista de primer orden y estadista superdotado.

Mal amigo fuisteis de los que parecían serlo de vos, porque amigo de verdad no tuvisteis ni uno.

Parece que se os acusa de no haber sido fiel a ninguno de los os han ayudado a encumbraron.

A José Antonio le abandonasteis a su suerte cuando os hubiera sido fácil salvarle de la muerte que le dieron en Alicante.

A su legítimo sucesor, Hedilla, le tuvisteis en una cárcel de Bilbao, años y años.

A los de la CEDA, a los Tradicionalistas y a los Carlistas les habéis dado un trato de escarnio. Gil Robles desterrado, Fal Conde preso y puesto en la frontera...

A muchos de vuestros generales los postergasteis y muchos creen que traicionasteis su confianza al erigiros en dictador cuando no era eso lo pactado.

Los auténticos falangistas se sintieron traicionados y hasta conspiraron contra vos. Ridruejo encabezó la lista de los muchos que pagaron con la cárcel el inconformismo con vuestra política de poder personal absoluto.

Oíd sus voces:

«Españoles, dos siglos llevamos sin pan ni justicia, y España post-rada en un inmenso atraso. La culpa ha sido primero de una monarquía totalmente ineficaz, después de una República que no supo aprovechar las magníficas oportunidades que tuvo y, por último de un Gobierno (el de Franco), que no sólo ha tenido una oportunidad mayor que la República, sino que ha desperdiciado la ocasión de realizar la revolución que España necesita. Por todo ello declaramos al actual Gobierno que nuestro ideal sigue siendo Falange y que nuestro único jefe fue José Antonio Primo de Rivera. Pedimos al pueblo español que no llame a los actuales gobernantes falangistas sino franquistas.

No es falangista el que lleva la camisa azul sino el que obra como tal.

¡Arriba España y viva la juventud de F.E.T. y de las J.O.N.S.!

Vuestros héroes os repudian o los repudiáis vos.

Queipo de Llano, Kindelan, Aranda, Beibeder... A muchos de ellos los tacháis de masones y los tenéis vigilados como a presuntos enemigos.

En la carta dirigida por el laureado general Aranda, héroe de Oviedo a Su Alteza Real D. Juan de Borbón, dice entre otras cosas:

«El llamado Movimiento Nacional, no tuvo en sus principios contenido positivo alguno y sí sólo negativo contra los excesos de la República y buena prueba de ello es que el General Franco terminó su primera proclama gritando ¡Viva la República! y en los frentes se estuvo por mucho tiempo izando la misma enseña nacional y tocando el mismo himno... Mucho después y sin participación activa de la nación, se ha dado al Movimiento un contenido variable y partidista, que no comparten la inmensa mayoría de los españoles, pues el patriotismo, con el que quieren encubrirse tales principios no puede ser propiedad exclusiva de sector alguno. Muchos de los españoles que tomamos parte en el Movimiento hemos repudiado el presente régimen, en el que para huir del libertinaje, se ha caído en la falta absoluta de libertad y queremos un régimen en el que la libertad y la autoridad sean justamente definidas como poder moderador, basado en el más exacto conocimiento de la libre opinión.»

Así que resulta al fin que os fuisteis apoyando en sólo intereses, en los de la Iglesia, y los más bastardos de las clases privilegiadas y, además, en el pobre pueblo español «el popolino», que dicen los italianos, que nunca supo nada de la verdad de vuestros actos y de vuestra persona. Una nube de incienso impedía ver vuestra verdadera faz.

Aunque la verdadera finca de Franco, que por cierto le reportaba pingües beneficios, era España, tenía otra cerca de Madrid, a la que iba todas las tardes, después del «agotador trabajo» de la mañana. Ya hemos tenido ocasión de comentar en qué consistía este trabajo agota-

dor. Parece que Franco Salgado tampoco estaba muy de acuerdo en lo de la finca.

«Esto de la finca es otra de sus debilidades. Cuando está en Madrid va todas las tardes allí para pasar revista a todo. A mí me parece bien que un señor cualquiera lleve su finca y la administre, pero un jefe de Estado y de Gobierno lo encuentro desacertado por la pérdida de tiempo que ello supone, y que debe a su alta y difícil misión. Además da lugar a murmuraciones de toda índole que le hacen daño.»

No se preocupe, señor Salgado, nadie murmuraba porque nadie sabía nada. A lo máximo la camarilla incondicional que le rodeaba y ésta nunca criticaba a su señor.

NO OS MOLESTABA EL LUJO, PERO HAY QUE VER LO QUE LO LUCISTEIS

«No me molesta el lujo pero no lo echo de menos. Desde luego se es más feliz siendo austero.»

Esto lo dice Franco y su primo comenta con sorna «Lo que más me chocó fue este comentario sobre el lujo que, hecho por él tiene gracia.»

A Franco no le molestaba el lujo y bien que lo demostró con sus grandes exhibiciones teatrales pero sí al pueblo y a los pobres y a los míseros, porque además el lujo franquista era ostentoso y provocativo, tanto en el Pardo como en los desplazamientos del Caudillo.

«Un desplazamiento de Franco cuesta tanto como un pantano.»

Un día los pobres mineros de las minas de Almadén, míseros ellos por su sueldo exiguo «según las bases inamovibles durante años» y míseros igualmente por el mísero material que se veían obligados a usar para su trabajo, se vieron sorprendidos por un séquito ominoso por lo refulgente y por el contraste que ofrecía con su miseria.

El Caudillo los visitaba y les traía consuelo con sus palabras: «La Revolución nacional vino a levantar y a poner en macha a España, no venimos a hacer al pueblo promesas irrealizables, sino a enfrentarnos con los problemas...»

Apostilla del primo.

«Fui con el Caudillo y los ministros y un numeroso séquito a visitar las minas de Almadén... Como siempre el número de personas del elemento oficial que se desplaza en estos viajes del Caudillo es enorme. Si se valorasen las dietas que tiene que abonar el Estado a los funcionarios, los gastos de gasolina, los festejas, los recibimientos, banquetes, etc., etc., el país quedaría atónito ante tan enorme despilfarro.»

Recuérdelo bien ciudadano.

¡Usted lo puede pagar pero España no!

En uno de los últimos desplazamientos que hizo Franco a Barcelona yo me encontraba con el fotógrafo Acosta Moro sacando fotografías de las playas repletas del litoral catalán para mi publicación en fascículos "Dolça Catalunya» -qué dolores de cabeza, Dios mío, me evoca mis peloterías continuas con la censura-. Era una de las primeras publicaciones en catalán.

El atardecer nos sorprendió por la zona de Hospitalet del Infante, sin hotel ni habitación donde dormir y decidí atravesar la cordillera que aísla la costa y llegarme a mi pueblo Masroig, que está en el interior. Por una circunstancia que no es del caso, una vez llegado allí tuve que ir a recoger con el coche a la estación de Mora a mi hermana que llegaba en tren y con gran retraso.

Tuvimos que aguardar horas. Acosta Mora me acompañaba también. El tren de las 8 de la tarde no llegaba y, en cambio, desfilaban trenes y trenes al tope, que apenas se detenían y seguían camino hacia Madrid.

No entendía nada y pregunté a una persona responsable de la estación.

Esta con mucho sigilio me dijo:

—El tren de las 8 está detenido en vía muerta en Reus.

—¿Y todos estos trenes que pasan repletos de gente qué son?
Una sonrisa ambigua en mi informador.

—Son los de la *claque* que se ha traído Franco desde Madrid.

No me lo podía creer, pero me lo explicaron con detalle los que los habían visto discurrir hacia Barcelona unos días antes. Trenes repletos de incondicionales de Franco, con sus mujeres e hijos, supongo que muchos serían funcionarios del Estado, habían sido transportados a Barcelona para nutrir las primeras filas de admiradores a lo largo de las aceras.

Era algo inconcebible pero, al mismo tiempo, una gran medida de seguridad y también de éxito apoteósico, pues eran estas gentes las que iniciaban los estentóreos ¡Franco, Franco, Franco!

Si no lo veo no lo creo.

Acosta Mora ni viéndolo pudo creerlo.

Así que, además de los múltiples convoyes de «grises» de diversos tonos que con sus jeeps habíamos podido observar por doquier transportados de Zaragoza, de Burgos y de Valladolid y de los soldados movilizados, y de los centenares de camiones que trasladaron a Barcelona representantes de todos los pueblos de la comarca, con gastos y dietas pagadas, trenes de Madrid, repletos de «fans» del Caudillo, habían acudido al apoteósico desfile del 18 de julio.

No el importe de un pantano, sino de varios, costaban los desplazamientos de Franco.

La explicación de este trasvase de gentes para honra y gloria del Caudillo quizá lo imponían las circunstancias y se hacía cada día más necesario, porque como dice Franco Salgado:

—La guerra está ya muy lejos y los encumbrados por ella se ven invadidos de una espesa niebla de adulación y, por esto no se dan cuenta de que el entusiasmo de un principio, hoy se va traduciendo en indiferencia y en desilusión, cada vez más acentuada. Las dictaduras, cuando son largas, tienen este inconveniente...»

Quizás sería oportuno, por contraste, introducir una cita del campo republicano, por ejemplo, de D. Ramón Ariño, que fue Presidente de la Diputación de Madrid durante la guerra civil y pagó este crimen con veinte años de cárcel. Dice D. Ramón en una entrevista publicada en «Interviú»:

« ¿Es que se puede comparar aquellos políticos con éstos? »

Comparar Azaña ¿con quién? ¿con Girón? ¿con Arias Navarro?

«Tuvo que hacerse una suscripción para comprar un coche a Azaña, porque él seguía yendo en tranvía cuando era Presidente del partido y se decidió que podía ser peligroso.»

Esto sí que suena a democracia nórdica en la que los Reyes se pasean en bicicleta por entre los coches de sus súbditos. Por suerte, D. Juan Carlos, nuestro joven rey, está en la línea de la sencillez y de la humanidad. ¡Quiera Dios que no lo perviertan los cortesanos!

Qué parodias y qué mascaradas tuvimos que aguantar. ¿Sería acaso para que no echara de menos el pueblo la desaparición de los carnavales?

«Cada atún cuesta al país muchos miles de pesetas. Si esta consideración me la hago yo, siendo del régimen, dice el primo y admirando al Caudillo en muchas cosas ¿qué no dirán sus enemigos?»

Los enemigos no decían nada a D. Francisco porque apenas abrían la boca se la llenaban de cosas.

TERCERA PARTE

TERROR ROJO: TERROR BLANCO

Se habló desde el primer momento, mi general, que vos representábais el orden, la justicia y el espíritu católico de la España eterna, lo que fue causa de que muchas personas de mentalidad republicana de corazón, sé pasaran a vuestro bando; no porque hubieran cambiado de criterio político, sino porque dentro del desorden y la confusión producida por vuestra sublevación y el desmadre consiguiente, creyeron que, ante el vacío de poder y como mal menor, era más prudente acogerse a la iglesia y a los militares aún a riesgo de pagar muy alto el precio de esta protección, abdicando de la libertad y hasta de la dignidad.

Pero la mayoría, aunque tarde, se dieron cuenta de la equivocación, porque en vuestro bando se cometieron tantas ó más crueldades que en el bando «rojo» y vuestra justicia sólo lo fue de partido. Siempre representásteis sólo una de las dos Españas. Nunca supisteis ser caudillo de "todos" los españoles. Por esto España a vuestra muerte vuelve a estar como siempre en realidad estuvo: dividida. Y más que nunca llena de resentimientos, de odios y espíritu de venganza. Ya veis en las últimas elecciones, si sumamos *de verdad* los votos de unos y otros, nos volvemos a encontrar con media España de derechas y media de izquierdas. Si bien estas últimas son más compactas y coherentes y las otras son un conjunto de partiditos de diverso interés e ideología, en el fondo las dos Españas. Nadie como vos tuvo en su mano la posibilidad de crear la gran unidad. Pero fue imposible. Siempre fuiste de un partido: el franquista.

Cuánto costará reducir a la razón a los que viven sólo para la venganza, a los que han soportado años de cárcel injustamente purgando

delitos inexistentes, culpas que sólo lo eran porque vos lo decretasteis así, ya que en el mundo entero estas rebeldías se llamaban derechos humanos, pura y simplemente DERECHOS HUMANOS. Pero más que a todos estos seres, resentidos con razón, temo yo a los otros. Los que se unieron a vos, vuestros hombres que sacrificaron a tanta juventud inocente simple y puramente para su provecho y ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos no dudarán en encender nuevas guerras, hacer matar, quemar y destruir para mantener en pie lo suyo.

Tuvisteis grandes propagandistas a vuestro servicio y escuelas especializadas en la mentira, pero al fin la verdad se abre camino y como aparece en los textos de Brennan y Orwell *vuestras verdades* quedaron en lo que fueron: *grandes embustes*.

Se ha escrito mucho sobre el tema Terror Rojo Terror Blanco. Oigamos a uno de los autores más desapasionados que ha tratado este tema en su libro LA REVOLUCION EN ESPAÑA. Nos referimos a Stanley G. Payne.

“Un resultado más inmediato de la Revolución española, no fue la reconstrucción política, el cambio social, o ni siquiera una acción concentrada en contra de los insurgentes sino el Terror Rojo que señoreó casi sin control durante los primeros meses de la guerra civil. En la zona nacional empezó a publicarse un torrente de literatura denunciando el Terror Rojo, que continuó muchos años después que hubiese terminado la guerra civil. Gran parte de esta literatura era hiperbólica, pero la realidad era lo suficiente horrenda. El levantamiento militar de los días 17-18 del mes de julio destapó una válvula de furia destructiva en los grupos revolucionarios que sorprendió a los mismos dirigentes de estos últimos...”

«Durante la guerra civil los nacionales hablaban con frecuencia de medio millón de víctimas, asesinadas por los «rojos», se entiende, pero al final de la guerra esta cifra fue descendiendo progresivamente hasta alcanzar la más prudente de cien mil. Dos décadas y pico más tarde, exámenes estadísticos más cuidadosos efectuados con ocasión del Valle de los Caídos la limitaban a sesenta y una mil pero esta cifra también pareció poco segura. El último cálculo, el más serio, no exce-

dió de cuarenta y dos mil que puede considerarse como número máximo... (Exactamente al revés de lo que sucedió con la cifra de víctimas en el campo nacional. Empezó con insignificantes contingentes y ha acabado con una carnicería espantosa verazmente certificada.)

“Los apologistas, de la izquierda han dicho muchas veces que la diferencia entre el Terror Rojo y el Terror Blanco consistió en que el primero fue espontáneo, desorganizado y en gran medida liquidado al cabo de seis meses poco más o menos, mientras que la purga de los nacionales se instituzalizó rápidamente y con el tiempo aumentó en vez de disminuir.

Sin embargo, una de las diferencias entre el Terror Rojo y el Blanco fue que algunos de los dirigentes de izquierda, más humanos y responsables, hicieran sentir su protesta públicamente, en fecha muy temprana. El único equivalente en zona nacional fue una protesta del Obispo de Pamplona. El 30 de julio SOLIDARIDAD OBRERA publicó el siguiente escrito de la CNT;

DECLARAMOS CON TERRIBLE SERENIDAD Y LA INALTERABLE .INTENCIÓN DE HACER LO QUE DECIMOS, QUE SI NO SE ACABA CON TODOS ESTOS ACTOS QUE ESTAN PROPAGANDO EL TERROR EN TODA BARCELONA, PROCEDEREMOS A EJECUTAR A CADA INDIVIDUO A QUIEN SE PRUEBE HABER COMETIDO ACTOS CONTRA LOS DERECHOS HUMANOS... POR EL HONOR DEL PUEBLO DE BARCELONA, POR LA DIGNIDAD DE LA C.N.T. Y DE LA F.A.I. DEBE ACABARSE CON TODOS ESTOS EXCESOS”

Estos son unos testimonios claros y convincentes y no de partido, de los cuales resulta fácil sacar conclusiones. Yo por mi parte tengo sobre el tema testimonios directos presenciados personalmente por mí en los primeros momentos de la contienda y luego de ganada la guerra.

A enfriar mis primeros entusiasmos apenas me incorporé al ejército de Franco no sólo contribuyó el ambiente de odio y violencia que yo veía respirar por doquier sino hechos en que personalmente tuve que tomar parte aunque no como autor material, sí como testigo presencial

y cómplice. Las impresiones que más impacto me produjeron fueron las de mis primeros días de lucha y los de estancia en Tolosa recién conquistada. Allí viví junto a contactos femeninos propios de mi edad como el de mi primera madrina de guerra M^a. Jesús Elósegui, los traumas espirituales vividos en el choque de una realidad brutal como por ejemplo el comprobar en el ataque a la ermita de Santa Cruz que los requetés, católicos, apostólicos y romanos por definición, cargados de medallas, de crucifijos y de escapularios avanzaban atacando con gritos frenéticos soltando blasfemias horribles contra Dios y su madre. Para mí esto era algo incomprensible. Lo era entonces y lo sigue siendo ahora.

Pero lo que más me afectó fue el formar parte del pelotón de ejecución que debía fusilar a un obrero de Tolosa -uno entre muchos-- y que me dio ocasión de entrar en conocimiento de muchas barbaridades que yo sólo intuía.

El fusilamiento de Angel García, uno entre muchos como antes he dicho, sobrevino de la siguiente manera. Habíamos salido al filo de la media noche del Batzoky, lugar de reunión y centro recreativo de los nacionalistas vascos, que Falange había requisado para sede de sus actividades cuando se entró en Tolosa. Montados en la camioneta con el preso maniatado, atravesamos el puente sobre el Oria, en cuyo centro una corona de flores señalaba el lugar en que un capitán de los nacionales había pretendido parlamentar con los defensores de Tolosa, intimándoles a la redención... y se lo habían cargado.

Hoy aún existe el Batzoky y está igual que en aquellos días turbulentos, sólo que empequeñecido por los edificios de reciente construcción que lo circundan. ¿Quién recuerda ya la tragedia que albergó y significó? Un letrero campea en su fachada: *Escuela de Maestría*.

La camioneta había enfilado la carretera de Pamplona orillada de graciosas villas de estilos varios, cuyos dueños simpatizantes de los nacionalistas vascos habían huido dejando a mujeres y sus hijas para salvar como fuera la propiedad y sus enseres.

La camioneta torció luego a la izquierda, siguiendo el camino del cementerio. Jadeaba el viejo vehículo porque la cuesta era dura. Tolosa

está junto al Oria en un hoyo y el cementerio en una altura que domina la ciudad.

Paró el vehículo junto a la entrada principal de la casa de los muertos. Entre dos fechas, 1915 y 1916, una a cada lado puede leerse en vasco y español:

*«Aquí termina el placer del injusto.
Aquí comienza
la alegría del justo»*

¿Sería cierto para el infeliz condenado?

Angel García, el preso, hasta aquel momento había aún esperado que todo sería como un sueño.

—¿Por qué me matan?

Dejamos de lado las grandes entradas que conducen a los fastuosos panteones de las poderosas familias y enfilamos a pie la vereda que a mano derecha bordea la tapia de piedras oscuras y conduce hacia una puerta diminuta que se abre a un recinto en el que no hay mármoles ni cruces.

Los falangistas se habían ido quedando rezagados esperando lo que tenía que suceder.

El sargento de la Benemérita que comandaba el grupo con cara de padre de familia numerosa había desenfundado con disimulo su nueve largo, y de pronto descerrajó un tiro en la nuca de Angel García, mientras fingía darle ánimos.

—¡Hala muchachos, al foso!

Los falangistas que otras veces habían presenciado la escena, se apresuraron a cargar el cadáver, pero yo que por primera vez había sido reclutado para aquel quehacer me quedé de piedra.

—¡Qué bestia! -murmuré-. ¿Has visto lo que ha hecho el sargento?

—Lo de cada noche -respondió tranquilo Rómulo Piñol-. Dice que así ahorra un mal rato a todos: al preso y a nosotros. ¿Qué cara hubieses puesto si te hubieran ordenado disparar sobre él?

Yo no contesté, porque tampoco se me alcanzaba el por qué teníamos que matar a aquel pobre muchacho.

Aquella mañana había tenido ocasión de presenciar el juicio que le habían seguido en una habitación del Batzoky, un lechero de Pamplona llamado Apesteugia y un abogado de Zaragoza Sanz Orrio que llegaría más tarde a ser Ministro de Trabajo, ambos en uniforme de jefes de Falange, el primero con bota enteriza, el segundo con pantalón tirado.

—No tiembles, hombre, no tiembles -le había dicho el abogado bonachonamente aunque su mirada tras los cristales de sus lentes traicionaba la cordialidad de su expresión. ¿Cómo te llamas?

—Angel García. -Su aspecto era de hombre del Sur.

—Supongo que tampoco tú has hecho nada.

—Yo, no señor. Vivo con mi madre y sólo me ocupo de mis cosas. -Tenía un parecido al paisano que en el cuadro del fusilamiento del dos de Mayo, de Goya, levanta los brazos mientras es acribillado a balazos a la luz de las linternas napoleónicas.

—Pero estabas afiliado al Partido Socialista.

—Eso sí, respondió el muchacho llamado García con cierta naturalidad. -En la Papelera lo estábamos todos los obreros.

—¿Por qué no te has marchado con los otros?

—Porque yo no he hecho nada y no he querido abandonar a mi madre, es muy vieja.

—Ya, ya, -murmuró el abogado. Y se dirigió a su adlátere-. ¿Quieres preguntarle algo?

El lechero, que ni siquiera se había sentado tras la mesa de pino hizo un gesto desdeñoso como diciendo: “¿Para qué?”

—¡Lléváoslo!

—¿No me pasará nada verdad señor?

—¡Camarada! -corrigió el abogado de Zaragoza, pero el hombre del Sur sabía por atavismo que no había para él y los suyos más que una palabra para designar a “los otros”.

—Señor, -volvió a insistir con desesperación-. Tengo una madre vieja que me espera.

—¡Lléváoslo!

La sentencia la acababa de ejecutar el sargento de la Benemérita con cara de padre de familia numerosa a media cuesta del cementerio

de los marginados. El cuerpo lo estaban metiendo precipitadamente en un hoyo en un lugar donde no había mármoles ni cruces.

—¿Quién pensó en la anciana madre de Angel García?

Quizá entonces empezaba la alegría del pobre trabajador de la Papelera Española.

La bajada se hizo precipitadamente. No hacía frío ni calor. A unos les esperaban novias de ocasión, a otros la taberna y su vino. A Rómulo Piñol y a mí, no.

Yo era un chiquillo porque además de los pocos años era un fantástico idealista. Piñol era estudiante de cura.

—Rómulo, cada vez entiendo menos todo esto -comenté preocupado.

—No hables tan fuerte. ¿Qué es lo que no entiendes?

—Estas y otras muertes.

—Estamos en guerra.

—Pero, ¡hay cosas! -proseguí con desesperación-. Se supone que nosotros somos los buenos, que luchamos por Dios, por la Patria, por todo lo bello y sagrado.

—Y que: ¿no es cierto? Yo al menos sólo por estos ideales me he lanzado.

—El otro día vi que salían del Batzoky donde tenemos el cuartel un grupo de jovencitas a las que habían cortado el pelo al cero. Nuestros compañeros las escarnecían, la guardia de la puerta les rendía honores bufos. Alguna quiso taparse la cabeza con un pañuelo, hasta con las manos, pero aquellas bestias lo impidieron con brutalidad. ¡Había que gozar aquella vergüenza! Ningún mando se opuso a aquella salvajada. Las chicas fueron traídas y llevadas entre carcajadas hasta que las dejaron ir. ¡Que coraje! Duró bastante el alboroto. Ningún jefe se opuso.

—No te lo tomes tan a pecho. Quizás creyeron que debían dejar que los muchachos se expansionaran o se desahogaran.

—Lo mismo dijo Maura, cuando la quema de los conventos que no quiso impedir con la fuerza pública. El pueblo tenía que expansionarse. ¡Y hay que oír lo que le han criticado!

—Algunas de estas chicas que han despertado tanta compasión en tí, podían ser verdaderas harpías.

—Mira Rómulo, si hay que castigar, se castiga, pero dignamente y con justicia, pero este trato indigno e inhumano de unas chicas tan sólo por haber sido “emacumes” o algo parecido... quiero decir por haber pertenecido a asociaciones nacionalistas que en la mayor parte de los casos no eran más que Clubs donde las muchachas se reunían, para cantar y hacer excursiones... Me ha dicho Fabregat que estas las habían localizado por fotografías de fiestas y reuniones sacados de los archivos.

—Pues, tuvieron suerte estas muchachas -dijo Rómulo con voz sombría-. Por algo parecido vi fusilar no hace muchos días un grupo de chicas atadas todas ellas a una misma cuerda en la entrada del cementerio de Hernani.

—¡Qué horror! ¿Es posible?

—Fue espantoso -comentó Rómulo turbado-. Hasta que nada se movió en aquel montón informe de cuerpos, los requetés siguieron disparando como energúmenos. ¡Oh, Dios, cómo chillaban aquellas mujeres! Creo que toda la vida sentiré dentro de mí el escalofrío de aquellos chillidos.

No quiero seguir con recuerdos personales porque se me revuelve el estómago.

Por de pronto en los primeros tiempos no se hacían prisioneros. Todo el que caía del Norte se organizaron los batallones de prisioneros «gudaris» para -dedicarlos a trabajos de fortificaciones.

Así fue fusilado en la pared de su iglesia de Berriátua el cura. por haber sido sorprendido vestido de paisano viniendo, al parecer, de las líneas enemigas. Se dijo que era un espía.

Igualmente el conductor ya ciego por los disparos y sus dos acompañantes que fueron «cazados» en una trampa en la carretera de Bidania cuando se dirigían hacia Alegría en un artefacto cubierto de pesadas planchas metálicas montadas en Bilbao y a los que entonces pomposamente se les llamaba blindados:

Por pelos se libró de la muerte un cabo de la guardia civil que también en las inmediaciones de Bidania quiso al parecer pasarse pero no

se le reconocieron estas intenciones y que a pesar de sus protestas de ¡Coño, que soy de los vuestros! Se lo iban a cargar un grupo de requetés, pero cuando le arrancaron la chaqueta llevándolo a empujones hacia un margen se dieron cuenta de que en el interior de la misma llevaba cosidas un arsenal de medallas y escapularios como un carlista de pura cepa.

—¡Cojones, pues es cierto que este tío es de los nuestros!

Abrazos, plácemes; bota de vino y aquí no ha pasado nada.

Pero por un pelo de rana que no se va al otro barrio como tantos otros que en la duda fueron enviados camino de los luceros...

Si empezara no acabaría. Si bien los que me han quedado más grabados fueron hechos presenciados en los primeros tiempos, luego uno se endurece como los médicos. También viví el caso de unos estudiantes para franciscanos, procedentes del colegio de Lecaroz, que eran clérigos pero aún no habían cantada misa, que en el Cuartel de América de Pamplona fueron condenados a muerte por un tribunal militar por haberse declarado nacionalistas católicos y protestado porque se les llamara rojos y comunistas. Por miedo de que el Obispo de Pamplona interviniera en su favor y los amparara con el fuero eclesiástico como había sucedido en otras ocasiones, los jóvenes franciscanos fueron sacados de noche del cuartel montados en un camión cerrado y conducidos a Salamanca donde pasaron a la jurisdicción del cardenal Pla i Daniel, que los entregó, como la Inquisición de otros tiempos, al brazo secular...

Muchos nombres vienen a mi mente ya de tiempos más avanzados que cada uno recuerda cruentas degollinas: Acedera, Castuera, Villanueva de la Serena, Orellana la Vieja, Campanario, Don Benito... pero es mejor no menearlo.

Lo cierto es que el terror blanco fue feroz y sanguinario pero gozó desde el primer momento de una especie de bula y de una condescendencia y buena prensa que le procuró la propaganda franquista, el manto protector de la Iglesia y los intereses de clase que siempre han sido más fuertes que todas las patrias y todos los ideales. Y si no que se lo digan a Cambó.

UNA CARTA DE HEMINGWAY

Hay una carta escrita por Hemingway para la cadena de periódicos norteamericana NANA que toca con mano maestra el tema de esa tendencia a calumniar la actuación de la República disimulando la de Franco que indujo a error a muchas gentes que sólo apreciaban el orden externo y los pontificales religiosos. Algo parecido a lo que sucede hoy con Pinochet.

Transcribimos.

A la caída de la tarde de un día de abril del pasado año, me encontré en el hotel Florida de Madrid con un compatriota periodista, que había llegado de Valencia la noche anterior y estuvo todo el día escribiendo un artículo en su habitación. Tenía buena estatura y tiernos y húmedos ojos, y desfiguraba la calva con sus rubios aladares cuidadosamente alisados con fijador.

—¿Qué le parece Madrid? -le pregunté.

—Aquí domina el terror -contestó el periodista-. Por doquiera se ven indicios de él. Los cadáveres aparecen a millares.

—¿Cuándo llegó?

—Anoche.

—¿Dónde los ha visto?

—Aparecen en cualquier parte --contestó él-. Se pueden ver por la mañana temprano.

—¿Ha salido usted esta mañana?

—No.

—¿Ha visto un cadáver siquiera?

—Tampoco. Sin embargo, tengo noticias de que se hallan a montones.

—¿Qué indicios de violencia ha visto?

—¡Usted no va a negar que los hay!

—Pero ¿los ha visto usted?

—No, no he tenido tiempo para ello. Aunque lo sé con toda seguridad. Le dije:

—Llegó anoche y, sin haber visto la ciudad nos dice a los que llevamos tiempo trabajando aquí que se cometen actos de violencia.

No pretenda desmentir la presencia del terror -repuso el periodista- sus indicios pueden verse en cualquier sitio.

Creí entender que usted no los había visto por sí mismo.

—Se ven en todas partes, respondió él.

Le dije que unos seis corresponsales trabajamos en Madrid y que nuestro cometido era descubrir todo acto de violencia e informar de él. Que yo tenía amigos de antes de la guerra en la Dirección General de Seguridad y por ellos sabía de tres acusados de espionaje y condenados a muerte por fusilamiento durante aquel mes que me habían invitado a presenciar una ejecución, pero no pude asistir por que me hallaba en el frente y tuve que esperar cuatro semanas para poder presenciar otra y que los llamados «incontrolados» habían fusilado a muchas personas los primeros días del Movimiento, pero que Madrid llevaba ya unos meses de orden y tranquilidad como cualquier otra capital europea. Todos los ejecutados o «paseados» habían sido trasladados al depósito de cadáveres, lo cual podía comprobar lo mismo que todos los periodistas lo habían hecho.

—No pretenda desmentir la presencia del terror, repitió el periodista en cuestión. Usted sabe bien que se cometen actos de violencia.

Como se trataba de un corresponsal de un periódico importante y respetable y con el objeto de no cometer un acto de violencia, no le solté un puñetazo al tipo aquel que me parece que gastaba lentes, si bien no puedo asegurarlo. Además el encuentro había tenido lugar en el alojamiento de una periodista norteamericana.

Esta se disponía a salir para Estados Unidos, y él le entregó un sobre cerrado aquel mismo día para que lo llevase. Estas cosas no se deben sacar de un país en guerra, ni encomendar a una persona que lo haga. Pero ese intrépido colega aseguró a la joven periodista que el sobre contenía sólo la copia de una crónica del frente de Teruel que había mecanografiado y hecho revisar por censura; la enviaba como duplicado a la redacción de su periódico para asegurar la llegada a su destinatario.

A1 día siguiente, la periodista me habló del sobre en cuestión. Le pregunté:

—¿Se lo entregó cerrado?

—Sí.

—Permítame que lo lleve a la censura por usted; no vaya a ser que luego se vea envuelta en un compromiso.

—¿Por qué? El sobre contiene una copia de la crónica mecanografiada y revisada por censura.

—¿Se lo ha mostrado a usted?

—No; me lo ha dicho.

Nunca confie en un hombre que disimula su calva con los aladares alisados con fijador le advertí.

—¿Cómo no confiar en él cuando los nazis ofrecen veinte mil libras esterlinas por su cabeza? -respondió la periodista-. Esto quiere decir que se trata de una persona de confianza.

Pero en la censura resultó que la referida hoja de la supuesta crónica del frente de Teruel era un artículo que empezaba de esta manera: «Madrid está dominado por el terror. Millares de cadáveres son hallados... »

Esto ponía en evidencia a los honestos corresponsales extranjeros acreditados en Madrid. Y lo malo era que aquel tipo lo había escrito recién llegado a la capital y sin moverse del hotel. Y lo peor es que a la joven periodista la hubieran podido condenar por espía, según la ley en el tiempo de guerra, si lo encuentran entre sus papeles en la Aduana.

Aquella noche conté lo sucedido a un grupo de maduros, juiciosos y apolíticos corresponsales extranjeros reunidos en un restaurante de la Gran Vía; estos hombres arriesgaban diariamente su vida buscando información y habían desmentido públicamente la existencia del terror en la capital de España desde el momento en que el Gobierno se hizo dueño de la situación e impuso su autoridad.

Hasta aquí la carta de Hemingway.

Ya que hemos tocado el tema de Madrid quizá convenga recordar que de mucha «violencia extra» que en Madrid se produjo, tiene la cul-

pa el General Mola, que al hablar por radio había vaticinado más de una vez que Madrid caería no tanto por la acción de las cuatro columnas militares que lo tenían cercado como por la acción de la «quinta columna» de fascistas que dentro del recinto urbano se encargaba de minar la moral del combatiente y que en un momento oportuno se lanzaría a la calle en ayuda de los atacantes.

Las palabras del general habían exacerbado los ánimos de tal manera que por todas partes se veían quintacolumnistas y muchos deben a la ligereza de Mola la muerte que padecieron.

Como colofón a estos apuntes sobre el terror en España durante la guerra civil y sus responsables, me parece definitivo traer a colación lo que Ramón Garriga escribe en el prólogo del tomo I de su obra *La España de Franco*.

«Fue en este período cuando logré aclarar un punto que siempre he considerado de una gran importancia: las penas de muerte y las ejecuciones llevadas a cabo en España.

Stalin tenía a Beria para ejecutar esta labor inhumana. Himler fue el verdugo de Hitler. En mis tiempos de Salamanca y Burgos pasaron por mis manos varias órdenes enviadas por el cuartel general del generalísimo en las que decía "por orden de S. E. difúndase en la prensa que han sido agarrotados los siguientes criminales. Luego seguía una lista de unos diez nombres.

Un colaborador de Franco en aquella época me contó que éste se reservaba la tarea de revisar las condenas y señalar cuales eran los reos que debían ser indultados o ejecutados. Cualquier momento era apropiado para esta labor. A veces lo hacía mientras en automóvil se dirigía a los frentes de batalla. No necesitaba enterarse de todo el expediente para tomar una decisión. Bastaba generalmente la simple lectura de un resumen que acompañaba cada asunto. En ciertas ocasiones se detenía en el examen de algunos casos y cuando consideraba que el condenado había sobrepasado ciertos límites de delincuencia, daba salida a su enojo escribiendo de su puño y letra "Garrote y Prensa". No sólo hacía las funciones de Himler, sino por sí mismo las del doctor Goebels. . . »

«Habéis puesto el destino de la Patria en mis manos y yo os aseguro que mi pulso no temblará.»

Pero ¡cuántos temblaron y sucumbieron desde el momento que vos mi general decidisteis ser el Destino de España.

ASESINATOS Y ATROCIDADES COMETIDOS EN LA ZONA NACIONAL

Entre los muchos libros testimoniales de las violencias, atropellos y atrocidades cometidas por los llamados hombres de derechas, apenas estalló el alzamiento militar, contra los proletarios por el mero hecho de ser tales o tener mentalidad izquierdista, destaca por su veracidad y sencillez el libro DOY FE escrito por el secretario judicial de Burgos, capital en aquel tiempo de la España sublevada. En este libro que H. Thomas no desdeña citar repetidas veces en su HISTORIA DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA, Vilaplana aporta hechos contundentes con seriedad notarial y con la garantía de sumario judicial.

Antonio Ruiz Vilaplana fue Secretario Judicial de profesión, es destinado a Burgos unos meses antes del Alzamiento militar y se encuentra con un ambiente enrarecido casi medieval en el que cuatro años de República no habían hecho mella. En realidad ni se habían enterado del cambio de régimen. El Obispo sigue siendo el centro y el árbitro de aquella comunidad. La Cooperativa Católica sigue explotando con usura al pobre labriego castellano que subsiste de milagro, y en los militares, aristocracia de la ciudad, hay un mal disimulado ambiente de subversión. Llega el 17 y luego el 18 de julio y todo cambia. La quietud llena de miasmas de la gran cloaca, se estremece y la podredumbre de su ciénaga pestilente, que la hipocresía disimulaba, crea poderes y pasiones desatadas. La violencia, el crimen, el asesinato, es el lúgubre fondo de las marchas militares y de los Tedeums Pontificales. El autor en diligencias judiciales propias de su profesión, ha de ser testigo de crímenes horrendos, desmanes increíbles y acciones abominables que hielan la sangre.

Extractamos a continuación y citamos diversos textos de Ruiz Vilaplana sobre el tema de las injusticias y atrocidades de toda índole dando un título suplementario a cada materia.

Habla Vilaplana:

Por toda la zona nacionalista el movimiento militar adquirió un tinte de ferocidad indescriptible.

Mientras muchos falangistas y los fanáticos navarros acudían de buena fe a la guerra en los frentes, las fuerzas reaccionarias, dueñas por el golpe de estado de las ciudades y de los pueblos, iniciaron la trágica etapa represiva.

En Burgos, al día siguiente de la proclamación del estado de guerra, fueron detenidos y fusilados después, todos los directivos de las Organizaciones y Casas del Pueblo, tanto de la capital como de los pueblos, aún de los más modestos. Esta persecución alcanzaba, no solamente a los ejercientes en los cargos, sino a todos aquellos que habían desempeñado los puestos en épocas anteriores; se hizo una rebusca de archivos y ficheros y todos los afiliados y aún meros cotizantes eran detenidos y juzgada su actuación entre la pasión y fiebre política dominantes.

Algunos, escasos, pudieron escapar de sus domicilios, escondiéndose en lugares extraños y a veces inverosímiles, por su ingenuidad.

Recuerdo, por ejemplo, el caso de Quintana, exsargento y expresidente de la Casa del pueblo de la capital, cargo representativo que aceptó por compromiso, pues no fue nunca hombre de acción. Este individuo, alocado al ver caer frente a su casa, acribillado a balazos, un mendigo que no contestó con rapidez al saludo de «viva España», huyó de su casa y cometió la inocencia de esconderse en la vivienda de su madre, contigua, y que por ser suficientemente conocida, fue prontamente registrada; de allí fue sacado a empellones, unos días después, por la guardia civil, entre los gritos y lamentos de la vieja.

—¡Es Quintana!— gritaban los aprehensores, llevándole, conducido por la población—. Estaba escondido debajo de la cama.

Y la gente reía el miedo de aquel pobre hombre que buscó el refugio materno, más por ansia infantil de cobijo que por seguridad de evasión.

Quintana, una vez obtenidas de él las declaraciones convenientes, fue fusilado. Y pocos días después, en actos de mi cargo, tenía yo que visitar la mísera casa de la anciana madre, de la que oí el relato anterior.

El secretario de grupo político de Izquierda Republicana, un tal Plácido, muchacho fuerte y optimista, que tenía su casa contigua a la habitación del hotel que yo ocupaba, y que unos días antes discutía conmigo sucesos sin importancia de la provincia, huyó también, alojado al conocer algunos casos como el referido.

Escondido en el depósito de paja de los sementales del Ejército, frente a un cuartel de caballería, camino de Miraflores, pasó varios días sin comer. Era tal el terror dominante, que aun conociendo su familia el escondite, no se aventuraba a hacerle llegar alimento alguno.

A1 cabo de una semana, desfallecido, con angustias de muerte en el rostro, sucio y cadavérico por el hambre y el terror, se entregó al centinela de guardia:

—Matadme —dijo—, pero no puedo resistir más.

Conducido seguidamente al Penal, aquel muchacho que no había cometido otro delito que su ideal izquierdista, fue también fusilado.

Sus pobres hijos, cuatro criaturas vivarachas, me recordaban constantemente, con sus juegos y voces, junto al balcón de mi cuarto, la tragedia aquella.

Villadiego, Aranda de Duero, Castrojeriz, y sobre todo Miranda de Ebro, ciudad de fuerte contingente ferroviario, se distinguieron sobremanera en la acción de limpieza social y represiva.

Bastaba una denuncia, una sospecha de los comités o jefes actuantes, para que el interesado, sin información de causa alguna fuera pasado por las armas; a veces eran fusilados cuatro o cinco juntos, pero la mayoría de las ejecuciones eran individuales. Su forma no ofrecía diferenciación alguna, como pudimos comprobar comparando las de diversos lugares de la provincia; a cualquier hora, pero con más frecuencia de noche, se presentaban en el domicilio del designado unos cuantos

individuos armados y entre las lágrimas y protestas familiares, que a veces el propio terror ahogaba, era arrancado y llevado al campo; a la mañana siguiente, nosotros, o el juzgado correspondiente por jurisdicción, recogían el cadáver en actuación rutinaria y forzosa. Solían aparecer siempre con las mismas heridas: seis o siete balazos de maüser y dos o tres tiros en el ojo y sien.

Uno de los primeros que nos hizo actuar, y que se halló junto al cementerio de Burgos, era el cadáver de un pobre campesino de Sasamón; apareció junto a una morena de trigo, montón formado por los recolectores para facilitar el transporte del grano. Era un hombre relativamente joven, fuerte, moreno, vestido pobremente, y cuya cara estaba horriblemente desfigurada por los balazos.

Como ocurría siempre, nadie se atrevía a identificarle; solamente en uno de los bolsillos hallamos un papel rugoso y sucio, en el que escrito a lápiz, torpemente, y con faltas ortográficas, se leía:

«Abisa a todos los compañeros y marchar pronto, nos dan de palos brutalmente y nos matan, como lo ben perdío no quieren sino la barbaridá.»

Unido al sumario correspondiente al hallazgo quedó este aviso emocionante, cuya certeza pronto había de comprobar el desgraciado, pues el forense apreció, además de las heridas mortales, un apaleamiento grande, «que había quebrantado el cuerpo». El alcalde de un pueblo cercano, que visitaba el juzgado con frecuencia, apareció así como sus dos hijos, de doce y quince años, a seis kilómetros de Burgos, en la carretera de Santander, pero no en la propia cuneta como era corriente, sino algo internados, y en la senda que conduce a un antiguo y abandonado convento.

La policía, avisada de los hallazgos por el párroco de otro pueblo cercano, nos envió el atestado y, como de costumbre, nos trasladamos al lugar «de autos».

Apenas llegamos al sitio, un olor intensísimo y repelente nos obligó a detenernos; avanzamos al fin y hallamos los tres cuerpos yacentes; indudablemente, no habían sido muertos aquel día sino el anterior pues

la descomposición era avanzada y una pequeña loma cercana los había tenido ocultos desde la carretera.

En grupo trágico, dos muchachos, casi dos niños, yacían aparentemente abrazados; el forense apreció en ellos también señales de apaleamiento. Un poco separado de ellos, el cadáver del padre, horriblemente mutilado y deshecho a golpes y machetazos, impresionaba fuertemente, pues por la colocación de los cuerpos se apreciaba que el desventurado debió presenciar, antes de su tortura y muerte, la de sus dos hijos.

El alguacil, impresionado, pero ya acostumbrado a aquello, me dijo:

—Estos eran sus dos hijos pequeños, que ya le ayudaban en la alcaldía. El mayor, que lo tenía de secretario, es el que levantamos anteayer en el camino de Frandosvinez. ¿No recuerda usted?...

El día 17 de septiembre, cerca de la fábrica de sedas, fuimos a levantar el cadáver de uno de sus capataces. Era hermano de uno de los escribientes de la Audiencia y persona muy conocida en la ciudad.

Apareció con las manos esposadas, maltratado también fuertemente, y en sus bolsillos todavía conservaba el tenedor y cuchara de aluminio del Penal, donde estaba detenido, y del que fue arrancado para el fusilamiento.

Era tal el terror que existía en la zona, que el propio hermano no se atrevió a reconocerlo oficialmente en el sumario, aun impidiéndose con ello el que la viuda recogiera los fondos sobrantes, pero temían los familiares que al reconocerlo o realizar alguna gestión sobre aquello, se ejercieran también sobre ellos represalias.

Los sumarios por «Hallazgo de cadáveres desconocidos» aumentaban sin cesar, no solamente en nuestro juzgado sino en todos los de la región, siendo ello una de las preocupaciones que todos los profesionales teníamos, y que en conversaciones con compañeros, comentábamos, hipócrita y miedosa, pero amargamente.

Recuerdo que un día, hallándome trabajando en el Juzgado, se presentó el juez de un partido cercano.

Este juez, hombre impulsivo, pero de buen fondo, venía acompañado de un oficial de la guardia civil.

—Compañero -me dijo-: quiero pedirle un favor, y es que me despache pronto este exhorto.

—¿Y lo trae usted mismo? —le dije extrañado, ya que solían enviarlos por correo.

—Es que nos corre mucha prisa —dijo el acompañante.

La intervención de este personaje me puso en guardia y examiné detenidamente el despacho. No tenía defecto alguno; en él el juez ordenaba la libertad inmediata de diez y ocho detenidos en el Penal y nosotros no teníamos que hacer sino comunicar a los interesados tal libertad, ya que el sumario no era seguido por nuestro juzgado.

Yo sabía que aquellos individuos habían sido detenidos por sus ideas extremistas, antes del movimiento, y aquella prisa en decretar y obtener su libertad no pudo menos que extrañarme en aquellos momentos.

No obstante nosotros nos limitamos a cumplir lo ordenado y acompañé al Penal a los portadores del exhorto, para notificar a los detenidos su libertad.

La conversación del oficial con el director del Penal me aclaró el enigma.

—Estos pájaros -le decía- nos los llevamos ahora mismo; tengo fuera ya la camioneta.

—¿Buena redada, eh? -concluyó el director.

Comprendí perfectamente el fin que esperaba a aquellos desventurados y el interés en obtener su libertad, pero yo había de cumplir lo ordenado.

Aquellos pobres hombres que iban pasando por el despacho mío para firmar la notificación de su libertad eran, a la salida, esposados y conducidos al camión. No pude resistir toda la escena y rogué a mi habilitado que terminara aquello.

En unión del juez portador del exhorto me encaminé hacia la población.

—¡Es horrible! -se atrevió a decir, rompiendo el silencio prolongado-. En un partido como el mío, donde jamás ha habido nada ni ha ocurrido nada en absoluto, ¡y van ya más de seiscientos! ...

Callé, no sabiendo qué contestarle.

—Y ya no se conforman con los que había allí sino que buscan, sacan de los penales a los que estaban detenidos, como estos pobres, y se los llevan también. Yo tenía a éstos sin ponerles en libertad porque sabía el fin que les esperaba en cuanto salieran, pero ha ido a verme este oficial y no he podido resistirme más. Cualquiera se opone; ¡se juega uno la vida!

Yo sentía una impresión de tristeza y desconsuelo que me impedían contestarle.

—No he tenido más remedio que hacerlo -se disculpó el pobre muchacho-. Pero esto no lo resisto; mañana pido una licencia y cuando venga me traslado o me voy al frente. Todo menos esto... ¡Qué lástima de movimiento! ¡Quién iba a pensar que iba a ser esto! ... Ahora, estos pobres desgraciados, que no han hecho nada, ¡nada! -repetía excitado-. ¡Si yo no encontraba motivo ni siquiera para procesarles! ¡Si los tenía aquí para salvarles la vida! ... y ahora, dentro de poco, estarán todos en la zanja.

Y ante mi insensibilidad ya estudiada, me explicó que en el pueblo aquel habían abierto una zanja inmensa en los alrededores, donde eran ejecutados y recibían sepultura los detenidos...

—¡Menos mal! -añadió amargamente-. Con ello nos evitamos los hallazgos de cadáveres. ¡En la primeros días era algo espantoso! ...

Un día se presentó en el Juzgado una pobre mujer harapienta y desgreñada. Daba unas voces angustiosas y entre el alguacil y otro pudieron lograr que se retirara, llevándola casi a viva fuerza.

—¿Quién era? -pregunté.

—¡Nada! -me dijeron-. La mujer del «Zapaterín», aquel que encontramos junto al Crematorio. ¿No se acuerda usted?

Ya lo creo que me acordaba. El «Zapaterín», famoso en Burgos, era un pobre vejete que ejercía mal y estrechamente su oficio antiguo de remendón que tenía ya, según pude informarme al llegar yo Burgos, sesenta y siete años.

Alguien, con esa burla agresiva de los pueblos, me lo presentó en el juzgado, irónicamente, como el «presentante» de Largo Caballero en Burgos.

Cambié con él algunas palabras y me produjo tan penosa impresión, pues la senectud había debilitado indudablemente su cerebro, que gestioné, en unión de un amigo y persona de influencia allí, su ingreso en un asilo.

Encontramos dificultades, pues tenía mala fama. Indudablemente, en la juventud, y acaso durante mucho tiempo en su vida, había sido anarquista y quizá elemento de acción, pero la vejez y la enfermedad habían apagado aquellos fuegos y no quedaba en él más que un desvarío senil gesticulante y unas aprendidas frases que intentaban ser subversivas, pero que, en su boca, resultaban grotescas.

Sus recursos eran cada vez más escasos; la gente, sobre todo las mujeres -aun algunas de posición y, al parecer, de criterio- le tenían declarado el “boycot” al pobre viejo.

Casi teníamos conseguido su ingreso en un asilo cuando ocurrió el movimiento militar.

Yo no me acordaba apenas de aquel pobre anciano, pero mi amigo, con un interés y solicitud verdaderamente loables, me acuciaba para activar dicho trámite de ingreso, pues temía que fuera detenido.

—¡Pero hombre! -le decía yo siempre-. ¡Quién se va a meter con ese sexagenario inofensivo! ...

—Usted no conoce esto -me repetía.

Tanto insistió que acordamos visitar un día a un personaje falangista, influyente de la situación, para activar el trámite de ingreso, y, al mismo tiempo interceder para la seguridad de aquel pobre hombre.

El requerido nos atendió cordialmente y ciertamente se interesó para que el «Zapaterín» no sufriera persecución alguna.

Creíamos cumplida nuestra misión y tranquilizada nuestra conciencia, cuando a los quince días escasamente y en fecha que no se me olvidará jamás -el nueve de octubre de 1936-, entre unos cadáveres que aparecieron enterrados y cuya exhumación se realizó, reconocimos todos al pobre «Zapaterín».

Me consta que aquello ocasionó varias destituciones y medidas al conocer el jefe a quien habíamos visitado, el suceso, pero el pobre «Zapaterín», el peligroso y sexagenario anarquista, murió como jamás hubiera sospechado: mártir de su ideal.

El veinticuatro de noviembre, a las diez de la mañana, se recibía un aviso en el Juzgado: dos cadáveres en el Campo de Instrucción.

Tal campo es una vasta explanada situada a tres kilómetros de la ciudad y donde se practican los ejercicios de tiro y también los fusilamientos «oficiales».

Cuando nos disponíamos a trasladarnos al sitio prevenido se presentó en el Juzgado el teniente coronel, juez instructor de la Quinta División, con un encargo reservado.

Venía a hablar de aquéllo; habían aparecido en el Campo el cadáver de un guardaferro de la Compañía Santander-Mediterráneo, afiliado al partido socialista, y el de su hija, una muchacha cuya belleza tenía fama en la vecindad. La muchacha había sido violada por los ejecutores y era conveniente no dar publicidad a aquello, pues siendo muy conocida la familia, sería de mal efecto.

Aquel hombre tuvo frases de condenación para los bárbaros autores del hecho, pero exigía en bien del «glorioso movimiento nacional» que aquel asunto pasara a la jurisdicción de Guerra y que no trascendiera al público.

No por tal petición, sino porque legalmente correspondía a la autoridad militar tal sumario, nos inhibimos en su favor y, posteriormente, pudimos saber que la única diligencia realizada había sido el entierro secreto de las víctimas y que no se realizó pesquisa ni actuación alguna.

Aquella actuación nuestra era ya insoportable. Los sumarios por «hallazgo de cadáveres desconocidos» aumentaban sin cesar y nuestra intervención formularia y coaccionada, sin actuación ni investigación alguna, resultaba ridícula y humillante.

Fuimos en queja, respetuosamente, a una conocida persona influyente en el movimiento.

—Es que estamos limpiando la retaguardia -nos dijo-. Claro que no puede evitarse algún exceso. De todos modos eso que me cuentan ustedes, ¡caramba!, es muy fuerte y no podemos seguir así. Eso tiene que terminar. Desde mañana procuraré que se hagan las cosas de otro modo y, sobre todo, ¡caramba!, que los entierren siempre y bien. Es preciso acabar con eso de los hallazgos.

Al despedirnos de aquel personaje tuvimos que sonreír y estrechar «respetuosamente» la mano que nos tendía...

* * *

Y acabado este capítulo, transcribimos a continuación, sin comentarios, fragmentos de un poema político de Pablo Neruda, que lleva por título «El General Franco en los Infiernos»:

Maldito, que sólo lo humano
te persiga, que dentro del absoluto fuego de las cosas,
no te consumas, que no te pierdas
en la escala del tiempo, y que no te taladre el vidrio ardiente ni la
feroz espuma.

Sólo, sólo, para las lágrimas
todas reunidas, para una eternidad de manos muertas
y ojos podridos, solo en una cueva
de tu infierno, comiendo silencioso pus y sangre
por una eternidad maldita y sola.

No mereces dormir
aunque sea clavados de alfileres los ojos: debes estar
despierto, General, despierto eternamente
entre la podredumbre de las recién paridas,
ametralladas en Otoño. Todos, todos los tristes niños
descuartizados,
tiesos, están colgados, esperando en tu infierno
ese día de fiesta fría: tu llegada.

* * *

LIMPIEZA EN LA RETAGUARDIA

Así continúa el señor Ruiz Vilaplana su relato:

Después de una noche de intranquilidad -esas noches de Burgos de entonces, en tinieblas, pobladas de himnos chillones y claxons roncoss-, la voz del alguacil, que nervioso golpeaba mi puerta, me despertó sobresaltado.

—Don Antonio... Levántese, que tenemos otros siete «fiambres».

Me incorporé adormilado y respondí maquinalmente:

—Espéreme en casa del juez, que me arreglo en seguida.

El alguacil marchó lentamente y aún se oían sus recias pisadas cuando empecé a vestirme nerviosamente.

¡Siete «fiambres» más! Las crudas palabras resonaban aún en mis oídos; llevábamos así veinte, cuarenta... (no sabía ya cuántos) días, pues había perdido ya la cuenta de aquel periodo de pesadilla.

Cuando llegué a casa del juez me esperaban en el portal, junto al coche del juzgado, el alguacil y dos personas más. Una de ellas era un oficial de la Guardia civil, jefe de un puesto cercano y famoso en toda la línea por su «tacto e inteligencia de mando».

Comprendí, al oírle, que había habido actuación aquella noche y que venía a servir de guía y orientación en la expedición obligada. Por algo imponderable e indefinido, aquel individuo, con quien crucé apenas la palabra en ocasiones aisladas, me tenía poca simpatía, y por esta razón no quise hacer pregunta alguna sobre el hecho que nos reunía.

La otra persona que esperaba mi llegada era un tipo notable y digno de estudio. Aprovechándose de la amistad relativa que le unía con el juez, y con gran descontento de éste, valíase de ella para asistir a todos los hallazgos de cadáveres y demás actos análogos. Era un hombre de avanzada edad, seco, cetrino y vestido siempre de luto riguroso que entonaba perfectamente con los cuadros a que asistía.

Me saludó deferentemente y explicó que habiéndose levantado, como de costumbre, para asistir a misa, había visto el coche del juzgado y al alguacil, y como tenía algún tiempo todavía, nos acompañaría, si no nos causaba mucha molestia.

En términos de gran regocijo comentó que, por lo visto, «hoy se trataba de peces gordos».

Nos acondicionamos todos con estrechez en el coche oficial y tomando la carretera de Valladolid pasamos el fiolato, deteniéndonos al

final de una subida algo pronunciada; allí nos internamos en una vereda y llegamos a un pequeño altozano en el que la presencia de varios números de la guardia civil y de las brigadas del depósito funerario indicaban que era el sitio de autos.

El oficial, perfecto conocedor del sitio, nos dirigió a un sembradillo y en una zanja cercana, que aparecía recientemente removida, ordenó excavar a los empleados del depósito.

Lejana, la silueta del Penal se destacaba en el horizonte; entre el silencio sepulcral de los reunidos, las paletadas de los obreros chirriaban al tropezar con las piedras del terreno.

Uno tras otro, terriblemente desfigurados por las heridas y la inhumación, alguno con destrozos causados por los paletazos, se extrajeron siete cadáveres, que se colocaron en fila, ante nosotros. Se reconoció en seguida a todos ellos: el coronel Mena, primer jefe de la guardia civil; el teniente coronel de caballería Rubio Saracibar; dos industriales de Burgos, «El Riojano» y Abad, agente comercial y concesionario de conservas; el capitán Marín, de la guardia civil, y dos obreros del directo Madrid-Burgos.

De las explicaciones dedujimos que el coronel había sido ejecutado por haber obedecido las órdenes del gobierno de Madrid y enviado allí ciertos presos, entre ellos el general González Lara; el teniente coronel y el capitán Marín, cuya aparición nos emocionó sobremanera, por haber trabajado frecuentemente en el juzgado, fueron fusilados por haber acompañado a los mencionados presos; los dos industriales, por pertenecer al Socorro Rojo Internacional, “del que cobraban mil duros mensuales”, y los obreros, por... no ser «trigo limpio», frase cuyo alcance no comprendí, pero que debía ser definitiva, por los asentimientos que mereció, singularmente por parte del acompañante enlutado.

Los siete desventurados cuyos cadáveres teníamos delante, habían sido sacados del Penal aquella noche, simulando un traslado de prisión, y llevados allí, donde se les hizo saber que no iban trasladados sino que iban a ser pasados por las armas.

Todos se mantuvieron serenos a excepción de uno de los industriales que lloraba y gemía, jurando que él era inocente y que no había hecho nada.

—¡Claro! ¿Qué iba a decir, el muy canalla?... -comentó el enlutado.

El coronel Mena, republicano, antes de morir, se quitó una sortija y encargó a uno de los ejecutores que se la entregara a su hija, rogándole que la consolase en lo posible, pues la pobre no sabía nada.

—Como se perdió mucho tiempo en estas y otras «ternezas» -dijo alguien-, se hizo de día y hubo que apresurar la cosa, enterrándoles malamente.

—Las prisas nunca son buenas -dijo otro-. Así, se quedaron casi a flor de tierra, y esta mañana se conoce que algún perro ha escarbado y unos pastores han visto, al pasar, la mano de uno, avisando al puesto y al juzgado.

—Esto no puede ser, continuó; hay que hacer las cosas bien; porque, además, se molesta a estos señores sin necesidad.

A pesar de que todos sabían perfectamente quiénes eran los aparecidos, nadie osó reconocerles oficialmente, y tanto en el cementerio -al que fueron trasladados los cadáveres- como en los folios sumariales, rezó la repetida y fatídica inscripción:

Siete cadáveres desconocidos.

Hallados en el altozano junto al km. 102 de la carretera de Valladolid.

Cuando, cumplido nuestro deber (!) regresábamos a la ciudad, uno del grupo se volvió para decir:

—Señor juez, no hemos terminado. Nos queda aún una “sardina” que ha aparecido esta mañana en el río, junto al Puente de Frandosvínéz.

Y celebrada la ocurrencia con risotada nerviosa.

Nos trasladamos todos al sitio expresado, sito también en nuestra jurisdicción, descendiendo junto al río, por la orilla izquierda, bajo uno de los arcos del Puente de Frandosvínéz.

Allí, en el ribazo encharcado, se hallaba «la sardina», un hombre tendido boca abajo, vestido correctamente de americana y pantalón marrón.

El alguacil movió el cuerpo exánime y quedó tendido hacia arriba; el rostro, manchado de sangre y barro, con las cuencas vacías y un globo ocular colgante, nos impresionó duramente.

El desgraciado tenía las manos atadas con fuerte ligadura y debió ser tanta la angustia de su agonía y el esfuerzo tan vivo en sus últimas convulsiones, que las muñecas se hallaban con graves heridas producidas por la cuerda hiriente.

Registrado, se le encontró en los bolsillos el tenedor y cuchara, reveladores de su procedencia del Penal, unos papeles impresos y una carta con un retrato.

El retrato, manchado de sangre y barro, era de una mujer joven que sostenía en sus brazos una niña delgadita y de mirada triste.

La carta estaba firmada por «Goyita», y en ella, aquella pobre mujer consolaba y daba esperanzas al desgraciado, hablándole de su pronta liberación «*ya que nunca has hecho nada*».

Al final, algo más emocionante crispó mis nervios: después de la firma aquella, una mano infantil había trazado torpemente:

«Papito mucos vesos y abrazos de tu Nenita.»

Un día, el 20 de agosto siguiente, volví a la Cartuja, pero volví con carácter oficial, con el Juzgado en pleno y para una actuación siniestra que jamás se borrará de mi memoria.

A primera hora de la mañana, y como ocurría casi todos los días, fue requerido el Juzgado de instrucción para levantar un cadáver. Uno más, de los muchos caídos en aquellos días sangrientos, pero el sitio donde apareció nos causó gran extrañeza en la Cartuja.

Con el corazón lleno de angustia pisé de nuevo el jardín del monasterio. En él, el padre procurador nos esperaba cordialmente. Tuvo, en particular para mí, una afectuosa acogida, quizá excesiva, pero que yo agradecí y valoré sinceramente. Mis ideas liberales, en aquellos días de pasión clerical frenética, aun en su moderación, podían serme fatales, y aquella posibilidad era percibida por el buen cartujo.

—Nos han avisado, padre, de que aquí hay un cadáver -dijo el juez.

—Efectivamente -respondió aquél-, pero no aquí sino en el bosque.

Hacia él dirijimos todos nuestros pasos, y conducidos por el guarda llegamos a una parte en que el muro, completamente derruido, permitía el libre acceso al interior. Allí, en una pequeña explanada, nos señala-

ron el sitio donde apareció sepultado. La tierra, ligeramente removida, descubrió un cuerpo exánime.

No se me olvidará nunca aquel cuadro. He levantado, en mi profesión, cientos de cadáveres, en accidentes de todas clases: destrozados por el tren, mutilados por una máquina, ahogados, acuchillados, pero en ninguna ocasión me he impresionado tan fuertemente como en esta exhumación realizada en el fondo sombrío del bosque cartujano.

Trabajosamente fue sacado de la fosa el cadáver. Enterrado desde hacia algunos días, un hedor insoportable, sospechoso para ser producido sólo por uno, hacía irrespirable la atmósfera.

Cubierto el descompuesto rostro por un pañuelo ensangrentado y con las ropas de un tinte terroso y sucio, aquel cuerpo desenterrado parecía, en mueca trágica, dirigirse a nosotros en demanda de justicia... Cubrían los pies unas negras botas de paño, que facilitaron después su identificación.

El médico forense, un viejecito bonachón y abnegado, lo examinó formulariamente. No ofrecía interés alguno; había sido, como todos, acribillado a balazos, y ostentaba también los vestigios de los consabidos tiros de gracia.

Consternados, presenciamos el traslado de aquellos despojos, cuando la voz indiscreta de un guarda resonó bruscamente:

—¡Hay más! ¡Hay más! Allí se ve otra mano... -y señalaba nerviosamente un lado de la fosa abierta.

—¡No! -exclamó alguien autoritariamente. -Aquí no se ven más.

—Hemos venido llamados solamente para un cadáver -ayudó otro.

Todos los presentes asintieron. El guarda, terco, torpe, insistía, pero pronto un compañero más listo, de un empujón le obligó a callar.

—Arreglad esto bien -dijo este segundo guarda- y cubridlo todo con piedras, apisonando, no sea que algún perro escape. Y guiño maliciosamente el ojo a su compañero.

Presenciamos la operación de cubrir la fosa abierta y terminado el trabajo nos alejamos lentamente.

Acompañados del padre procurador, que caminaba consternado a nuestro lado, el juez y yo, separándonos del grupo, le interrogamos nerviosamente.

—Era el capitán Ojeda -nos dijo aquél-, persona muy conocida en Burgos. Los demás no sé.

Y en un rincón del huerto, junto al pequeño cementerio, el cartujo, con acento de dolor y de indignación, nos refirió la historia:

—Hacía ya algunas noches llegaron varios hombres armados a la Cartuja; conducían unos cuantos presos; sin llamar en la puerta dieron la vuelta por el jardín, y por el muro derruido se internaron en el bosque. El jefe de la patrulla explicó al padre de turno lo ocurrido. Se trataba de una gente peligrosa, izquierdista y atea. El jefe creía con esta acusación captarse la simpatía del cartujo. Venía a que acudiera un padre para recibir confesión a los sentenciados a muerte. El padre no tuvo inconveniente, pero exigió que la petición de confesión partiera voluntariamente de los desgraciados y no asistir él a la ejecución.

El primero que cayó fue el capitán Ojeda. Era un oficial de reserva y que pertenecía a un partido de izquierda como simple afiliado. A presencia de todos ellos se cavó la fosa y se les hizo saber que podían confesar. Alguno accedió, pero el capitán se negó resueltamente.

—Si confiesas con este padre -le dijeron- te perdonamos la vida.

El capitán tuvo un instante de vacilación, pero entonces el cartujo exigió que se cumpliera la promesa en caso de acceder aquél. Como el jefe le dijera que no la cumplirían, sino que lo hacían para engañar al capitán, el cartujo se negó a aquella farsa.

Antes de morir, el capitán Ojeda se despidió de sus compañeros con entereza. Colocado ante la fosa y con la patrulla delante, tuvo un movimiento instintivo de horror y se tapó la cara con el pañuelo, no a modo de venda sino como sudario. Pensó, sin duda, que iba a ser enterrado y en un detalle macabro marcó su gesto de repugnancia.

Así fueron ejecutados los restantes. Unos se desmayaban, otros, abatidos, pedían una inútil piedad a sus verdugos.

El padre procurador, al enterarse, advirtió que no toleraría más ejecuciones en aquel recinto. Se le hizo entonces saber que se respetaría el lugar acotado, pero que tendrían que soportarlas en los alrededores, pues era un lugar estratégico admirable y de gran efecto en los sentenciados.

El juez y yo regresamos apesadumbrados, y en el sumario abierto aquel día hay un título anodino y vulgar, pero cuya verdad e importancia algún día habrá de descubrirse: «Hallazgo de un cadáver desconocido en la Quinta de Miraflores».

Dos semanas después, una muchacha de diez y siete años y una anciana, vestidas de luto, comparecían en el juzgado a iniciar el expediente de «desaparición» de su padre y yerno, respectivamente (expediente que se tramitó, como otros muchos, con arreglo a un decreto y un procedimiento especial, implantados en vista de la cantidad de desapariciones habidas).

Aquella muchachita era la hija del capitán Ojeda...

A partir de aquel día la Cartuja adquirió, por los enterramientos efectuados en sus cercanías, un prestigio siniestro. La gente mira con horror aquel sitio y ha hecho extensivo su odio a los padres allí residentes. Yo, que conozco su inocencia y su pensamiento, no puedo menos de comprender que alguien designó aquel sitio como lugar de terror para que no se hiciera realidad aquella frase del cartujo:

Nosotros no necesitamos protección porque no tenemos enemigos.

Cuando la represión alcanzaba su período más álgido y en cada familia proletaria y de la clase media las noches se deslizaban en trombas de angustia; cuando los campos y caminos se manchaban de cadáveres, alguien desde la altura de su mando dictó la orden:

—¡No más espectáculos macabros! Hágase justicia pero con habilidad y sin dañar con esas exhibiciones odiosas el movimiento glorioso nacional.

Cesaron los amaneceres lívidos y las descubiertas trágicas. Los caminos y campos recobraron su aspecto normal y los hallazgos de cadáveres dejaron de esmaltar los folios sumariales.

Pero el miedo seguía preñando los hogares; cada noche, cada madrugada, traía nuevos lutos y congojas a los corazones oprimidos.

Los campos y caminos, las carreteras y los ríos no se mancharon ya de cadáveres, pero en cada ciudad., en cada pueblo y en cada aldea, un sitio acotado, retirado, recibió la macabra herencia.

Y así surgieron en las pequeñas aldehuelas, montón de casuchas míseras, un hoyo grande como el del Hondón, en Rodillo, y en cada

pueblo un terreno o campo, como el del Llano, en Estépar, y en cada ciudad un lugar vasto y lejano, como el monte de la Brújula, en Burgos...

¡La Brújula! El punto más alto de la carretera de Vitoria, altozano insignificante, loma que al páramo inmenso semeja monte, recibió en su seno la carga trágica que noche tras noche la pasión y el odio depositaban.

Cuántas veces, al pasar por la carretera, junto a él, he cerrado los ojos instintivamente; creía que los centenares de cuerpos allí enterrados, se levantaban a mi paso para expresar su queja... Mis ojos se abrían ansiosamente y oteaban algo desconocido sobre la tierra removida en hoyos y zanjas imperceptibles...

¡Monte de la Brújula! En sus linderos, en sus inmediaciones -pobladas de visiones sangrientas, resentidas de dolor de humanidad-, fue a estrellarse una mañana de mayo, brumosa y fría, un avión alemán, semejante a tantos otros que llenan de luto España, y en él encontró la muerte el general en Jefe de los ejércitos del Norte, el caudillo primero de la rebelión. El general Mola.

El penal, construido para novecientos presos aproximadamente, ha albergado durante la rebelión a más de tres mil diariamente. La vieja prisión de Santa Agueda, habilitada para doscientos, ha tenido un promedio diario de mil entre sus plantas y fosos.

El hacinamiento y mal acondicionamiento de ésta y la aglomeración de presos en el nuevo penal, revistieron caracteres gravísimos.

Pero lo verdaderamente trágico, tanto en uno como en otro, visitados frecuentemente por mí, era la angustia mortal en que, faltos de toda garantía, a merced de odios personales o pasiones políticas, los desgraciados presos veían pasar sus días de detención en anhelante y temerosa espera, en ardiente incertidumbre de su destino.

Las ejecuciones sin formación de causa alguna, fueron numerosísimas. Cada noche, cada madrugada, eran sacados de sus celdas y entregados a los portadores de listas fatídicas, varios desgraciados.

Los «designados» montaban esposados, de dos en dos, en los autobuses preparados, y en siniestra peregrinación eran conducidos al lugar de ejecución.

En una de las primeras expediciones, fue conducido el propio ex director del penal, Julián Peñalver, acusado por sus perseguidores de izquierdistas y de masón.

Fue sacado de su propio domicilio anejo a la prisión, entre los lamentos y lloros familiares, y yo he oído a uno de sus ejecutores comentar la cara de terror de la víctima al darse cuenta de su trágico fin. Tenía el pobre hombre cinco criaturas que la piedad de los compañeros sostenían después de su desaparición, y los cinco pequeños, ponían su nota dramática, jugando a los “soldados” en la puerta del penal, disfrazados con el uniforme que dio muerte a su padre. El perverso instinto de alguien exigió de la viuda, para mantenerse en aquella morada oficial, aquel atuendo para sus hijitos.

Anecdótico interminable el de este penal. Como caso destacado, señalaremos la ejecución de sesenta y seis presos de Miranda.

El día anterior me hallaba en el penal casualmente y fui invitado por el director interino para presenciar el suceso.

Rechacé la amable invitación, pero no pude evitar, en mi siguiente visita, que me contara él mismo los detalles.

Dichos condenados a muerte llevaban varios días enterados de su suerte. Después de varios aplazamientos, que aumentaron sus torturas morales y concentrado un servicio extraordinario de vigilancia, pues los familiares vagaban por las cercanías del penal, los encartados, sesenta y seis socialistas e izquierdistas de Miranda de Ebro, colocados en habitaciones separadas, fueron presenciando los preparativos.

Uno de ellos, abogado muy conocido de Miranda, tuvo en sus últimos momentos una aguda crisis y solicitó confesión, mostrándose arrepentido de sus errores y de su vida. Tal vez creyera mitigar así su suerte.

A las cuatro de la mañana, y en grupos de veinte, fueron sacados e internados en una zanja abierta, a la salidad del penal, que era el lugar ya inveterado para las ejecuciones. Los fusileros, en número de cuaren-

ta, se colocaron a ambos lados de la zanja y desde allí, dominándoles, les acribillaron a balazos.

Recogidos los cadáveres de aquellos veinte pasaron otros tantos que habían estado preparados y recogidos, cediendo el sitio a los restantes; pasó el último grupo que por ser algo más numeroso, ofreció mayores dificultades. Los últimos ejecutados se colocaran pisando la sangre derramada por los anteriormente caídos.

El encargado del establecimiento, que me relataba la escena, me afirmaba que él mismo, apenado de aquellos desventurados, les facilitaba en una bota de gran tamaño, vino en abundancia, bota que ellos ansiosa y febrilmente pasaban de mano en mano y se arrancaban unos a otros buscando en la inconsciencia del alcohol un lenitivo para su tortura y desesperación. Procuré, desde entonces, ir poco por el penal, temeroso de verme obligado a asistir a alguno de aquellos espectáculos, pero en el mes de marzo, un sumario nuevo e importante me obligó a visitarlo con frecuencia.

El inspector de Prisiones nos había remitido una denuncia sobre ciertas irregularidades cometidas, según él, por funcionarios del penal en relación con el dinero de los presos.

En síntesis, la denuncia decía que a los presos «puestos en libertad» (los que en las listas fatídicas salían para ser ejecutados), no se les había liquidado sus ahorros o el dinero que les pertenecía, si bien se hacía figurar así en los libros correspondientes.

Hay que tener en cuenta, que a todo preso o detenido, al entrar en el penal, se le retiraba el dinero y las alhajas, haciéndose cargo de ello la administración del establecimiento; dicho dinero se le computaba en tickets o vales y solamente al ser libertado o trasladado se le liquidaba y devolvía el metálico recogido.

Según la denuncia, los empleados del penal, al salir «libertados» aquellos desventurados presos, hacían figurar la entrega del dinero, pero se quedaban con ello, lucrándose, como lo demostraba el no estar firmados los correspondientes recibos.

La acusación era gravísima; con un fondo inmoral repugnante, de ser cierta, y en todo caso rozaba cosas delicadísimas, que en modo al-

guno podían hacerse públicas, pues era dar estado oficial a las trágicas desapariciones.

Aquel sumario nos ocasionó disgustos y preocupaciones sin cesar; estábamos convencidos todos de la falsedad de aquellas acusaciones, pues conocíamos a las personas envueltas en ellas y su honradez, pero se trataba de una habilidad para buscar sanciones contra algunos empleados del penal, que no mostraban el «tacto y energía» convenientes, y había que tramitar la denuncia.

Entre las mallas del sumario aquel, prevaleció la honradez de los empleados del penal, pero también la cruda verdad de los horrores cometidos por otros elementos.

La realidad era que los empleados se veían imposibilitados de hacer los saldos a los «libertados», pues eran sacados precipitadamente y a horas extrañas. Llorosos unos, desesperados otros, los contables se veían imposibilitados de hacer con ellos liquidación alguna; por otra parte la fuerza que les conducía, tampoco quería dilaciones ni retardos. Alguno de aquellos condenados a quienes intentaron entregar el dinero se lo arrojó con desprecio diciendo «que se lo dieran a sus asesinos.

Los encargados del penal, al día siguiente de las “libertades” llevaban el dinero, si no había una viuda o familiar a quien entregárselo, a la suscripción abierta para el «Glorioso Ejército» así como las alhajas no recogidas con el nombre de X X, o de un «entusiasta desconocido»; en comprobación de esto pude ver algunos casos concretos y confrontados.

Aquellos empleados, eran adictos al movimiento militar, pero incapaces de apropiarse de aquel dinero y así quedó acreditado en el sumario, pero... investigaciones posteriores nos convencieron de que los autores de tales robos eran los mismos elementos armados o patrullas que se encargaban de las ejecuciones.

Quedó plenamente probado que tales elementos no se conformaban con quitar la vida a los reos, sino que después de muertos les registraban y se apoderaban de lo que llevaban encima. Por esto, en los cadáveres que levantábamos, jamás aparecía cantidad, ni joya o alhaja alguna...

Aún en los que sacaban directamente del penal, y que por tanto no llevaban dinero encima, se apoderaban los ejecutores de sus tickets y vales, y se presentaban con ellos en la administración del penal, al siguiente día, para su canjeo y efectividad por el metálico que representaban.

Por eso los cadáveres aparecían con el tenedor, la cuchara y el plato metálico del penal, pero pocos... muy pocos, conservaban en sus bolsillos aquellos vales o cartones de la Administración y lo cierto es que sus importes se cobraban...

¡Siniestra visión e historia, la del penal de Burgos! Desde el 19 de julio todos los presos allí viven en continua zozobra e inquietud, por su vida, y basta una llamada a uno de ellos, para llenar de congoja su alma. Así me lo confesaban cuando en obligaciones de mi cargo, tenía que llamarles en la celda, para alguna notificación o firma sin importancia. «¡Don Antonio! ¡Qué miedo he pasado! -me decían- creí que me llevaban. . . »

Y es que todos han visto como sus amigos y compañeros eran llamados un día para no volver.

El sufrimiento de aquellos presos es el más espantoso, el de la incertidumbre y tortura moral, cien veces más horrible que el maltrato material; el sufrimiento lento y continuo de no saber cuándo ni cómo pueden ser ejecutados, por un enemigo personal o político.

¡Esas noches del penal! Esas interminables noches de tortura, oyendo a intervalos el ruido de las descargas cercanas, y con el espíritu entre la vida y la muerte...

Penal de Burgos. ¡Penal de Burgos!

TESTIMONIO DE BRENAN

Son varios los testimonios de Brenan sobre la guerra civil española de la cual fue testigo personal por haber residido durante años en España y haber mostrado siempre un marcado interés por el pueblo español, interés que en el tiempo se trocó en amor y comprensión por las masas pueblerinas de la Alpujarra y el Sur de España. Pero como los años

aquilatan la visión de las cosas y dan perspectiva a los acontecimientos, queremos aportar aquí los conceptos vertidos por Brenan en su último libro por ser de los más elaborados. Brean es inglés, y esto es muy importante tenerlo en cuenta.

«Hasta entonces yo no había sentido necesidad de tomar partido en la guerra. Por una parte no me gustaban las revoluciones y no tenía fe en la practicabilidad del comunismo libertario y por otra parte sentía una fuerte antipatía por los generales sublevados.

«Ellos habían empezado esta guerra fratricida, completamente sin necesidad, según me parecía entender. Sin embargo, ¿debería tomar posiciones, por esta simple razón, en los asuntos internos de un país extranjero? Las emisiones sevillanas me hicieron cambiar de idea, inclinándome considerablemente a la izquierda.

Los republicanos no tenían ningún Queipo de Llano.

Era evidente que las ejecuciones masivas en Sevilla superaban en mucho a todo lo que pasaba en Málaga y habían comenzado desde el primer día. Mientras Sevilla, Córdoba y Granada estaban bañadas en sangre, en Málaga se trataba sólo de salpicaduras. Decidí inclinarme por el lado que mataba menos. El grado de ferocidad estaba en relación inversa con el nivel de honradez y de civilización. Además, aunque de momento no le dí demasiada importancia, la propaganda de los rebeldes se mostraba decididamente hostil con los países democráticos. El liberalismo, proclamaban, constituía un primer paso hacia el comunismo: Roosevelt e incluso Chamberlain eran rojos o estaban a un paso de serlo. Los rebeldes habían empezado a fusilar a todas las personas de ideología liberal. Se proclamaba a Hitler y a Mussolini dirigentes de la nueva Europa. Parecía claro que la España nacionalista se pondría del lado de Alemania e Italia en la guerra que se avecinaba y estaría en condiciones de cerrar el mediterráneo a nuestra flota.

Sin embargo, no fueron éstas las consideraciones que me decidieron. Mis simpatías naturales van siempre hacia el más débil, no con los opresores. Mis sentimientos, aunque no siempre mi razón, se inclinan sin duda hacia la izquierda. Esto significa que yo debía tomar partido

por la clase obrera, tan cruelmente pisoteada, aunque me faltara fe en sus planes futuros...

El General Queipo de Llano era una estrella de la radio. Toda su personalidad, cruel, bufonesca y satírica, pero maravillosamente viva y auténtica, llegaba a través del micrófono. Y esto sucedía porque no trataba de conseguir ningún tipo de efecto retórico, sino que decía simplemente lo que le pasaba por la cabeza. Su voz aguardentosa (sólo más adelante me dijeron que no bebía) también colaboraba. Se sentaba allí, con su uniforme de gala y el pecho cubierto de medallas y con su estado mayor, vestidos de la misma manera, en posición de firmes, detrás de él. Queipo se mostraba siempre natural y tranquilo. A veces, por ejemplo, no entendía sus anotaciones, entonces se volvía a sus acompañantes y decía, «No veo lo que dice aquí. ¿Hemos matado quinientos o cinco mil rojos?».

“Quinientos, mi general”.

«Bueno, no importa, da lo mismo si esta vez sólo han sido quinientos, porque vamos a matar no cinco mil, sino quinientos mil. Quinientos mil nada más para empezar, y después ya veremos. Escuche usted esto, señor Prieto. Me parece que oigo como el señor Prieto escucha a pesar de ¿cómo lo diría? de su... diámetro, debido a los millones del gobierno que se comió el otro día y... a pesar del espantoso miedo que tiene a que lo cojamos. Sí, señor Prieto, escuche usted bien, quinientos mil para empezar y cuando le cojamos, antes de terminar con usted, vamos a pelarlo como una patata».

Sus emisiones estaban repletas de anécdotas groseras, chistes, insultos, cosas absurdas, todo extraordinariamente vivo y colorista pero estremecedor cuando nos dábamos cuenta de las ejecuciones en masa que se sucedían a su alrededor, de las que nos informaban los fugitivos, en una ciudad donde todos los trabajadores eran anarquistas o comunistas.

Algunas figuras aparecían todas las noches en sus programas: Prieto, el socialista más moderno, siempre como cacique gordo o estafador y La Pasionaria como prostituta escapada de un burdel. Toda la derecha creía estas cosas, aunque en realidad era la mujer de un mine-

ro y una persona de vida muy austera. El nombre con que se la conocía fue elegido por su elocuencia».

Respecto a la dureza de corazón de la derecha franquista cita este ejemplo:

«Encontramos el Peñón abarrotado de españoles adinerados esperando a que llegara el momento de regresar a sus casas. Entre ellos estaba don Carlos, quien me dijo que trabajaba para el servicio secreto de los nacionalistas. Le pedí que al volver a Málaga protegiera a don Francisco, a quien debía la vida, y que, en cualquier caso, no era rojo sino liberal inofensivo; atrapado en una situación que le desagradaba profundamente.

“Estoy seguro de que lo fusilaremos”, contestó don Carlos jovialmente. «Vamos a fusilar a todos los que hayan trabajado para los rojos».

En tiempos normales no era un hombre inhumano, pero en aquella guerra las palabras humanidad y gratitud habían dejado de tener significado.

Todos los ingleses que conocíamos estaban de parte de los rebeldes. Era natural quizá, porque en la vida colonial el sentimiento de clase es muy intenso y, como el espíritu de Munich estaba ya en el aire, la admiración de los nacionalistas por la Alemania nazi y su abierto desprecio por los países democráticos pasaban inadvertidos. Pero el apetito de aquellas gentes por relatos de atrocidades en los que todos los horrores se atribuyeron a los rojos, era menos agradable.

Esta tendencia morbosa existía también en las personas con cargos de la mayor responsabilidad. Cuando aquel invierno volvía a Inglaterra mi padre me alquiló un caballo y estuve cazando un par de días. En un refugio cercano a Painswick tropecé con un inteligente coronel de los ingenieros reales que sentía curiosidad por conocer mis impresiones sobre los acontecimientos españoles.

No podían ignorar que en Sevilla y en otras ciudades muchas personas eran fusiladas sin juicio, pero al volver de sus recorridos por España negaban que sucediera nada parecido. Esta actitud contrastaba con la de los partidarios del gobierno español que declaraban los que tenían lugar todas las noches en su territorio, aunque las excusa-

ban diciendo, y esto era verdad, que la sublevación militar les había obligado a mandar a toda la policía al frente. En el curso de esta correspondencia obtuve un divertido triunfo, Sir Arnold Llunn, que era uno de los partidarios más representativos de los nacionalistas en Inglaterra, escribió una carta al Daily Telegraph en la que se lamentaba de que honestos ciudadanos apoyaran al bando responsable de la atroz matanza en Badajoz. Evidentemente, como muchos de sus correligionarios católicos, creía que las atrocidades y las matanzas sólo ocurrían en el bando rojo y fue para mí inmenso placer sacarle de su error.

Mis sentimientos acerca de la guerra civil eran sin embargo completamente diferentes a los de casi todos los otros partidarios del gobierno español. Ellos la veían como una confrontación entre el fascismo y el socialismo democrático; como un torneo preliminar que determinaría cual de las ideologías contrarias vencería en el conflicto europeo que se aproximaba. Yo no lo veía bajo esta luz heroica. Desde mi punto de vista aquel era un asunto puramente español, que había de examinarse en términos de la historia de España, más que la de la Europa, aunque fuera verdad que se trataba de una contienda insatisfecha y distorsionada, por la existencia de dos grandes dínamos de poder, la Alemania nazi y la Rusia comunista, que operaban desde el exterior. Lo que me indignaba y horrorizaba era el odio y el fanatismo que estaba desgarrando el país que yo amaba, de manera que, a pesar de mi apoyo incondicional a la causa del gobierno, nada hubiera podido agradarme más que el armisticio. Por esa razón apoyé el pacto de nointervención hasta que resultó evidente que el débil y el tímido gobierno británico no estaba en condiciones de hacer que se respetara.»

ENIGMAS DE LA HISTORIA. G. ORWELL

Fue aventurero guerrillero. Perteneció a Brigadas Internacionales. Ha escrito mucho sobre España y en particular sobre Cataluña. Recogemos la certera opinión de su último libro.

«El resultado de la guerra española se decidió en Londres, París, Roma, Berlín; en todo caso, no en España. Después del verano de 1937 los que estaban al tanto se dieron cuenta de que el gobierno no podría ganar la guerra si no había un profundo cambio en el ambiente internacional.

Lo más sorprendente en la guerra española fue la conducta de las grandes potencias. La guerra se la ganaron a Franco los alemanes y los italianos, cuyos motivos eran bastante claros. En cambio los motivos de Francia e Inglaterra son menos fáciles de entender.

En 1936 era evidente para todos que bastaba con que Gran Bretaña ayudara al gobierno español -aunque sólo -hubiera sido con unos pacos de millones de libras en armas- para que Franco se hubiera hundido y hubiera quedado dislocada la estrategia alemana. Por entonces no tenía que ser uno clarividente para ver que la guerra entre Gran Bretaña y Alemania se acercaba; incluso se podía vaticinar cuándo tendría lugar, dentro de un año o de dos. Sin embargo del modo más mezquino, cobarde e hipócrita, la clase dirigente británica hizo cuanto pudo por entregar España a Franco y a los nazis. ¿Por qué? Porque eran pro-fascistas; he aquí la evidente respuesta. Es indudable que lo eran y cuando llegó la enfrentación de verdad, se pusieron de parte de Alemania.

Aún es muy inseguro qué papel representaron en el apoyo a Franco y es muy posible que no tuvieran plan claro alguno. Uno de los problemas más difíciles de nuestro tiempo es saber si la clase dirigente británica es malvada o sólo tonta y en ciertos momentos es ésta una pregunta importante. En cuanto a los rusos, sus motivos en la guerra española son completamente inescrutables. ¿Intervinieron en España como creían los rojos para defender la democracia y contener a los nazis? ¿Entonces por qué intervinieron de un modo tan raquítico y dejaron por último a España en la estacada? ¿O bien como afirmaban los católicos, sólo intervinieron para fomentar la revolución en España? Entonces, ¿por qué hicieron cuanto pudieron para aplastar los movimientos revolucionarios españoles, defendieron la propiedad privada y entregaron el poder a la clase media contra los obreros? O bien, como sugerían los trotskistas ¿intervinieron para impedir una

revolución española? ¿Por qué en tal caso, no apoyaron a Franco? Indudablemente se explican mejor las actuaciones de los rusos si se actuaba por varios motivos contradictorios. Creo que en el futuro llegaremos a la convicción de que la política extranjera de Stalin, en vez de diabólicamente lista como se pretende, ha sido sólo oportunista y necia. Pero de todos modos la guerra civil española demostró que los nazis sabían lo que hacían y que sus contrarios no tenían idea. Esa guerra se desarrolló en un bajo nivel técnico y su estrategia fue muy sencilla. Los que tuvieran armas ganarían. Los nazis y los italianos dieron armas a sus amigos fascistas españoles, mientras que las democracias occidentales y los rusos no entregaron armas a los que debían haber sido amigos suyos. Así pereció la República española.»

Un recuerdo sentimental y simbólico.

“El otro recuerdo es de un miliciano italiano que me estrechó la mano en la sala de guardia el día que me incorporé a la milicia. Escribí sobre este hombre al principio de mi libro acerca de la guerra española y no quiero repetir lo que ya dije allí. Cuando recuerdo -¡qué vivamente!- su desastroso uniforme y su cara feroz, patética e inocente, parecían difuminarse las complejas consecuencias de la guerra y veo con claridad que no había duda de que tenía razón. A pesar de la policía del poder y las mentiras periodísticas, el propósito central de la guerra era el intento de personas como aquélla de lograr la vida decente a que sabían tener derecho de nacimiento. Es difícil pensar en aquel hombre en concreto sin pensar en varias clases de amargura. Como se hallaba en los cuarteles Lenin, es probable que fuese troskista o anarquista y, en las condiciones tan peculiares de nuestro tiempo, cuando a gente así no la mata la Gestapo suele matarla la GPU. Pero ello no afecta a los resultados a largo plazo. El rostro de aquel hombre al que sólo vi un par de minutos, se me ha quedado grabado como una especie de recuerdo visual de cual era el objetivo de la guerra. Simboliza para mí la flor de la clase obrera europea perseguida por la policía de todos los países, la gente que llena las tumbas en masa de los

campos de batalla españoles, y que ahora, a millones se pudren en campos de trabajos forzados.»

La propaganda franquista y la de sus partidarios católicos.

«La única propaganda que cabía a los nazis y fascistas eran presentarse como patriotas cristianos que salvaban a España de una dictadura rusa. Lo cual implicaba dar por cierto que la vida en la España gubernamental era una prolongada matanza (ver el Catholic Herald o el Daily Mail. Estas versiones eran juego de niños comparadas con la prensa fascista continental) y también exagerar inmensamente la escala de la intervención rusa.

Permítaseme tomar un sólo ejemplo de la inmensa pirámide de mentiras que levantó la Prensa católica y reaccionaria del mundo: la presencia en España de un ejército ruso.

Los devotos partidarios de Franco creían todos ellos en eso; los cálculos de esas fuerzas se elevaban a medio millón. Pues bien, no hubo ejército ruso en España. Puede haber habido unos aviadores y otros técnicos -máximo, unos pocos centenares- pero un ejército ruso jamás lo hubo en España. Miles de extranjeros que lucharon en España, por no hablar de millones de españoles, eran testigos de ello. Pero estos testimonios no hicieron impresión alguna en los propagandistas de Franco, ninguno de los cuales había estado en la España gubernamental. Al mismo tiempo, esa gente se negaba a admitir la intervención alemana o italiana, a la vez que la prensa germanoitaliana se jactaban de sus «legionarios».

He elegido sólo un punto pero en realidad toda la propaganda fascista de la guerra se hallaba a este nivel.»

Finalmente un último testimonio de la inmensa ayuda prestada a Franco por los mercenarios.

«Diariamente veíamos en Burgos llegar material y tropas regulares italianas y largos convoyes motorizados de aquel ejército; en el aeródromo de Gamonal y en el de Vitoria centenares de trimotores y

«cazas» alemanes se elevaban o esperaban la orden de ataque y aquel aparato bélico, conjunto descaradamente intervencionista de dos potencias militares superiores, sabía que acabarían con la valiente, pero aislada, defensa vasca.

Los aviadores alemanes, reservados y serios, nada nos comunicaban de las operaciones, pero los pocos aviadores españoles, que de vez en cuando se inmiscuían en aquella guerra, eran más explícitos y nos exteriorizaban sus opiniones admirativas:

—¡Chico! ¡Es enorme! -nos decían a los profanos-. ¡Qué material! ¡Y qué grandes son estos tíos! En dos horas, nada más, salen todos juntitos, sueltan los pildorazos donde les conviene y a casa, sin perder la formación. ¡Y que no se pierde ni uno!

—¡Claro! -le contestaba un compañero-. ¡Ellos no tienen aviación! ¿Crees tú que a pedradas o garrotazos van a derribar un aparato?...

—Mañana -decía un teniente de aviación andaluz- debe prepararse algo gordo, porque estaban hoy revueltos en Gamonal estos fulanos. Como haya jaleo en grande voy a ver si me dejan ir en algún aparato con ellos.»

Texto de Antonio Ruiz Vilaplana, testigo presencial.

CUARTA PARTE

HABLA FRANCO Y UN EXCOMBATIENTE CONTESTA

A trascendentales hechos, mezquinas motivaciones

“Me parece suave lo que dice ABC, porque podía haber puesto de manifiesto el motivo por el que Maura se pasó del bando monárquico al republicano; que no fue otro que el haberse enemistado con el rey, por no haberle ayudado éste en la quiebra de su suegro, y la actuación de los tribunales de justicia. Por lo visto, Maura, que presumía de amistad personal con S.M., deseaba que éste presionara al tribunal de justicia para llegar a un acuerdo, cosa que el rey no podía hacer de ninguna manera. También aspiraba a una ayuda financiera por parte del monarca. Todo fue por el percance financiero que tanto le afectó. Estó lo sabían en aquella época en Madrid personas bien enteradas. La persecución que sufrió ABC fue obra de Maura, y lo mismo los incidentes del Círculo Monárquico que se intentó inaugurar con arreglo a la ley. Tanto este político como Alcalá Zamora cambiaron de chaqueta por resentimientos personales. Los republicanos actuaron el 14 de abril cuando estuvieron convencidos de que ni el rey ni el Ejército iban a ofrecer resistencia.»

Francisco Franco.”

¿Y por qué el Rey y el Ejército tenían que ofrecer resistencia ante la voluntad del pueblo libremente expresada?

¿Es que el Ejército es algo aparte de la nación siempre atento a torcer los destinos de la Patria?

Pero ésta fue por lo visto sólo opinión de Franco, pues el mismo Berenguer que sucedió a Primo de Rivera cursó telegramas a todos los

capitanes generales de la península para que acatasen la voluntad del pueblo.

Los motivos que se atribuyen a Maura son rastreros y los que se atribuyen a Alcalá Zamora más aún.

¿Y los vuestros mi general?

¿Qué hubiérais hecho si Berenguer os hubiera ascendido en lugar del general León y os hubiéseis encontrado mejor situado en la República como para poder aspirar a Ministro?

¿Cuál hubiera sido vuestra actuación si vuestro intento de salir diputado por Cuenca no os lo hubiera estropeado Prieto?

Probablemente hubierais dejado de clamar contra los partidos y la democracia.

¡Cuántas miserias pone en evidencia la historia!

Contra cierta prensa

«Todo cuanto en él se dice es de un sentido marcadamente izquierdista, con un pensamiento opuesto a toda nuestra política y lo que deseamos para el bien futuro de España. En este ejemplar se defiende la República, se ataca al referéndum que considero de absoluta legalidad para el futuro del Estado el día que yo fallezca; en fin, no hay en este ejemplar nada que refleje el sentir del régimen. Se dice la falsedad de que yo empecé el movimiento al grito de «Viva la República» y que el 27 de febrero de 1937 se repuso la bandera nacional. Yo jamás di un viva a la República, ni aún en los tiempos en que fui jefe del ejército de España en Africa, nombrado por el gobierno republicano de Lerroux; siempre me negué a dar este «viva» que no sentía. En cuanto a la bandera española, la bicolor, la verdadera, fue izada solamente en el Ayuntamiento de Sevilla por Queipo de Llano el día 15 de agosto de 1936. Otros generales y yo pronunciamos discursos en dicho acto. Puede ser que en la fecha que indica el periódico de referencia se publicara algún decreto sobre la indicada bandera. Pero en el ejército nacional y en todo el territorio ocupado por nosotros no existió, desde el acto de Sevilla, otra bandera que la roja y gualda.

»Esta clase de propaganda desea despistar a la opinión nacional sobre mi pensamiento político; la República es incompatible en nuestra

patria con todo lo que represente orden y paz. Si hubiese un tercer intento de implantar ese régimen, España iría al caos.»

F. Franco.

Desde el acto de Sevilla quizás sí en la península predominó la bandera roja y gualda, pero lo que se llamó el ejército de Africa se levantó enarbolando la bandera tricolor y las primeras alocuciones de Franco terminaron con un estentóreo ¡Viva la República!

Los testimonios de estos hechos son infinitos. Quizá era por lo de que es mejor nadar guardando la ropa.

En cuanto a las afirmaciones que hace él, de cuya veracidad dudamos, de que nunca dio ningún ¡Viva a la República!, de ser ciertas no le hacen ningún honor, pues demuestran un carácter rebelde y orgulloso que con espíritu de clase piensa ser el único representante de la patria, y no respeta la gran comunidad que forma el pueblo español que había expresado su deseo y su voluntad de un nuevo régimen.

Siempre llevó la rebeldía y la ambición en la sangre y las virtudes castrenses y el espíritu ordenancista del que tanto alardeó se aplicaron siempre con un sentido muy acomodaticio en favor de su medro personal.

España no es diferente

«Esto prueba que en España no puede existir en materia de prensa una libertad como en los demás países, Inglaterra, o los Estados Unidos, donde el público es moderado y mucho menos apasionado que el nuestro. La prensa extranjera de los países que sienten la democracia, se ajusta a la ley y sabe que cualquier desmán que motiva un periódico es sancionado con todo rigor, sin que para paliarlo sirva para nada la influencia política que tenga el director del periódico o el autor del artículo sancionado. Esta revista, que intenta presumir de falangista y sindicalista de izquierdas, está muy cercana al comunismo, al que ataca muy débilmente para disimular. Todo esto me hace pensar con pena y con rabia en la poca ecuanimidad que existe para defender ideas, sin el ataque desenfrenado y violento al que las tiene contrarias.»

F. Franco.

Siempre el mismo estribillo de que España es diferente.

España es diferente porque se la ha mantenido así con tratamientos castrantes como el de la censura, cuya necesidad Franco preconiza.

El español sin la miseria de siglos, sin la incultura también de siglos, sin el cerrilismo de una educación «especialmente» dirigida y moviéndose en un ambiente de dignidad y libertad sería tan persona como cualquier otro europeo.

¿Pero de dónde se sacaría entonces el peonaje que hace al señorito andaluz y dónde se encontrarían los voluntarios para trabajar en el extranjero que traen divisas para los grandes negocios de los barones del régimen?

¿De dónde sacaría Cataluña «els altres catalans»?

No los militares, sino un grupo de ambiciosos

“Todos los que hacen pinitos de oposición al Régimen deberían leer lo que dice Prieto comentando el folleto del Duque de Maura; Prieto se lamenta de no haber en 1931 cambiado por completo la oficialidad de nuestro ejército y la mayoría de los funcionarios del Régimen, pues si hubiera hecho eso no hubiese ocurrido el levantamiento de 1936. Por lo visto ha recogido la enseñanza para aplicarla el día que él cree vuelva al poder, traído por los monárquicos de nuevo cuño, que aspiran a que el trono sea el telón que oculte el avance de una nueva revolución y la anulación de todo por lo que hemos luchado y vencido para desterrar de España aquella República nefasta que arruinó a la Patria y tantas víctimas inocentes causó. Antes de que exista la más remota posibilidad de que tal catástrofe pudiese repetirse, todo sacrificio es poco, y, para ello es preciso fomentar la unión sagrada de los españoles.»

F. Franco.

La República no fue nefasta más que para aquellos que vieron diezmados sus privilegios. El tremendismo se inició con la rebelión militar.

Prieto tenía razón en parte respecto al ejército pues sólo hubiera hecho falta eliminar a algunos, ya que la mayoría de militares hicieron honor al juramento que habían prestado, otros se unieron a la rebelión coaccionados y muchos fueron fusilados por no hacer causa común con los rebeldes.

La unión sagrada de los españoles que propugna Franco nunca la intentó él, que sólo fue y sólo actuó como jefe y representante de los vencedores y de la Iglesia que, con «su bendición» había legitimado en cierta manera y elevado de categoría un simple y vulgar pronunciamiento militar.

Encíclicas y abades

«...Esta encíclica se emplea como arma agresiva, atribuyendo a este pontífice intenciones que no tenía, y suponiendo que pensaba en España al redactar tan interesante documento. No debe nunca haber libertad para el mal, y menos para fomentar una nueva guerra civil, después de los sacrificios que costó la pasada. En España se puede hablar y decir todo cuanto se quiera amparándose en el Fuero de los Españoles, aprobado por las Cortes; lo que no se puede es calumniar y preparar los ánimos para la revuelta y la anulación de la victoria.»

"Borrón y cuenta nueva" no puede hacerse, ello sería una traición a los miles de españoles, que se sacrificaron por una España mejor. Volver a la política de la nefasta República sería indigno de cuantos ganamos la guerra, y una traición a los gloriosos caídos. Es triste que un abad de la Iglesia Católica no comprenda esto y trabaje para el retorno de una política que llevaba a España a toda velocidad al comunismo ateo. Se ha tratado de conseguir que los católicos, que son la mayoría del pueblo español y adictos al régimen, se declaren enemigos y faciliten el regreso de aquella España, anulando nuestra victoria. Saben bien los rojos que a la fuerza y en lucha no van a conseguir esto, y por ello se valen de la propaganda y procuran sembrar la confusión entre los católicos. Amparándose en la ley, además del Fuero tienen los españoles también a los tribunales de justicia, que gozan en España de una independencia absoluta, sin que el gobierno se haya mezclado en sus actividades ni impuesto el menor veto. En fin, puede ser más lamentable la actitud del abad Escarré, quien no ha tenido la menor des-

atención ni motivo de queja del gobierno, siempre respetuoso con la jerarquía eclesiástica, sin excepción ninguna.» F. Franco.

¿Y quién define el mal? Para Franco el mal era todo cuanto iba contra su régimen y su poder absoluto.

A estas alturas nadie ignora que la libertad de expresión durante el reinado de Franco fue una pura patraña.

Se sacrificaron miles de españoles, la mayor parte contra su voluntad, no para una España mejor, sino para aniquilar lo que se llamó la anti-España, que era la patria en movimiento.

Por suerte algunas jerarquías de la Iglesia católica demostraron en algún momento cierta valentía ante la vergonzosa claudicación del clero en general.

No se puede hacer “borrón y cuenta nueva” porque a la insurrección militar no le quedaría ni los motivos aparentes.

Los españoles tienen el Fuero y los tribunales de justicia... ¿Para qué? Cuando convino y «legalmente» se atropelló todo.

La religión como medio y no como fin

«El príncipe debe tener una formación religiosa muy arraigada para que pueda ser bien visto por las altas dignidades de la Iglesia en nuestra Patria... Hay unas juventudes que darían la vida por el Régimen y no se les puede desilusionar con la suerte que a éste le depara el futuro y pudiesen creer que aquel era una cosa pasajera. Si interpretan que quiero hacer falangista al Príncipe no me importa esta interpretación. Le dije al Conde mi sentimiento por la actitud de determinados monárquicos en las últimas elecciones para concejales, en las que Satrústegui hizo varios viajes de consulta a Lisboa y que desde allí recibió instrucciones. El Conde de Andes me respondió que en Lisboa no eran partidarios de que se hubiese presentado la candidatura de referencia y, mucho menos que ésta tuviese un matiz político contrario al Régimen. Hablamos también de la actitud de violencia de Luca de Tena y le recordé lo que dicen las memorias de Azaña sobre la visita que le hizo Juan Ignacio en la que éste manifestó al jefe del Gobierno republicano que estaba dispuesto a defender a la República si se le auto-

rizaba a publicar el ABC. Esto prueba que no es tan elevada la lealtad de ese señor a la monarquía.»

F. Franco.

Dos cosas resaltan en estas palabras de Franco.

Primero el concepto de religión como medio y no como fin. *El Príncipe debe ser religioso para tener a su lado a la Iglesia.*

El esclarecimiento del concepto utilitario que Franco tuvo respecto a las jerarquías y a la religión, a las que alabó y aduló mientras le sirvieron para sus fines y que no dudó en vapulear cuando se le opusieron o le fueron inútiles.

Aparece también la confusión de tomar por adhesión mental y espiritual, la política de estómagos agradecidos. La juventud en su gran mayoría, nunca estuvo con Franco e incluso se rebeló contra sus padres cuando estos alardearon de franquistas.

Es esclarecedor el particular sobre los Luca de Tena, representantes de una clase que nunca tuvo más política que la de sus intereses.

Y como última observación, cuando Franco pronunció estas palabras las memorias de Azaña a las que él alude estaban prohibidas a todos los españoles.

El problema Gibraltar

«Los ingleses no cederán con facilidad, la fruta no está madura aún y tal vez nosotros no llegemos a verla caer; pero estoy completamente seguro de que el Peñón volverá a ser de España. Ello es de absoluta justicia y así lo entiende la mayoría de las naciones del mundo. El pueblo español desea la devolución, lo mismo la generación actual que las que ha habido desde 1704, año en que nos fue arrebatado ese pedazo de nuestra Patria. Cuando un pueblo casi siempre dividido en asuntos políticos piensa y desea con absoluta unanimidad en este asunto, es que existe una razón contundente para ello. Inglaterra llegará a convencerse de que su prestigio aumentaría ante el mundo entero renunciando a su última colonia establecida en una parte del territorio de España, con la que no tendría más diferencias y que en lo sucesivo podríamos tener buena amistad.»

F. Franco.

Esto no pasa de ser un buen deseo, pero nada más.

Inglaterra ha ido cediendo sus colonias siempre que le han puesto en el disparadero y se lo han pedido «con argumentos convincentes».

Franco no intentó nunca seriamente recuperar Gibraltar, como tampoco hizo gran cosa para la defensa de nuestras posesiones africanas, que dejó perder una a una.

Franco tuvo siempre una sola obsesión: mantener el poder absoluto y vitalicio que había ganado con su guerra.

Sólo le interesaba España y su «tranquilidad».

Su política fue siempre de tejas abajo y oportunista. Unica finalidad el seguir cabalgando, lo demás venía, cuando venía, por añadidura.

Marruecos e Inglaterra sabían que Franco no podía permitirse el lujo de una postura firme que oliera a contienda. En realidad no ignoraban también que ni siquiera se atrevía a abandonar España para visitar a otros jefes de Estado.

Nunca volver atrás y olvidar el pasado

“No hay motivo de inquietud pues los generales saben de sobra mi manera de pensar y que jamás consentiré en "el borrón y cuenta nueva", a no ser que considere necesario aclarar dicha ley y someterla a otro referéndum de todos los españoles mayores de veintiún años. Me parece bien esa inquietud política, pero eso no debe llevar a nadie al pesimismo, y menos a la desmoralización perdiendo la fe en el porvenir político de la nación y la confianza en mí, que nunca toleraría volver atrás y olvidar lo pasado. Eso sería una traición a la Patria y a los que dieron sus vidas o hicieron tantos sacrificios por una España mejor.”

F. Franco.

Y sobre todo, mi general, barrería los motivos que adujisteis para justificar vuestra insurrección y se demostraría, como se está demostrando, que hay que volver al punto en que vos interrumpisteis el curso de la historia dando por nulos los años de vuestra absoluta dictadura, para iniciar humildemente, sin genialidades divinas, y bendiciones del

Señor de los Ejércitos, el camino de la democracia humana y sencilla como la misma vida. Porque está demostrado que entre todos los sistemas de gobierno la democracia es el menos malo.

Quizá con suerte, de todo lo vuestro, quede el Valle de los Caídos. Todos los bienes que haber pudo, no los trajisteis vos sino el tiempo, que no pasa en balde y en casi medio siglo el mundo y también España ha avanzado y mejorado a pesar de vuestro intento de detener la historia.

Basta pensar que enormes masas de obreros de Europa pueden venir a veranear a España y que son pocos los obreros españoles que pueden salir a veranear al extranjero, para darse cuenta que nuestro avance y bienestar sigue siendo relativo con respecto al resto de Europa.

También quizá contribuya a vuestra gloria el estúpido, escándalo inútil y «colosal» trasvase Tajo-Segura que nunca, si hay suerte, se terminará.

Fetichismo de las leyes. Siempre se presume de lo que no se tiene

«La reunión no estaba autorizada y no hubo más remedio que proceder en la forma que se hizo. Ello no significa que el régimen ni yo seamos enemigos del Tradicionalismo, al que le reconozco que prestó magníficos servicios a la Patria y que siempre me ha inspirado simpatía. Pero lo que no se puede admitir es que desacaten órdenes del gobierno y que pretendan que un príncipe extraño a nuestra patria sea un candidato a la corona de España. Al atacar los tradicionalistas la proclamación de Don Juan Carlos como rey de España, no se dan cuenta de que para que esto suceda tiene que aceptar y jurar los principios fundamentales del Movimiento, tal como dispone la ley de sucesión. Si su padre es excluido es precisamente por desear una monarquía liberal y demócrata.»

F. Franco.

Es absurdo e incongruente el que Franco aduzca como motivo de que una reunión no se haya celebrado el «porque no estaba autorizada.

Esto y lo que luego sigue nos lleva a la consideración del fetichismo de las leyes y al fenómeno de su advocación continua durante el franquismo.

Siempre se presume de lo que no se tiene.

No existía en España más ley que la voluntad del dictador pero se guardaban exageradamente las formas y los reglamentos para ocultar la vaciedad del contenido.

Ni las leyes fundamentales tenían fundamento.

Está claro que se excluye al rey dinástico porque proclama un programa a pase de libertad y democracia. Ahora bien, a este crimen político se le arropa con la legalidad.

«Legalmente» estuvieron en la cárcel miles de hombres por crímenes que sólo lo eran en España, porque existían unas leyes ilegales que los habían declarado tales.

La simple petición de los derechos humanos se consideraba ya un delito punible y un intento subversivo.

Los estudiantes de izquierdas son los mejores

«Los que mejor cumplen con sus deberes universitarios son los que sabemos que tienen ideas izquierdistas y que son enemigos del régimen; sin embargo en el sector derechista (llamémosle así) hay muchos que apoyan la rebelión estudiantil de un modo indirecto, sin duda por cobardía o por no crearse dificultades. En el clero catalán y en el vasco existe un sector de curas jóvenes que también trata de excitar a la opinión pública contra el gobierno valiéndose de su misión, que no es otra que velar por la salvación eterna del hombre y difundir la religión católica; dando siempre ejemplo de ser buenos sacerdotes, ajenos a la política, no mezclándose en las disputas que nada tienen que ver con su misión sacerdotal. El otro día me decía un sacerdote que vale mucho, que existen algunos de la “nueva ola” que no creen en los beneficios espirituales que proporciona la oración, que es el medio que tiene el hombre para hablar con Dios. Estamos en presencia de hechos desconcertantes, sin que los que los realizan recuerden el martirio que sufrieron muchos obispos, sacerdotes, comunidades religiosas y perso-

nas por el simple hecho de ser católicas, con ocasión de la persecución religiosa que desató la república”.

F. Franco.

Naturalmente que los estudiantes de izquierda son los mejores, porque tienen más deseos de saber y sin trabas de dogmatismos arcaicos.

Lógico que los *de derechas* contemporicen, porque sus padres les dieron siempre buenas lecciones de hipocresía y chaqueteo.

Los curas anti-régimen están mal clasificados al decir que eran catalanes y vascos. La clasificación verdad es: que fueron antifranquistas “los curas de buena voluntad”.

Muchos obispos... etc., sufrieron persecución y muerte pero no por el mero hecho de ser católicos sino por su ayuda a la rebelión y por sus actuaciones políticas en favor de la insurrección militar.

Recuerde, excelencia, que estos asesinatos se iniciaron cuando vos os rebelasteis y dividisteis a España en dos bandos irreconciliables, trayendo la anarquía y la subversión de todos los valores morales.

El nefasto manifiesto de Don Juan

«Pemán parece ignorar que el que se distanció del régimen español fue Don Juan al publicar el nefasto manifiesto que todavía está por justificar; es decir, que él se puso al lado de los gobiernos extranjeros que rompieron relaciones con España y trataron de vencerla por el hambre. Independientemente de esta actitud, en contra de la inmensa mayoría de los españoles, no comprende que la monarquía liberal a la que aspiran los enemigos del régimen y todas las fuerzas políticas que contribuyeron a destronar a su padre (Alfonso XIII) nos llevaría otra vez al mismo caos que entonces, y echaría abajo todos los sacrificios y esfuerzos que ha hecho la nación, a partir del 18 de julio de 1936. El rey de Bélgica renunció al trono a favor de su hijo para salvar la monarquía. Don Juan no quiere hacerlo aunque ni siquiera es ni ha sido rey, ni la monarquía es el régimen vigente.»

F. Franco.

No es cierto lo del nefasto manifiesto y las intenciones que se atribuyen a Don Juan.

El manifiesto que Franco lleva clavado como una espina y por culpa del cual Don Juan fue el hombre que él más odió en la vida, no es más que la expresión del deseo de salvar a España del hambre apocalíptica que padecía.

Los aliados habían vencido al fascismo en la persona de Hitler y Mussolini y no iban contra España sino contra el dictador fascista que quedaba en Europa. No contra nuestra Patria sino contra el régimen que Franco representaba.

El manifiesto de Don Juan era positivo. Tendía un puente para que España no quedara marginada, gozara del Plan Marshall y dejara de ser un campo de vencedores y vencidos.

La conducta de Franco fue negativa y egoísta. España era él y él se salvaba moviendo masas en la plaza de Oriente.

En efecto el rey de Bélgica renunció al trono para salvar la monarquía. Franco, no quiso renunciar a su dictadura para salvar al pueblo español y restablecer la unidad de España.

Lamentos ante la nueva actitud de la Iglesia

«Ha sido muy lamentable, pues esos señores, si creyeron que la actitud de la policía armada fue demasiado dura, debían exponerlo a sus superiores para que por conducto del señor arzobispo llegase a conocimiento del gobierno, que sin duda haría justicia. La conducta del régimen y la unión con las altas jerarquías de la Iglesia es de sobrada garantía para que no haya que emplear medios violentos, y menos por parte de sacerdotes que por su sagrada misión son los más indicados para ello. Nos achacan crueldades que nunca hemos cometido. El régimen ha sido y es siempre respetuoso con la Iglesia, con el concordato y la Santa Sede, y nuestras relaciones han sido de cordialidad y respeto mutuo. Por todo ello, repito, es lamentable que estos curas falten a su disciplina con escándalo de la mayoría de los católicos españoles. Es muy triste lo sucedido.»

F. Franco.

Qué pena para el régimen cuyo mayor soporte fue siempre la Iglesia.

Después de leer esto sólo cabe pensar:

O que Franco se había quedado anclado en una mentalidad fuera del tiempo y del espacio. Como el patriarca de García Márquez.

O que era un hipócrita redomado.

O que por edad, ya *excesiva*, se iniciaba el chocheo.

En su mentalidad reglamentaria y ordenancista no cabía más que el eterno anclaje sin evolución de ninguna clase. Pero la gran verdad es que él que se había jactado de ser más astuto que Napoleón, no supo estar a la altura de la astucia de la Iglesia que iniciaba constantemente la toma de nuevas, posiciones hacia el nuevo poder.

Dando la razón a Azaña

«Nadie se debe sentir molesto por este asunto, pues la presencia del capitán general Muñoz Grandes en la presidencia del gobierno es una garantía de que no se han de herir los intereses legítimos de los jefes, oficiales, y clases. Hay que tener presente que el ejército tiene un personal excesivo, y que cuesta mucho sin tener eficiencia para una guerra moderna. Por ello hay que fijar plantillas más reducidas, pero respetando los derechos adquiridos.

“La ley de retiros no estaba mal proyectada ni era tan mala como se decía en aquella época; tenía el sectarismo de querer apartar de las filas del Ejército a la oficialidad de ideales monárquicos; pero esto no se realizó, pues se retiraron los que quisieron y nos quedamos la mayoría.»

F. Franco.

Un tanto más en favor de Azaña, el tan vituperado y escarnecido Presidente de la segunda República Española, el único que tuvo el valor de arremeter contra dos llagas que llenaban de purulencia el Estado español: el Ejército y la Iglesia.

Hasta Franco le da la razón.

La intencionalidad de que se pretendía eliminar oficialidad monárquica es completamente gratuita. El caso de la sobrevivencia del propio Franco y de haber burlado la supuesta finalidad, lo demuestra.

Una vez más. ¿Por qué os rebelásteis, general? Acabaréis dando la razón a Azaña y después de vuestra muerte el pueblo español ha de entregarse a la tarea de deshacer la intrincada maraña de falsas teorías que inventasteis, de canallesclos pactos con la Iglesia y el capital para justificar el estallido de vuestra ambición.

Aferrado absurdamente al poder

«La única enfermedad que tengo son mis setenta y tres años y, desde luego, es bastante como para no hacerme ilusiones de que voy a vivir muchos años más.

«Sí, no hay más remedio que ir a un referéndum popular para la mayor legalidad y prestigio de la persona que haya de sucederme.»

F. Franco.

No sólo no había que hacerse ilusiones en cuanto a la prolongación de la edad, sino también en cuanto a las facultades para gobernar.

En muchas ocasiones comentó que tal o cual persona, concretamente Camilo Alonso Vega, general y ministro de la Gobernación, acusaba los años y había que enviarle a descansar.

Pero él no. El era diferente.

Por esto no hizo el referéndum sobre la persona a quien reconoce era necesario entregar el poder. Ni abandonó el mando después de una enfermedad de la que salió «tocado de verdad». Ni cuando en una agonía eterna, dolorosa y aberrante ya no cabía la más mínima esperanza ni posibilidad de seguir mandando.

«Esta gente no sabe que Franco es sólo franquista.»

Lo dijo su primo.

Viaje a Sevilla. Escarnio y recochineo

«En Sevilla pude observar que la preocupación por las clases modestas no ha sido tan intensa como en las restantes provincias andaluzas. Hay terratenientes que poseen un infinidad de fanegas de tierra y emplean muchos trabajadores en las épocas de siembra y recolección; pero en el resto del año a esos obreros de la tierra se les deja morir de

hambre. Me decían que eso se hizo siempre así, lo cual no disculpa que se siga haciendo ahora. En Andalucía hay muchos millonarios que se creen que han nacido para ser siempre ricos, sin importarles para nada el necesitado, «que para eso Dios le destinó ser pobre». Si no trabaja el obrero no hay porque ocuparse de alimentarle, eso es lo que dicen los terratenientes. Yo digo que las bestias de tiro y carga tampoco trabajan todo el año y les dan de comer todos los días; el obrero del campo no va a ser menos digno de esto. Observé en Sevilla, en los alrededores de la capital, muchas chabolas que me han producido una impresión muy penosa. Estaban pegadas a un cementerio y en ellas viven hacinadas numerosas familias; el piso resbaladizo, húmedo y lleno de toda clase de inmundicias, despide un olor repugnante. Con las pisadas, las inmundicias se van enterrando, las moscas son infinitas y martirizan a los que tienen que vivir en medio de tanta podedumbre. En ningún lugar de Marruecos he visto espectáculo tan deprimente. Como comprenderás es natural que me indignase ante lo que veían mis ojos, y me dijeron las autoridades que ya se habían suprimido otras chabolas parecidas. Contesté que en un país civilizado no se puede permitir que ni en los alrededores de una población ni en ningún sitio viva gente de esa forma. Si no tiene el Ayuntamiento medios para corregir tales deficiencias, que se los pida al Estado; pero no es humano ni de cristianos el que nuestros semejantes vivan en un estado de abandono tan lamentable.»

Este párrafo no merece comentario. Menudo imbécil si es que necesitó 25 años de reinado absoluto para enterarse de esto. Me inclino mas bien en pensar en un cinismo de dimensiones colosales, pues al llegar a Madrid no volvió a interesarse lo más mínimo por este asunto, ni dejó a ninguno de los numerosos secretarios que le acompañaban que le recordara tan vergonzosa tragedia.

Cataluña y Euzkadi

«Yo esto no lo creo mucho; tal vez en pequeños sectores que no conocen al resto de España ni la historia de la Patria hacen caso a los que les cuentan que deben ser independientes y que los españoles de

las demás regiones les explotan y están contra ellos. Son juguete de maniobras políticas. Cualquier persona medianamente culta está convencida de que ni Cataluña ni las Provincias Vascongadas se separarán nunca del resto de España, no sólo por no desearlo la mayoría de ellos, sino también porque tendrían una vida precaria separados de su Patria española. Todos estamos unidos de corazón a esas queridas provincias españolas sin que el separatismo político pueda inquietarnos lo más mínimo. Hoy los enemigos del régimen, dirigidos por exiliados y por elementos comunistas y de izquierda, perturban cuanto pueden la paz que conseguimos hace veintisiete años.»

F. Franco.

No se trata de separación, sino de corregir los abusos del centralismo a ultranza.

Es preciso reconocer las lenguas, las costumbres y las peculiaridades de cada región, creando una federación de autonomías dentro de la unidad de España. No se trata de nada nuevo y mucho menos absurdo. Países como Estados Unidos, Alemania Federal y Suiza tienen esos sistemas y no les va mal.

A1 fin y al cabo, excelencia, vos que hicisteis tanto alarde de conocer la historia Patria, debéis saber que el centralismo fue importado de Francia. Lo impuso Luis XIV, el Rey Sol, el que, como vos, dijo «el estado soy yo», y tiene una durada exigua.

El centralismo llegó con Felipe V y los Borbones.

Los Austrias nunca fueron centralistas.

Supongo que el resultado de las últimas elecciones os ha hecho comprender que tampoco en esto erais infalible.

Cuando estoy corrigiendo las galeradas de esta «especie de libro», se produce en Cataluña la explosión más fabulosa de la historia de España:

La Diada del 11 de setembre de 1977.

1.500.000 manifestantes.

¡Y auténticos! No de los que agrupaban en la Plaza de Oriente a base de dietas y gastos pagados y reclutamiento un poco forzoso por los pueblos y las provincias.

Espontáneos de verdad. ¡Y con qué gozo y entusiasmo auténticos!

¡Qué tremenda y horrible equivocación, mi general!

Hasta a mi me llegasteis a convencer de que los catalanes teníamos que renunciar a muchas cosas nuestras por el bien y la unidad de la Patria. Que teníamos que preterir nuestra lengua para hablar la lengua del «imperio». Teníamos que castrar nuestras características raciales para hacernos seres gregarios sometidos al centralismo triunfalista de Madrid. Teníamos que renunciar a formar nuestra unidad dentro de la gran unidad y por tanto olvidarnos de nuestro estatuto y de nuestra autonomía.

¡Qué aberrante equivocación mi general!

Habéis desaparecido vos, y todo a vuelto a sus cauces naturales y con renovada explosión.

Tenáis que haber recordado el consejo que Talleyrand dio a Napoleón:

—Con las bayonetas, sire, se pueden hacer muchas cosas, menos sentarse sobre ellas.

PALABRAS DE UNAMUNO Y LA IGLESIA DE FRANCO

«Estáis esperando mis palabras. Me conocéis bien y sabéis que soy incapaz de permanecer en silencio. A veces, quedarse callado equivale a mentir. Porque el silencio puede ser interpretado como aquiescencia. Quiero hacer algunos comentarios al discurso, por llamarlo de algún modo, del profesor Maldonado. Dejaré de lado la ofensa personal que supone su repentina explosión contra vascos y catalanes. Yo mismo, como sabéis, nací en Bilbao. El obispo -y aquí Unamuno señaló al tembloroso prelado que estaba sentado a su lado-, lo quiera o no lo quiera, es catalán, nacido en Barcelona.»

«Pero ahora -continuó Unamuno- acabo de oír el necrófilo e insensato grito: "¡Viva la muerte!". Y yo, que he pasado mi vida componiendo paradojas que excitaban la ira de algunos que no las com-

prendían, he de decirlos, como experto en la materia, que esta ridícula paradoja me parece repelente. El general Millán Astray es un inválido. No es preciso que digamos esto con un tono más bajo. Es un inválido de guerra. También lo fue Cervantes. Pero, desgraciadamente, en España, hay actualmente demasiados mutilados. Y, si Dios no nos ayuda, pronto habrá muchísimos más. Me atormenta el pensar que el general Millón Astray pudiera dictar las normas de la psicología de la masa. Un mutilado que carezca de la grandeza espiritual de Cervantes, es de esperar que encuentre un terrible alivio viendo como se multiplican los mutilados a su alrededor.»

Estas valientes palabras las pronunció Unamuno en el paraninfo de Salamanca ante un ambiente hostil de camisas azules y uniformes. No pudo terminar su alocución porque Millón Astray histérico le interrumpió con un puñetazo sobre la mesa con el único brazo que podía blandir y a gritos desaforados gritando:

Basta ya de intelectuales bastardos que han envenenado las mentes de nuestra juventud. ¡Viva la muerte! ¡Viva mil veces la muerte!

El barullo fue inmenso. El griterío feroz y ensordecedor, Unamuno pudo abandonar el local gracias a que la esposa de Franco le dio el brazo. Así y todo se habló entonces de que había sufrido violencias. Una guardia constante «veló» la entrada de la casa del ilustre profesor hasta que a los pocos días se esparció la noticia de su muerte.

Los párrafos que he citado los saqué de H. Thomas, pero según noticias particulares mías antes Unamuno habló que no existía España ni anti España, que todos éramos unos, blancos y rojos y que en vez de seguir con aquella guerra fratricida teníamos que acabar la contienda y buscar la unión de todos los españoles.

En contraste con estas palabras sabias y humanas del gran ensayista, cito aquí las burradas que desde los púlpitos proclamaba el clero franquista.

En los oídos fanáticos del pueblo en armas resuenan con acento de clarín las incitaciones bélicas de su pastor y guía:

«No podemos, no debemos, ni conviviremos jamás con el socialista impío, ni con el liberal, que ha manchado sus manos con tanta sangre y tanto crimen... ¡Guerra a sangre y fuego! Que no haya tregua ni cuartel hasta que la victoria de la Religión y del Orden no se realice plenamente. La sangre de tantos hermanos nuestros sacrificados, martirizados bárbaramente, nos lo exige y lo manda...»

En la catedral solemne de Burgos, esmaltada de boinas rojas y fusiles centelleantes, ante miles de almas enardecidas, la voz que podía derramar la caridad y el perdón, que debía ser freno y olvido, hirió mi corazón con esta arenga excitante, avivando en las conciencias fanatizadas la llama destructora.

En la iglesia de la Merced un domingo, en plena misa, después de un acto religioso, ante las autoridades y clases patronales, la voz del predicador interrumpía la liturgia del Santo Sacrificio:

«¡Vosotros! Vosotros que os llamábais cristianos tenéis la culpa de muchas cosas. Habéis convivido, tolerado, dado trabajo al obrero sindicado en sociedades enemigas de la Religión y de la Patria; habéis desoído nuestras advertencias y tratado con judíos y masones, con ateos y renegados, contribuyendo a dar pujanza a las logias que nos habían de hundir en el caos. ¡Aprovechad esta trágica lección! Debéis ser, debemos todos ser, para ellos, como el agua y el fuego... Ni un punto de contacto... ni perdón para los criminales destructores de iglesias, asesinos de prelados y sacerdotes virtuosos... Que no quede entre nosotros ni aun la semilla, la mala semilla, que es siembra del diablo.

¡Los hijos del demonio son también enemigos de Dios! ...»

En algunos elementos torturados por el amargor de la guerra, el relato continuado de tanto atropello e iniquidad, la voz autoritaria del representante de Cristo, introducía el veneno haciendo imposible la reconciliación humana.

El siguiente artículo que vamos a transcribir apareció en «Triunfo» firmado por *Lleidatá*. Yo lo suscribo plenamente y lo hago seguir por una noticia de Ruiz Vilaplana sobre el comportamiento de la Iglesia en el primer año de nuestra guerra civil:

“En la página 54 del número 752 Miret Magdalena hace un comentario al libro de R. Comas que merece algunas puntualizaciones.

El calificar al cardenal Gomá de moderado me parece, como mínimo, de una puerilidad pasmosa. He tenido el placer de leer la obra del cardenal «Por Dios y por España», en la que se vierten tal cúmulo de *cafradas* al servicio de la causa facciosa, que dejan patente la postura que adoptó la Iglesia española *ya desde el primer momento de la declaración de la Segunda República*, o sea, conspirando constantemente contra ésta. Por otra parte, comparar a Vidal i Barraquer -excepción a la regla- con el cardenal Gomá me parece muy peligroso, ya que puede dar lugar a identificaciones de líneas o conductas en absoluto aceptables.

En otro punto del comentario, el señor Miret señala que al final de sus días Gomá se apartó del régimen, adoptando una postura crítica. Es extraño que uno de los más cualificados exponentes de la beligerancia eclesial al lado de los facciosos (anotemos, por otra parte, su campaña de recogida de fondos en Irlanda...) pueda adoptar esa postura crítica que se le atribuye. Voy a hablar más claro: la oposición de Gomá no tuvo su motivación en remordimientos de conciencia respecto al régimen que tan fervorosamente ayudó a hacer triunfar, sino al hecho de que la directriz filo-fascista venía, precisamente, de un grupo ideológico nada proclive a dejar totalmente la dirección de la política a la influencia eclesial. Es ése, *precisamente*, el punto en que la jerarquía discrepa con Franco: el de dar parte del “pastel” a un grupo ideológicamente laico y cuyos intereses -al menos en teoría- estaban confrontados con los de la Iglesia española.

Más grave me parece, por lo que tiene de falsificación histórica flagrante, el incluir en la lista de las víctimas morales del franquismo y, al parecer, de los primeros en oponerse en el interior al régimen de Franco al cardenal Segura. Eso ya es desmesurado. Efectivamente, Segura tuvo

problemas con Franco, pero, asómbrese señor Miret, *porque consideraba a Franco excesivamente blando y liberal*. Nadie duda hoy de ello, excepto las publicaciones de editoriales como *Sígueme*, cuya línea editorial no ofrece mejores críticas que las ya expuestas. En otras palabras: el cardenal Gomá fue el individuo de mente más negra, retorcida y enfermiza que ha circulado por estos pagos en cuestión de siglos.

Todas estas consideraciones sirven de base a una reflexión final de capital importancia. Estamos asistiendo a toda una campaña tendente a quitar responsabilidades a la jerarquía española en lo concerniente a su participación y apoyo a la causa franquista; campaña que en este caso llega a lo irracional. Volver la Historia al revés y centrar la crítica en cuestiones de segundo orden sin llegar al fondo: las relaciones opresoras de poder que ha ejercido la Iglesia española durante siglos y los fabulosos intereses económicos que han conformado su ideología política como *ultrarreaccionaria* y que determinaron la virulencia de su oposición a cualquier régimen o político que les quitara un ápice de su poder opresivo.

Por este camino, no nos asombremos si, en el futuro, vemos aparecer una documentadísima exposición en la que se demuestra que el Santo Oficio estaba organizado por militantes del PCE a sueldo de cualquier oro.

Falsea, que algo queda”.

LLEIDATA.

El clericalismo, vencedor de la masonería, actuaba, no solapada sino abiertamente en el régimen nacionalista.

Absortos, preocupados en la difícil misión guerrera, los verdaderos dueños de España (los mandos extranjeros que tutelan a Franco) en la zona interna, dominada por el terror, impera el clericalismo, en virtud de una fórmula sencilla: el Ejército domina al pueblo y el clero domina al Ejército en sus altos mandos.

«Con la ayuda de Dios y de su representante Franco ganaremos la guerra»; tal es el lema que campea en la zona nacionalista.

La Iglesia asiste, presidiendo, a todas las manifestaciones bélicas; bendice las armas y los trofeos; organiza constantes *Te Deums* y rogativas, no por la paz, sino por el triunfo y por el exterminio del contrario.

La Iglesia, que pudo ser la única y verdadera mediadora en este conflicto entre el Ejército y el pueblo, es solamente la inspiradora sibila de aquél, y llevada de un instinto sanguinario y atávico de defensa, se ha colocado hostilmente frente al pueblo.

Ella (no la Iglesia de Cristo, sino la curialesca, organizada en España, con su Papa Negro, el cardenal Segura) es la que asiste y reconforta a los reos, «víctimas» de la represión.

Ella, infiltrada en los mandos y organizaciones, sojuzgadora de la mujer, su gran palanca social, ha confeccionado esas trágicas listas de «ateos, liberalotes y masones» que han muerto sacrificados por sus ideas.

Ella ha levantado en Bilbao y Cádiz esos grotescos autos de fe, empujando a una muchedumbre inculta a la destrucción vesánica del pensamiento y de la cultura; y ha organizado e inspirado esas cruzadas de hipócrita lujuria sobre la «moral y decencia en el vestir» que, en titulares vergonzosos de la prensa, incitan a la ofensa y a la acción directa, a la masa contra las «mujeres de vestir poco recatado», llegando a injuriar a las mujeres que van «sin medias», como expresa el bando del gobernador de Burgos publicado en 19 de julio último y que puede leerse en la Prensa local de esta fecha.

Y finalmente ella, en horrendo sarcasmo de evangelización, ha organizado en las cárceles y penales de su zona esas misas y comuniones, colectivas y obligatorias, para los millares de reclusos que la pasión y el fanatismo han encerrado entre sus muros.

Tuve que asistir en Burgos a una de estas ceremonias en el Penal y no la olvidaré mientras viva. En presencia del obispo, de todo el clero influyente y de las autoridades, dos mil seiscientos presos, en formación, encuadrados por los fusiles vigilantes, oyeron la misa y recibieron todos, ¡todos!, la Sagrada Comunión... ¡Se llegó hasta el extremo de enseñar a los presos unos motetes... que entonaban medrosa y lúgubrememente! ...

Aquel canto fúnebre no se borra de mi conciencia. Dos mil seiscientos hombres curtidos, rapados ignominiosamente, vestidos pobremente en su mayoría, muchos de ellos con su trágico final ya decretado, recibieron todos, ¡todos! (las autoridades lo decían con orgullo) la comunión:

Las elegantes señoras invitadas, las autoridades, todos, en fervor fanático, elogiaban este acto de acendrado arrepentimiento y religiosidad.

Yo que por mi cargo asistía, angustiado, horrorizado, a aquella comunión coactiva, entre los muros que el terror domina, pensaba que esta imposición religiosa al vencido, al que sufre prisión, precisamente por su idea, es el sacrilegio más espantoso, la ofensa más satánica que puede hacer el falso catolicismo a Aquel que levantó su Cruz, como lábaro santo, contra la violencia y el crimen...

RUIZ VILAPLANA

* * *

MENSAJE A LOS JOVENES DE HOY

Quiero decirles a esta juventud de hoy que nos desprecia porque «vosotros hicísteis la guerra», que nosotros los que fuimos a luchar, la generación de jóvenes que sirvió de carne de cañón, no fuimos los que promovimos la guerra. Fuimos engañados o coaccionados por una generación anterior a la nuestra, que fue la verdadera responsable:

La generación de Franco y sus generales.

La de March, Cambó y sus financieros.

La de Luca de Tena y sus clanes de ultraderecha.

La de los viejos carlistas y sus tradiciones asesinas.

La de los aristócratas, los latifundistas y sus lacayos.

La de los Pla i Daniel, Cardenal Gomá y sus Obispos.

Los jóvenes de 18, 19 y 20 años. Los que estaban prestando el servicio militar cuando la sublevación, los que luego fueron llamados a filas para apoyar el movimiento de insurrección, éstos fueron las verdaderas víctimas. Los que lucharon y derramaron su sangre. Los que murieron en todos los campos de la guerra de España.

Los otros, los que se promovieron, sacaron su beneficio.

Los generales, como de costumbre, murieron en cama.

Los March y los financieros se enriquecieron hasta límites increíbles.

Los aristócratas y los latifundistas afianzaron más sus privilegios y se permitieron el lujo de lidiar a sus antiguos vasallos en manada en las plazas de toros.

Los Pla i Daniel y los Gorizá implantaron el nacionalcatolicismo y vivieron tan ricamente en miserable conturbenio con el dictador.

Nosotros somos la verdadera generación quemada, arrasada, asesina y escarnecida.

Fuimos engañados o violentados por las mismas fuerzas que han querido cretinizaros a vosotros a través de:

Los Frentes de juventudes.

Los Colegios Mayores.

Las enseñanzas del nacional catolicismo.

Los rollos imposibles de la nueva falange.

Los embelecocos del Opus.

La trampa de los Sindicatos Verticales.

Y de tantos otros poderes parapetados detrás de grandes palabras y de grandilocuentes y ridículos slogans.

Nuestra generación no os pide perdón, nuevos españoles, porque nada tenemos que hacernos perdonar. Sólo os pedimos que escarmentéis en nuestras cabezas y que las eternas fuerzas de la discordia de España, que los creadores de las dos Españas de Machado no os arrastren a otras estupideces y vilezas y verter por un bla, bla, bla, hueco de tradiciones históricas la sangre de vuestros hermanos.

Que un día no os veáis en el trance de exclamar con desesperación y rabia: ¿Quién ha manchado de sangre mis manos?

Los enemigos son los de siempre. Juzgadlos por sus hechos y no por sus palabras, y no os equivocaréis.

Señorean la historia de España y son los eternos torcedores de sus destinos.

«La tradición de las generaciones que fueron, oprime como una pesadilla al cerebro de los vivos. Y cuando éstos se dedican a transformar las cosas y a transformarse, al menos en apariencia, a crear algo nuevo nunca visto, es precisamente en estas épocas revolucionarias cuando acuden temerosos a los espíritus del pasado invocando sus auxilios, sus consignas de combate, sus nombres, sus ropajes para que con un disfraz de vejez venerable y con lenguaje prestado, representen la nueva escena de la Historia Universal.»

C. Marx.

No hacía falta ser excombatiente para medrar con Franco, era suficiente ser un desalmado.

YA NO HABRÁ TIEMPO PARA CREAR NUEVOS CAUDILLOS

Menéndez y Pelayo lo expone magistralmente en el prólogo de los *Heterodoxos Españoles*.

El catolicismo, la Iglesia es el único lazo de unión de los distintos grupos étnicos e históricos que pueblan la Península ibérica. Ella es el único aglutinante en la diversidad de piezas. Ella es con su influencia única y poderosa la que forja la unidad en la diversidad de pueblos y razas.

Pero lo que empezó en lazo de unión derivó con el tiempo en dogal insoportable que fue estrangulado un pueblo en expansión.

El precio de la unión se pagó carísimo. Guerras de religión. Expulsión de judíos. Tormentos de Inquisición. Expolios y exilios a través de toda la historia. Gentes arrojadas de la tierra que los viera nacer. Crea-

ción de nobleza, opresión y privilegios que alrededor de la Iglesia fraguó una España de despotismo, absolutismo, dogmatismo e inmovilismo.

Y frente a esta España del poder, la otra, la oprimida, la perseguida, la de los siervos de gleba, de pecheros y villanos y la de los intelectuales en ciernes y de hombres abiertos al futuro.

En el fondo de nuestras guerras civiles siempre estuvo la Iglesia y los privilegiados que ella amamantó.

Se hizo imprescindible a los monarcas absolutos.

Dio vida y apoyo a los soberanos representantes de Dios en la tierra y a los ejércitos matadores de moros y adalides de la fe.

Siempre encontró y encumbró un Caudillo que defendiera sus privilegios y las regalías de los privilegiados en nombre de Dios, de la Patria y de la Historia.

“Por el Altar y el Trono”. Como si nada más hubiera sobre los campos de España.

De cada guerra civil que promovió salió siempre «algo» deteriorada su función magistral y espiritualizante pero se rehizo muy pronto.

En el siglo pasado estuvo solapadamente al frente de los que con la excusa de defender una determinada dinastía propugnaron el inmovilismo, el cerrilismo y la opresión de la mente y la conciencia.

Perdió las Guerras Carlistas, pero la Iglesia resurgió cantando himnos al Sagrado Corazón de Jesús. Capitaneando siempre una de las dos Españas y siempre dispuestas a enfrentarlas en nombre de Dios, emponzoñando las mentes de los españoles desde los bancos de la escuela. La última Gran Cruzada, la del Gran Caudillo que había de acabar de una vez para siempre con la antiespaña y lograr para siempre la sagrada unidad, ha derramado torrentes de sangre y ha sido tan inútil como todas las demás.

Siguen las dos Españas frente a frente, pero el peligro futuro no está en esto. Los tiempos han cambiado y ambas intentarán unirse, lograr pactos que limen aristas y hagan olvidar agravios históricos y quizá se logre mucho en este camino, al menos por la buena voluntad de uno de los bandos. En las últimas elecciones las izquierdas han teni-

do mayoría numérica y auténtica y no se han mostrado revanchistas a pesar de que tenía razones de sobra para serlo.

Todo puede marchar aunque lentamente camino de una auténtica unidad en la libertad y en la democracia...

Pero en un momento determinado surgirá la Iglesia con un «non possumus» hipócritamente dirá: Estamos dispuestos a todas las transigencias, pero en esto «no podemos».

Y este «esto» será algo esencial para la libertad y la felicidad de las gentes. Y volverá a encender la discordia y con ella la guerra.

Será el monopolio de la enseñanza.

Será el exigir el cumplimiento de conductas cristianas a los que asututamente se bautizó cuando no podían impedirlo y a los que luego impone abjurar de una ceremonia que contra su voluntad les ligó con brazos fraudulentamente eternos.

Será el inmiscuirse en el derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia, de relaciones sexuales...

Será, será... lo que quiera. El motivo aparente puede ser múltiple y variable, en el fondo apetencia de mando, dominio, riquezas y privilegios.

Otra vez enconará la vida de los españoles.

Otra vez marcará las castas entre ellos. Otra vez dividirá las dos Españas. Y de nuevo enfrentará a las generaciones.

Qué caro hemos pagado ser hijos de tal madre.

Y es inútil que haga yo ahora esta predicción como otros muchos españoles de buena fe la hicieron antes que yo. Inexorablemente la Iglesia es, ha sido y será la eterna enemiga del pueblo español.

Sólo si llegara un día que la Iglesia fuera marginada del Estado, digo marginada, no perseguida, inutilizada para que pudiera imponer su voluntad y para que ésta influyera exclusivamente sobre los que por deseo propio la quisieran admitir, en España aparecería un nuevo amanecer.

Pero esto la Iglesia de España jamás la soportará.

Siento una gran simpatía por la postura de tantos sacerdotes jóvenes que piden renovación, pero inexorablemente también ellos serán manipulados y aniquilados como los sacerdotes obreros.

Jesús, el de las callosas manos de obrero-carpintero, nunca tuvo ninguna influencia sobre los jefes eclesiásticos cargados de anillos pastorales y de manos femeninas enfundadas en guantes de color violeta.

La iglesia y el capitalismo son eternos, ha dicho un representante del clan de los Garrigues Walker.

Pero que no se equivoquen esta vez. Se acabaron los tiempos de los *erzats*, el tiempo de «ni una palabra mala, pero ni acción buena», o se jugará limpio o las cosas se endurecerán para todos. No sólo para los efímeros proletarios, sino también para los eternos y perdurables jefes y capitalistas.

Si algún día por desgracia se produce el triunfo del anarquista desesperado lo habrá traído sin duda la torpe intransigencia de las derechas (por camufladas que estén) o la Iglesia (por muy melifluas palabras eclesiales que prodigue).

Pero que lo olvide, pronto el marginado antisocial, el ácrata dispondrá del arma atómica casera y frente a su sed de justicia de nada servirán los guardaespaldas y las fuerzas del orden mercenario.

IN MEMORIAM

Porque es falso que «El ejército español se levantó en su totalidad contra la República», la venganza contra los «fieles a su juramento» tuvo el inconfundible sello del franquismo. En memoria de estos dignos caballeros y para refrescaros la memoria, Excelencia, escribo estos nombres que la posteridad ha de recordar y que fueron víctimas de vuestra ambición.

D. Nicolas Molero Lobo, capitán general de la VII región militar, fue ejecutado por su «sucesor».

D. José Fernández Villa, capitán general de la II región militar, fue pasado por las armas por Queipo de Llano.

«Fueron igualmente fusilados entre otros destacados militares:

El capitán general Enrique Salcedo.
El general Núñez de Prado en Zaragoza.
El gobernador militar de Granada, general Miguel Campins.
El inspector de la Legión Luis Molina Galano en Ceuta.
El general Romerales en Melilla.
El general Caridad Pita en La Coruña.
El general Mena Zueco en Burgos.
El Alto Comisario en Marruecos, Arturo Alvarez Buylla, en Tetuán.

El general Caminero Gómez en Salamanca.
El general López Viota en Sevilla.
El director de la fábrica de armas, José Franco Nussio, en Asturias.
El comandante de aviación Lapuente, primo carnal del general Franco, en Melilla.

El general Aranguren, que al frente de la Guardia civil en Barcelona, hizo causa común con los leales.

El capitán Pedro Rodríguez Gómez, miembro del Consejo de Guerra que juzgó al general sublevado Goded.

Tan solo uno de los ocho capitanes generales de las ocho regiones militares, se unió a los rebeldes.

De las veintiún tenientes generales, diecisiete permanecieron fieles a la República.

De los cincuenta y nueve generales de brigada, cuarenta y dos optaron por la República.

Asimismo abrazaron la causa de la legalidad republicana todos los generales de la Guardia civil y el general en jefe de Aviación.

« ¡Cuántos militares dieron su sangre por la República! »

..... ¡Honor y gloria a los héroes!

---000---



El autor fue excombatiente y voluntario a las órdenes de Franco, atraído no por convicciones políticas, que a sus 18 años no tenía, sino por la educación religiosa que como la gran mayoría de los españoles había mamado desde su cuna. Fueron aquellos Jerarcas de la Iglesia que, levantando vergonzosamente el brazo a lo fascista, proclamaron la “Cruzada por Dios y por España”. Fueron ellos quienes pusieron el fusil en sus manos y quienes tuvieron la culpa de que éstas se mancharan de sangre hermana.

Fue el autor, fundador y director durante 25 años de Editorial Mateu de Barcelona. Luchó desde el *primer momento* contra la *censura*, pagó multas, se vio procesado y puesto en manos del TOP, pese a lo cual y probablemente por su condición de excombatiente llegó a publicar más de dos mil títulos. Fundó tres revistas: PICNIC, PEPE COLA, SELECCIONES LITERARIAS, que fueron sucesivamente secuestradas. Publicó obras monumentales como las GRANDES RELIGIONES en fascículos y a todo color, LA ENCICLOPEDIA DEL SABER HUMANOS, LA ENCICLOPEDIA DE LA MAGIA Y DE LAS CIENCIAS OCULTAS, AMÉRICA, QUE HERMOSA ERES. Y logró imprimir ocho fascículos de una Gran Enciclopedia Sexual que le fue secuestrada. De lo que más está satisfecho es de ESPAÑA, QUE HERMOSA ERES, en fascículos a todo color recopilables en cuatro volúmenes y de DOLÇA CATALUNYA Y ELS POBLES CATALANS, también en cuatro volúmenes, primera obra en su género publicada después de la victoria de Franco, que le produjo tal cúmulo de contrariedades y amarguras que fueron causa de una cruel enfermedad.

Inició la creación del cine infantil con LA BANDA DE EL PECAS, intento que fue ahogado en su nacimiento durante el reinado de García Escudero. Y en fin, se ganó por su espíritu liberal e inconformista el título de REBELDE en los archivos del Ministerio de Información y Turismo.

Ha escrito este libro dedicado a aquellos pobres infelices que perdieron la vida o su juventud, para encumbrar a un dictador despiadado, creyendo que luchaban por la definitiva salvación de España y para que ninguna otra generación tenga que preguntarse con rabia en noches de insomnio:

¿POR QUÉ SE MANCHARON DE SANGRE MIS MANOS?